

JUAN SEGURA FERRER

CAINITAS

29 de enero de 2014, festividad de San Valero

## PRÓLOGO

El texto bíblico que presenta a los personajes de Caín y Abel los describe como prototipos de la humanidad, de una misma humanidad. Siendo hermanos, su comportamiento es completamente opuesto; también su manera de sentir. Abel se nos dibuja como un ser entregado y generoso, devoto de Dios y exitoso en sus labores y empresas. Sencillo y humilde, no alberga maldad hacia su hermano ni vive pendiente de lo que el otro hace, piensa o siente. Caín, por el contrario, se nos esboza como un ser egoísta, descuidado en lo suyo, alejado del amor a Dios en su conducta y movido por la envidia y el resentimiento en su modo de sentir. Está claro que el primero agrada a Dios y el segundo no. Pero Caín acaba con la vida de su hermano y Abel muere víctima de los sentimientos de celos.

Una pregunta acuciante y urgente se desprende del texto bíblico del Génesis: ¿La humanidad que sobrevive es la cainita? Es decir, ¿el ser humano, todo el ser humano, está necesaria e involuntariamente inclinado a los malos sentimientos, al obrar corrupto, a crear distancias con sus semejantes y con su Creador? ¿Pretende el hagiógrafo darnos a entender que la humanidad noble y leal quedó asesinada, definitivamente muerta en Abel y el hombre no tiene elección sino comportarse y sentir como Caín? Estos interrogantes entran de lleno en lo más profundo de la antropología y la ética, pues plantean el ser ontológico de nuestra humanidad, la génesis de nuestras inclinaciones y, algo que no es menos importante, todo lo referente a

nuestra libertad.

Después de la consumación del asesinato, Dios pide cuenta a Caín de la sangre de su hermano, pero él rehúye responder a la pregunta divina. Entonces se produce un hecho que para muchos resulta desconcertante; Dios protege a Caín para siempre: *Quien atente contra la vida de Caín, lo pagará siete veces*. La muerte del hermano ya no tiene remedio, está consumada. Pero queda la vida del otro hijo, que, pese a ser un asesino impuro, corrupto, envidioso y desleal con Dios, sigue siendo su hijo y no está dispuesto a perderlo igualmente. La venganza contra Caín, la revancha y el asesinato contra él serán punibles según la moral que Dios propone. Así, el asesinato de Abel queda impune porque Dios, que es quien puede decidir sobre ello, así lo ha dispuesto, pero ningún otro atentado contra la vida ajena quedará sin rendir cuentas ante Dios.

¿Y la libertad? Abel y Caín son dos estilos tipo de ser, de sentir, de comportarse. Uno peca y el otro no. Ambos son hijos de los primeros que pecaron (pecado original), pero, pese a ello, ambos tuvieron elección. Por tanto, el pecado de Caín no se transmite, no es hereditario. Si los dos son hijos de los primeros corruptos, como ellos, todos los seres humanos tenemos esa elección. Y, al ejercerla, estamos haciendo uso de nuestra libertad. Dios nos muestra su camino, pone ante nosotros el bien y el mal, a Caín y a Abel. Es cada uno quien decide lo que es. Ahora bien, ¿uno es siempre Caín o es siempre Abel? No. Ambos conviven en cada ser humano. Nadie es tan santo como para no poder caer nunca en el pecado y la corrupción; nadie es tan cainita como para no poder rectificar nunca. El ser humano es dinámico y está en permanente evolución personal. Dentro de él están la inclinación al bien y al mal. Así, el perverso puede recapacitar y regenerarse; pero también el que es justo puede degenerar en la

perversión y la corrupción. Por eso, conviene conocer dónde estamos y dónde queremos estar, pero sabiendo que puede que nuestra posición no sea nunca definitiva, pues es susceptible de evolucionar y ser modificada para bien o para mal.

Cuando comenta los diez mandamientos de Moisés, la Iglesia Católica predica que ir contra el quinto mandamiento no solo es procurar o producir la muerte a otra persona, sino también cuando se levanta falso testimonio contra ella, se atenta contra su prestigio, su fama, contra su integridad física o moral y cuando se atenta contra sus derechos fundamentales. El falso testimonio es una herramienta extraordinaria a su servicio. Y aquí es donde encontramos la presente novela. Es la historia de la farsa que se organiza como un testimonio falso para herir y expulsar a un hermano, a un conciudadano, a un miembro de la misma familia que molesta al poder porque arriesga al decir la verdad y destapar oscuras intenciones. Aunque se dice que la realidad suele superar la ficción, estamos en una novela; es decir, en un relato ficticio, con lugares y nombres ficticios, con una trama y unos acontecimientos de ficción. Acaba siendo la misma historia de Caín y Abel aunque traída a una pequeña comunidad del siglo XXI.

*Larroca, julio de 2012. Sala de vistas. Juzgado.*

—Tiene la palabra el señor Novella, letrado del demandante don Salvador Valiente.

—Gracias, señoría, con la venia. Señor Segarra, ¿es cierto que usted estaba al cargo de la parroquia de Pamukalé cuando cayó el rayo sobre la iglesia?

—Sí; estaba supliendo las vacaciones del párroco.

—Entonces estaba usted de párroco en funciones.

—Bueno, no podría decirse así puesto que había un mandato verbal del arzobispado, pero, al no tener nombramiento alguno, tampoco podía firmar documentos ni tomar decisiones de manera legal.

—Pero desde que usted es sacerdote, es habitual su presencia celebrando misas, entierros y otros sacramentos en la iglesia de Pamukalé.

—Sí.

—¿Ha participado alguna vez en las reuniones del consejo parroquial?

—Llevo 26 años de sacerdote y en este tiempo he asistido a una sola reunión del consejo. Lo

hice porque era necesario ofrecer un testimonio sobre una cuestión que se había desviado y yo disponía de información que podía aportar. En esas ocasiones se tiene voz pero no voto. En cuanto a la colaboración con la parroquia, la llevo haciendo toda mi vida; antes de ser sacerdote también. Entonces hacía unas cosas y desde que me ordené hago otras, pero siempre desinteresadamente y con espíritu de servicio y colaboración hacia la parroquia de Pamukalé, lo mismo que me he implicado también en otras tareas sociales y culturales en la vida de la ciudad.

—¿No es cierto que el último día de las Fiestas de Augusta se encontró usted con el señor Valiente a la entrada de la catedral y habló con él?

—Sí, es cierto.

—¿Y qué le dijo usted a mi cliente?

—Le dije que le felicitaba por su iniciativa y que le daba las gracias por la parte que me toca. También le dije que si cada persona de Pamukalé hiciera, como él, lo que estaba en sus manos, no haría falta que nos preocupáramos por la integridad del templo parroquial.

—¿Entonces, por qué escribió ese artículo?

—Son momentos diferentes. El día que hablamos a la entrada de la catedral yo conocía la información que él publicitó. Después no coincidió lo que se anunció con lo que se hizo.

—¿Acudió usted al festejo taurino benéfico que organizó mi cliente?

—No, no acudí.

—¿Podría decirnos la razón por la que no acudió?

—Estaba enfermo. Había pagado mi entrada, pero ese día no pude ir; me encontraba en Augusta y estaba enfermo.

—¿Quién le dio la información que usted puso en el artículo que publicó?

—Me la dio el párroco de Pamukalé.

—¿Y no la contrastó con los interesados?

—No. No lo hice porque, sinceramente, no creo que hubieran accedido a contarme sus planes. Cuando quise pedirles disculpas les llamé por teléfono muy insistentemente y se negaron a coger las llamadas. Sin embargo, el señor Mateo la atendió al primer intento y aceptó la disculpas que pedí.

—Eso. Explíquenos por qué un día después de publicar su artículo pide disculpas por haber interpretado mal las noticias recibidas, según sus propias palabras, y meses más tarde, en una carta remitida a la hermandad del Cristo de la Luz, se refiere al contenido de su artículo como “veraz” y afirma que ha contado la verdad.

—Yo intenté pedir disculpas personalmente, pero, como digo, no se quiso hablar conmigo. Entonces remití un correo electrónico a los demandantes, don Salvador Valiente y don Regio Máximo. En aquel momento ellos habían manifestado su compromiso de que la recaudación del festejo taurino iría destinada a la aportación que la parroquia debería hacer a las obras de restauración tras el impacto del rayo. Esa noticia contradecía lo que yo había transmitido en mi artículo, por lo cual pensé que, en efecto, había cometido un error de interpretación. Había retirado ya el artículo, puse la aclaración pertinente en la página web de la parroquia y pedí disculpas a los afectados. Sin embargo, después de interponer las dos demandas judiciales contra mí por parte de los señores Valiente y Máximo, los dossiers presentados por ellos dan a entender que el artículo mío recogía las verdaderas intenciones y que, como reacción a su publicación, ellos rectificaron. Además, una hermana de su representado me dijo tiempo después en plena calle que “se había escogido ese camino para hacer llegar la recaudación a las obras de la iglesia; ¿a ti qué más te daba?”. Eso corroboraba la afirmación que el señor Valiente dio al párroco acerca de que la recaudación serviría para que el ayuntamiento pagara el alquiler de los andamios como aportación suya a la obra de reparación. Entonces, el festejo

taurino habría sido benéfico para la Administración pública, pero no para la parroquia.

—Díganos, entonces, con qué intención escribió usted el artículo que publicó en su blog.

—La única intención fue que se cumpliera lo que se había publicitado; es decir, que la recaudación del festejo quedase en las cuentas de la parroquia y sirviera para la aportación de la parroquia, que es lo que se dio a entender en los carteles del evento. No había otra intención.

—¿Usted vio el cartel?

—Sí, claro; lo vi. De hecho acompañaba como ilustración el texto de mi artículo.

—No tengo más preguntas, señoría.

La juez había accedido a unir las dos demandas en una sola vista. El banderillero y el alcalde habían presentado demandas similares con cargos similares, por intromisión en el honor, vejaciones y calumnias, contra el padre Juato Segarra por el artículo que publicó en la página web de la parroquia de Pamukalé y en su blog personal días después de que el banderillero, Salvador Valiente, hubiera celebrado un festejo taurino en la plaza de toros, en un festival benéfico en el que se anunciaban las tres cuentas bancarias que la parroquia de dicho lugar tenía, en diferentes entidades, para recibir donativos con destino a las obras de restauración del templo parroquial. La estampa era digna de ver, pues a la derecha de la sala estaba la parte de la acusación y a la izquierda se situaba la parte demandada, en lo que a los representantes se refiere. El orden era el siguiente: Fiscal, abogada del alcalde, procuradora del alcalde, abogado del banderillero y procuradora del banderillero; enfrente, el abogado del sacerdote y su procurador. Es decir, cinco contra dos. Además, los demandantes habían obrado con tan mala fe que contrataron a dos procuradoras distintas, la dos de que dispone el juzgado, para que el padre Juato tuviera que traer procurador de fuera, incrementando, así, los gastos del

juicio con las dietas que debería abonar.

El padre Juato se hizo cargo durante cuarenta días de la suplencia del párroco en Pamukalé. El impacto del rayo sobre la linterna de la cúpula del magnífico templo tuvo lugar el día segundo de ese período. Durante los treinta y ocho días sucesivos, el señor Valiente no telefoneó ni se acercó al templo a comprobar los daños. Tampoco con la llegada del párroco se interesó por cuáles eran los desperfectos ni se movió para mirar in situ las consecuencias del impacto. No pidió a la parroquia información alguna acerca de qué volumen de obra era necesario. No se dirigió a ella tampoco para informarse de qué recursos había, cuál era el diagnóstico que habían hecho los técnicos ni el presupuesto al que se debía hacer frente. No mostró sentimiento alguno de afección personal ni de ver la nueva disposición del templo hasta la decisión de su cierre por el arquitecto del arzobispado, cuando se ordenó cerrar la parte de la cúpula y el presbiterio. Otras personas se interesaron, pero en ningún momento lo hizo el señor Valiente. Él habló con el párroco en una sola ocasión cuando ya había anunciado por la televisión regional la organización del festejo, a falta de dos semanas para su celebración. Esa breve entrevista fue para comunicarle al párroco lo que ya había anunciado a bombo y platillo en los medios de comunicación. El párroco le ofreció su colaboración y el banderillero la rechazó. La idea del festejo, la decisión de llevarlo a cabo, la forma de organizarlo, fue acordada entre el banderillero y el alcalde. Ambos decidieron dejar al párroco y a la parroquia al margen de todo. Pretendieron hacer ver que la institución parroquial estaba representada en esa especie de comisión de notables a través de la figura del contable de la parroquia, don Doroteo Mateo. El señor Mateo dijo en su justificación en la vista del juicio que se había visto anunciado en los carteles taurinos sin que nadie le hubiera avisado previamente, lo cual confirma que todo se organizó de espaldas a la parroquia. En el momento en que se lo

requirieron, el señor Mateo se prestó a colaborar con el alcalde y el banderillero. Ya antes se había mostrado desleal con la persona del párroco; cualquier otro le habría cesado entonces, pero él no lo hizo. Él debió entender a la perfección que si obraba junto al alcalde y al banderillero, lo hacía a título personal, pues ningún encargo había recibido de la persona del párroco en orden a esa actuación; es más, no hubo comunicación entre ellos en lo que se refiere a este tema hasta fechas después del concurso de recortadores de vaquillas que se organizó. Puesto que había que realizar “trabajo de campo”, se implicó a los responsables de las distintas asociaciones de Pamukalé, a los que se concitó para un festival benéfico para las obras de la iglesia parroquial. Con buen ánimo y empeño, prestaron su colaboración y trabajaron por el éxito del evento. El padre Juato había escrito así:

*El despotismo ilustrado respondía al lema “Todo por el pueblo pero sin el pueblo”. Los gobernantes se tenían por más dignos e inteligentes que el pueblo y decidían por él lo que consideraban era más conveniente para él. “Todo para la iglesia pero sin la Iglesia” es lo que se ha organizado en Pamukalé. Me duele en el alma tener que contar lo que han hecho tres personas a las que, por motivos distintos, aprecio muchísimo: Nuestro gran banderillero Salvador Valiente, nuestro alcalde Regio Máximo y el contable de la parroquia Doroteo Mateo. Pero me hierva la sangre ante la mentira y la injusticia, y al pueblo hay que decirle la verdad.*

Salvador Valiente había presentado un cartel con la silueta de la iglesia parroquial en negativo; él salta sobre la silueta, en positivo y a todo color, y simula colocar una anilla sobre la cruz que corona la cúpula central, que soportó el accidente causado por aquella tormenta de finales de junio. Sobre la escena, un rótulo con el eslogan “Una anilla por tu iglesia”, la fecha y el precio (cinco euros) en ambos círculos en la cabecera; en el centro del cartel, las cinco ganaderías que colaboraban, el logo del ayuntamiento de Pamukalé, y su propia fotografía -de nuevo- junto

a la de su compañero de recortes y el emblema de la empresa taurina con la que Valiente trabaja. En la zona baja de la escena, las tres cuentas que la parroquia tenía en diferentes entidades de la ciudad, dedicadas en exclusiva a las obras del templo parroquial y la invitación a ingresar donativos de fila cero. El cartel se cerraba con una larga serie de logotipos, dispuestos en horizontal, de entidades e instituciones que habían colaborado de distintas maneras con la organización del festejo. Ningún emblema de la parroquia; ningún rótulo ni mención alguna en todo el cartel; la gran ausente. Sin embargo, aparecía, destacada, la leyenda: “Tesorero, Doroteo Mateo”.

—Señora letrada del demandante don Regio Máximo.

—Gracias, señoría. Con la venia.

Señor Segarra, ¿cómo se enteró usted de la celebración del festival benéfico?

—Disculpe, señoría, por el lenguaje coloquial, pero creo que lo entendemos todos: Me enteré por “radio macuto”.

—¿Compró usted la entrada?

—Por supuesto, la compré.

—Pero decidió no acudir a la plaza de toros esa tarde.

—Yo me encontraba en Augusta ese día, en mi domicilio. Decidí no ir porque estaba enfermo. Esperé hasta última hora para tomar la decisión. Esperaba que los medicamentos hicieran su efecto, pero eso no sucedió y me impidió hacer el viaje. Mi intención era haber estado, pero no pudo ser. Quienes están cerca de mí saben que, por mi frágil salud, me toca hacer muchas renunciaciones, sobre todo cuando hay que viajar.

—Usted dice en su artículo que mi representado engañó al pueblo de Pamukalé.

—La información que se dio al publicitar el festejo no se ajusta a lo que luego se hizo con la recaudación ni con las intenciones que manifestaron el alcalde y el torero respecto al destino de la recaudación.

—Luego entonces está diciendo que mi representado es un mentiroso.

—Yo no he dicho eso.

—Si dice que engañó al pueblo, está diciendo que es un mentiroso.

—Busque esa palabra en mi escrito. Le aseguro que no está.

—Pero, al sostener que mintió, lo está considerando como mentiroso.

—Le vuelvo a decir que esa palabra no la he dicho yo; la está diciendo usted, no yo.

Lo que se explicó es que se iba a celebrar una exhibición de recortadores de vaquillas por iniciativa de Salvador Valiente para recaudar fondos con destino a las obras de la iglesia parroquial en orden a subsanar los desperfectos ocasionados por el rayo que descargó sobre el inmueble el día de San Pedro y San Pablo. En el cartel se incluían los veinte dígitos de las tres cuentas de obras que la parroquia tenía en diferentes entidades bancarias y de ahorro en oficinas de Pamukalé. Lo que no se dijo es lo que harían después de celebrado el festejo. Esa misma noche, depositaron la recaudación en una de esas oficinas y el lunes siguiente (el día del festival fue sábado) se abrió una cuarta cuenta a la que se transfirió toda la recaudación más todos los ingresos que particulares habían hecho directamente como colaboración a la fila cero. Los titulares de esa cuenta eran tres: el alcalde, el banderillero y el señor Mateo. Cuando el artículo del padre Juato sale a la luz, el párroco no figuraba en la cuenta ni había sido invitado a estar en ella. Habían pasado doce días. Más tarde, después de conocido el artículo del clérigo, el párroco es requerido en la oficina a firmar como cuarto disponente de la misma. En ese momento, la cuenta aparece con la titularidad de la parroquia. Es el director de la oficina quien le presenta al párroco de Pamukalé los documentos a firmar, y le dice: “Ya está todo modificado; lo han hecho para poder llevar a juicio al padre Juato”. Es decir, a los dos días del festejo se desvía todo lo recaudado a una cuenta que no había sido publicitada. Lo hace el contable, colaborador necesario, porque aparece como disponente junto al párroco en las cuentas de la parroquia; pero interviene sin el conocimiento ni la conformidad de la autoridad parroquial. En esa nueva cuenta están Máximo, Valiente y Mateo como disponentes pero se ha excluido al párroco de toda presencia y gestión en la misma. De toda esa gestión no se ha informado a nadie y nadie lo sabe. La titularidad parroquial solo aparece después de los doce

días transcurridos desde que tuvo lugar el espectáculo hasta la publicación del artículo del sacerdote Segarra, cuando, en palabras del director de la entidad de ahorro, la cuenta “ya ha sido modificada para poder llevar a juicio al padre Juato”. Eso es proceder con mentira y engaño por parte de los tres disponentes, tanto como por la actuación ilegítima y manipuladora del director de la oficina bancaria. De todos modos, tal como dejaron cerrado el asunto de la nueva cuenta, el párroco no puede disponer, pues todo movimiento en ella está condicionado a la firma de tres de sus cuatro titulares. Esto significa que el párroco no puede hacer nada sin contar con los otros, pero que los otros pueden hacerlo todo sin contar con el párroco. De esta forma se expresaba en el artículo en cuestión:

*Hemos sido engañados en la manera en la que se presentó el evento del festival taurino que se celebró en la plaza de toros de Pamukalé el pasado 29 de octubre. Aparentemente, lo organizó Valiente con las asociaciones de Pamukalé y participaron entidades patrocinadoras para reducir a cero el gasto de organización. Muchos trabajaron gratis e incluso pagaron su entrada. Sonaba ya algo extraño que se hubiera organizado a espaldas del párroco, que no se hubiera contado con él y que fuera el último en enterarse de la iniciativa, cuando ya estaba publicitada y organizada. Pero estaba el contable de la parroquia colocado en los carteles como tesorero, con lo cual, tampoco se le otorgó mayor importancia. Además, el cartel recogía las tres cuentas que la parroquia tiene en las respectivas entidades de ahorro de Pamukalé como “cuentas para las obras”. El cartel enfatizaba que la recaudación iría exclusivamente a las obras de la iglesia, con lo que todos entendimos que no iría a la cuenta de gastos ordinarios sino a las “cuentas de obras de la iglesia” que el cartel explicitaba.*

En la vista del juicio, Valiente declaró que, a partir de lo escrito por el mosén, se encontró con desconfianzas en el pueblo:

—Un hombre de cincuenta años me preguntó en la Plaza Mayor si Juato tenía razón o no. Y yo le dije: Entra, entra en la oficina bancaria y comprueba la cuenta; verás que está a nombre de la parroquia. Y se me echó a llorar y me dio unos abrazos, emocionado, de ver cómo había desconfiado de mí y ahora estaba oyendo la verdad de mi propia boca.

Se refería a uno de los testigos que habían presentado contra el sacerdote para el juicio.

—Y -prosiguió el torero- todo el mundo me paraba por la calle y me preguntaba por el tema. No me dejaban ni andar cuando iba a llevar al colegio a mi hijo.

Respondiendo a las preguntas, perfectamente dirigidas por su abogado, se explayó en explicar que el público no le dejaba vivir en paz y que su familia estaba muy afectada, pues no paró, en los quince días sucesivos a la publicación del artículo, de recibir llamadas telefónicas y tener que dar explicaciones a todo el mundo, sobre todo a los que habían colaborado con él de forma desinteresada y a los patrocinadores. Lo cierto es que, una declaración que debe ser de justificación de lo que se quiere demostrar, era, en sí misma, una gran contradicción, pues tenía por objeto demostrar su honestidad de intención pero resaltaba ese trasvase clandestino del dinero a una cuenta diferente de las anunciadas a la vez que la propia falsificación de la misma cuando se hizo modificar. Por otra parte, tanta desconfianza, tantas llamadas de teléfono, tantas paradas por la calle como relató manifiestan una cierta credibilidad por parte de la población al escrito del padre Juato; de no ser así, ¿a qué tanta pregunta, tanta llamada y tanto agobio? Y es que era la primera vez que Valiente hacía algo por su pueblo. Algunos años, de más joven, la comisión de fiestas le pagaba para que colaborase en los espectáculos taurinos; pero un servicio público desinteresado, era la primera ocasión que lo hacía. Por contrapartida, el padre Juato lo había estado haciendo durante toda su vida, tanto a nivel parroquial como social y cultural.

Los años inmediatamente anteriores a estos acontecimientos se efectuaron importantes intervenciones en todo el edificio del templo parroquial. Se hicieron nuevos todos los tejados, con sustitución de vigas y colocación de nervometal, se colocaron planchas metálicas en la superficie de todas las cúpulas y se repicó el ladrillo exterior de todo el edificio. Como siempre, se hizo mediante subvención de la Diputación Provincial de Augusta (DPA), y las aportaciones por porcentajes establecidos de arzobispado, parroquia y ayuntamiento. La parroquia, al no disponer de la parte que le correspondía, hizo su aportación mediante un crédito equivalente a veinticuatro millones de pesetas, que arrastraría durante años. A decir del contable, Doroteo Mateo, la parroquia ingresa cada anualidad lo suficiente para aportar la amortización anual del préstamo, pero apenas queda margen para otros gastos, incluso para el desarrollo normal de las actividades pastorales. En esa obra quedó “olvidado” el pequeño torreón del campanil. Por otra parte, las chapas metálicas que remataron las cúpulas no dieron buen resultado, pues cambiaron de aspecto poco después de ser colocadas, suponían un peso considerable y, además, podrían atraer los rayos de las tormentas, siendo que el monumental edificio no contaba con un pararrayos. Por eso, poco antes de la caída del rayo, se había aprobado una nueva intervención urgente para sustituir las planchas metálicas por tejas de cerámica vidriada, a la vez que se restauraría el pequeño torreón del campanil. En esa obra de urgencia también entraban en juego, por porcentajes, las cuatro instituciones antes mencionadas. Esta vez le tocaría a la parroquia la aportación de cinco mil euros adicionales. Cuando el rayo descargó sobre la gran cúpula central, las partes convinieron que esa intervención sería pospuesta y las partidas económicas con que se dotó serían invertidas en una primera actuación para acometer la reparación de los desperfectos que la tormenta había provocado y que, con el paso de los días, se apreció que eran daños gravísimos tanto en la gran cúpula como en la estructura del edificio. Precisamente por los riesgos que amenazaba, un mes después del siniestro, el

arquitecto del arzobispado mandó desalojar y cerrar el edificio, por lo que el culto parroquial hubo de ser trasladado a la pequeña iglesia del Cristo de la Luz. Contra el ánimo de las autoridades, se prestó el salón multiusos de la sede comarcal para la celebración de entierros y de otros acontecimientos señalados a los que concurre un mayor número de fieles, dado el escaso aforo que ofrece la iglesia del Cristo.

Cuando se celebró el festejo de recortadores organizado por el banderillero y el alcalde, ya las instituciones habían pedido a la parroquia la aportación de aquellos cinco mil euros que, en un principio iban a ir destinados a la torre del campano y a las cúpulas pero que, tras el impacto del rayo, servirían para un primera intervención en consolidar la estructura de la gran cúpula central, que se había visto dañada. Puesto que, como ya hemos explicado, la parroquia no podía disponer de los fondos necesarios para esa aportación, se esperó a que se celebrara el festival benéfico anunciado. Transcurridos unos pocos días, el párroco se dirigió al contable para hacer la transferencia de los cinco mil euros desde lo obtenido en la recaudación del evento. Mateo le dijo entonces que la recaudación de la plaza de toros no iba para ese fin; que estaba ya en otra cuenta a la que él (el párroco) no tenía acceso, pero que, de todos modos, debía hablar con el alcalde y el banderillero. En conversaciones posteriores, le informan al párroco de que han decidido dar a la aportación parroquial esa partida de cinco mil euros para que la obra pueda comenzar cuanto antes, pero que el resto de la recaudación sería para que el ayuntamiento pudiera cubrir el gasto del alquiler de los andamios, que supondría cerca de tres mil euros mensuales, y que es a lo que el alcalde se había comprometido como aportación municipal. Nótese que deciden el contable, el banderillero y el alcalde y que la recaudación está entonces ya en una cuenta trasvasada que no se había anunciado y en la que no está el párroco. Este argumento será el núcleo de la sentencia. Volvamos al artículo para ver cómo

refleja esto mismo:

*Antes de las últimas elecciones municipales, en la Diputación Provincial de Augusta se aprobó una dotación de cincuenta mil euros para sustituir las chapas de los chapiteles por tejas de cerámica y consolidar la torre del campano en nuestra iglesia parroquial. La mitad la aportaba la DPA, veinte mil los aportaba el arzobispado de Augusta; los cinco mil euros restantes recaían sobre la parroquia. Al ayuntamiento no se le asignó porcentaje alguno por petición expresa del alcalde. Posteriormente, al caer el rayo y puesto que esa obra aún no se había ejecutado, todas las partes estuvieron de acuerdo en desviar los cincuenta mil euros a lo que ahora se presentaba como más urgente. Según las previsiones, el montaje de andamios, el apuntalamiento de la cúpula y el estudio geológico previo del suelo tenía un coste por esa misma cifra, por lo que se decidió acometer esa intervención con el dinero que antes se había aprobado. Con el paso de las semanas se fue viendo que el daño estructural era mayor que el que aparentaba al principio y afectaba al edificio entero, por lo que se empezó a considerar una intervención integral de conservación de la fábrica. Esto hizo necesarios nuevos encuentros y reuniones de DPA, arzobispado, ayuntamiento y parroquia. Se estudia también la participación del Gobierno Autónomo, dada la envergadura de la obra. Los pasos son lentos pero firmes y, finalmente, el alcalde decide asumir el gasto de tres mil euros mensuales que va a costar el alquiler del andamiaje. Así están las cosas a día de hoy.*

*Se ve venir una obra faraónica de muchísimo dinero y tiempo si es que se hace la intervención integral. Si no se hace, se afrontará la consolidación estructural pero quedaría pendiente todo lo artístico y estético. Claro, con las arcas municipales en mínimos (según se dice, pues el ayuntamiento no publica sus cuentas) y la parroquia, sin otros recursos que las colectas y donativos, cubriendo aún el préstamo de 24 millones que sacó para la obra de los tejados, lo*

*que se ve venir preocupa a las instituciones pamukaleñas y con razón. Pero, bueno, se irá viendo paso a paso; se hace camino al andar. El alcalde, según ha manifestado él mismo, se encuentra reticente a seguir participando en el gasto de la iglesia –tal como se hace en estos convenios a cuatro bandas- porque el edificio no es de titularidad municipal. De ser así, esto podría paralizarlo todo “sine die”, pues no solo es necesaria su participación sino también su firma para que lleguen las subvenciones.*

El párroco había cometido un delito imperdonable para muchos de los parroquianos de Pamukalé: era colombiano. Mientras los sudamericanos sean estrellas del fútbol o del baloncesto, no pasa nada. Otra cosa es “que ocupen puestos significativos en Pamukalé, pues, si les dejamos, al final, se van a hacer los extranjeros los amos del pueblo”. Esto fue dicho por una persona perteneciente a una de las asociaciones que participaron en la organización y que después fue presentada como testigo por las partes demandantes en la vista del juicio. Todavía no había pasado un año desde la llegada del párroco al pueblo y una persona de misa y comunión diaria se dirigió al padre Juato:

—Tú que tienes influencia en el arzobispado, deberías pedir que nos cambien el cura.

—Pero si no lleva ni siquiera un año. Normalmente, los nombramientos los hacen para seis.

¿Por qué razón dices que hay que cambiarlo?

—Porque a la gente no le gusta.

—¿El qué no le gusta?

—Mmm... No sé; no le gusta; no están contentos con él.

—Pero alguna razón habrá para ello.

—Ya te digo que no gusta a la gente. Es mejor que lo cambien.

—¿Es que celebra mal la misa; no prepara las homilias; es que trata mal a la gente?

—No, no; no es eso; eso lo hace bien.

—¿Os parece que no es buen trabajador, que no lleva bien la parroquia?

—No, tampoco es eso. Sí que es trabajador y atiende bien las cosas de la parroquia.

Segarra comprendió entonces de lo que se trataba: Era sudamericano. Entonces zanjó la conversación:

—Ya sé entonces por qué me lo dices. No toleráis que sea colombiano, ¿verdad? Pues eso es una vergüenza y un pecado. Sois racistas y queréis un cura español. ¡Qué despropósito! Pues si no sabéis ver a todas las personas como hijos de Dios, entonces no merecéis ni este cura ni ningún otro. Olvídate del tema y que sepas que no pienso decir nada. Lo que tenéis que hacer es aceptarlo, tratarlo con cariño y respeto y colaborar con él en la marcha de la parroquia. Y no me vuelvas a sacar este tema porque en ese camino no me vais a encontrar.

Un pecado colectivo en Pamukalé, que no afecta a todos, naturalmente, pero que se deja notar, es un sentido de cierta altivez. El hecho de ser cabecera de comarca, sus buenas comunicaciones, el hecho de tener mayor población que los municipios que lo circundan, el tener un renombre importante en el mundo del sector primario de la economía, hace que no solo aflore fácilmente el sentido patrio de pertenencia a un pueblo, sino el sentimiento muy extendido de que “son más” que otros; y al decir “más”, va referido a la calidad y no a la cantidad. Quizás ellos no se dan cuenta, pero ese sentimiento hace diferenciar a las personas y provoca acepciones. Eso se da hasta el punto de que, en algún caso concreto, aunque sea aislado, algún propietario de tierras tiene establecidos dos tipos de salario en el tiempo de la recolección; uno para los españoles y otro, inferior, para temporeros de otras razas. Los curas han denunciado esta situación en numerosas ocasiones, tanto en las homilias ordinarias de los domingos como en las que se decían en la edición anual de la fiesta de la cosecha, pero, con el

paso del tiempo, esta práctica aún no ha quedado del todo erradicada. Este pensamiento xenófobo es determinante para entender qué pasó en Pamukalé tanto con el padre Juato como con el cura de la parroquia. Una persona, colaboradora de la parroquia, de pensamientos e influencias muy perniciosas, brindó esta bienvenida al párroco colombiano el día que fue presentado como tal y tomó posesión de su nombramiento en Pamukalé:

—¿Tú eres el cura nuevo?

—Sí, yo soy; hoy es mi primer día aquí...

—Bien, pues sepas que nos llevaremos bien si haces lo que yo te diga. De no ser así, no cuentes conmigo porque me iré a otra iglesia.

Y, a buen seguro, al párroco le faltó decirle: “Pues, desde este momento, ya no cuento contigo”, pero no le dijo nada y tuvo ya en él, desde el primer día, a su peor enemigo, el que más tarde haría tanto daño a los dos sacerdotes y a la Iglesia.

### III

El día que el padre Juato publicó el artículo de la polémica, era lunes; y los lunes el párroco de Pamukalé atiende otras encomiendas pastorales en la ciudad de Augusta. El banderillero, el alcalde y el contable de la parroquia fueron conociendo el escrito a lo largo de la mañana y del mediodía. En torno a la hora del almuerzo, telefonearon al párroco y le instaron inquisitivamente a que abandonara sus obligaciones y viajara de inmediato a Pamukalé para

reunirse con ellos. ¿Debió el sacerdote ceder a tal pretensión? Lo cierto es que lo hizo y pudo, así, complacer la exigencia de los notables. Reunidos en el ayuntamiento, se manifestaron con una cólera desbocada.

—El padre Juato está muy bien informado -gritó el alcalde mientras tecleaba en el ordenador-. ¿De dónde ha sacado toda esta información? Además ha enviado el texto a otras personas mediante correos electrónicos... Estoy viendo y quienes lo han recibido lo han vuelto a reenviar a otros, y esos a otros. Ha sido reenviado a multitud de direcciones de correo electrónico y a esta hora ha corrido ya como la pólvora. El daño que nos ha hecho como profesionales a Salvador y a mí es irreparable.

—Sí, tiene que pagar por esto -apostilló el banderillero-. Tenemos que hacer que se vea perjudicado también él en su profesión. Llamemos al arzobispado para que escriban una carta en la que lo desacrediten públicamente. Tenemos que leer esa carta al pueblo y conseguir que el arzobispo le prohíba ejercer el sacerdocio de por vida.

—Eso está bien, pero no basta. Tenemos que hacer ver al pueblo que el artículo miente y que nosotros hemos dicho la verdad y hemos actuado en consecuencia. Tenemos que convencer a la gente de que lo que dice el padre Juato es una mentira porque está resentido. Y está resentido porque no ha podido ser protagonista de la organización del festejo taurino y, como le gusta figurar y ponerse medallas, ha escrito esto en venganza. Tenemos que actuar de manera convincente ante el pueblo. Hay que dejar a Juato por mentiroso e interesado. Haremos una asamblea popular en el cine Olimpia y nos defenderemos. Y anunciaremos que llevaremos a Segarra a juicio.

—Yo he dado mi cara ante los recortadores, las ganaderías y las firmas comerciales para que colaboraran gratis. Ahora, con esto, van a desconfiar de de mí. Todo el mundo del toro va a desconfiar de mí y, si desconfían, no me contratarán; y si no me contratan, no podré trabajar.

Pues si yo tengo dificultades para trabajar, Segarra también las tendrá. Organizaremos una recogida de firmas por el pueblo para que le prohíban celebrar misa y ejercer el sacerdocio de por vida. De eso me encargo yo. ¡Vaya si me encargo yo!

—Y lo llevaremos a juicio; y le sacaremos lo que ha heredado de sus padres. Pediremos indemnizaciones y que corra con los gastos del juicio. Mejor, pondremos dos demandas; una tú y otra yo. Que se duplique el gasto. Y también la indemnización. Que sea todo por partida doble. Le sacaremos cien mil euros. Y, si tú quieres, Doroteo, pones la tercera demanda, y entonces será todo por triplicado.

—Bueno, ya veremos qué pasa en estos días -respondió Mateo-, pero yo, en principio, no quiero ir a juicio y no me presto a poner otra demanda. Creo que las cosas se pueden arreglar hablando. Lo de ir al juzgado me parece una posibilidad extrema en la que yo, en principio, no quiero participar. En mi opinión, lo primero que deberíamos hacer es pedirle que retire el artículo.

—Pues yo no se lo pido.

—Yo tampoco. No quiero hablar con ese tío...

—Entonces te va a tocar a ti -le dijo el alcalde al párroco-.

—No hay problema; yo se lo digo. Es más, estoy seguro de que, si se lo digo, lo hará. Pero aún no queda claro qué se hará con la recaudación y si la parroquia se verá o no como la beneficiaria del festejo porque pueda presentar la recaudación para cubrir su aportación a las obras. Si esto no se le garantiza a Juato puede ser que no vaya a retirar lo que escribí, pues dijisteis que el importe recaudado sería la aportación municipal para pagar el alquiler de los andamios.

—Es verdad -apuntó el alcalde-. Creo, pues, que es hora de ceder. Si no lo hacemos, tampoco podremos llevar a juicio a Segarra. Hay que hacer ver que en todo momento hemos tenido la

intención de que la recaudación sirviera para las aportaciones de la parroquia. Entonces -dijo dirigiéndose al párroco-, tendrás que pasarte por la oficina donde está la cuenta que abrimos para firmar también tú como titular.

—Bien, ya pasaré y firmaré.

—Entonces -prosiguió el munícipe- fijaremos una asamblea popular en el cine para dentro de tres días. El día once. Habrá que prepararla bien. En estos tres días pensaremos en cómo se puede plantear y desarrollar y esa tarde nos volvemos a reunir para atar bien los cabos. Haremos ahora un cartel para colocarlo por los bares y comercios anunciando... la reunión informativa. La llamaremos así, reunión informativa.

—Entonces, me voy y llamo al padre Juato para que retire el escrito.

—Si, pero espera. Si Juato retira el escrito, ya no se podrá leer. Eso no nos convendría, pues puede ser un filón para que se pueda leer y se puedan añadir comentarios que nos defiendan a nosotros y que le descalifiquen a él. Podemos contar con tus amigos -dirigiéndose al banderillero- y con los míos. Ellos escribirán en Internet. Encargaremos a uno de ellos que publique el artículo de Juato en otro sitio, en el que la Diputación brinda a los ayuntamientos, y que creen un foro para poder escribir ahí y hacer valer nuestra verdad. Y ese mismo grupo puede ejercer como grupo de presión en la asamblea del cine... Sí; serán nuestros hooligans. En cuanto a Juato -mira esta vez al párroco-, además de retirar el artículo, tienes que conseguir que publique de inmediato en la página web de la parroquia una nota de rectificación en la que también pida disculpas.

—Bien; yo le llamo ahora y le digo que fue una mala interpretación de los datos que había. Que la recaudación del evento taurino será para las aportaciones parroquiales a las obras de la iglesia y que yo mismo voy a figurar, junto a vosotros tres, como titular de la cuenta. Y le pido que ponga en la web de la parroquia una rectificación y una disculpa. ¿Es así?

—Así está bien. Ve y habla, pues, con él -sancionó el regidor-.

En las horas siguientes, los dos sacerdotes hablaron varias veces por teléfono. Antes de las 20 horas, el artículo estaba retirado. En la página web de la parroquia lucía ya, en el portal, una nota en la que el autor del escrito decía haber interpretado erróneamente los datos que tenía y pedía disculpas a los afectados, haciendo constar que ahora quedaba claro que, con la recaudación de la plaza de toros, se realizarían las aportaciones parroquiales a las obras del templo. Por la noche, el párroco pidió con mucha vehemencia que Juato se disculpara personalmente con Valiente, Máximo y Mateo. Él creía que, así, se evitaría el juicio. Su colega le advirtió que si la decisión de las demandas judiciales estaba tomada, todo les parecería insuficiente: “Habrán juicios”, le dijo.

Al día siguiente, Segarra se puso a llamar por teléfono a Mateo, Valiente y Máximo. Solo Mateo atendió la llamada. El contable le dijo al clérigo que aceptaba sus disculpas. Le hizo saber que había un gran disgusto en su familia, sobre todo en sus hijos, por el artículo, en el que se le ponía formando parte de una trama contra el párroco y la parroquia. El padre Juato pensó en esa noche que el artículo ya había cumplido su cometido. Se había garantizado que se iba a cumplir lo que se había anunciado; es decir, que la recaudación del evento taurino libraría a la parroquia de aportar por sus medios el saldo obtenido. Ahora no le importaba decir que había cometido un error, que había interpretado mal los datos que conocía. Dio por válido hacer pensar que los notables habían obrado honestamente y que él había cometido un error de interpretación. Al fin y al cabo, todos cometemos errores. Los que se sentían héroes seguirían siéndolo y a él se le podría perdonar la equivocación. Con este ánimo, siguió llamando durante todo el día siguiente a los teléfonos de Máximo y de Valiente sin lograr que ninguno de los dos

atendiera una sola vez su llamada. El letrado Novella afirmó en el juicio que el autor del artículo debía haber verificado su información con los tres notables antes de hacerlo público. Si no estuvieron dispuestos a hablar con él ni antes ni después, sería absurdo pensar que iban a compartir con él sus intenciones cuando no eran lo que querían aparentar.

#### IV

El alcalde y el banderillero habían visto publicadas sus intenciones y que su actuación no coincidía con aquello que habían planteado de cara a la galería: Un festival benéfico para la parroquia. No es casual que el festejo taurino se celebrara -con una organización meteórica, según las apariencias- pocos días antes de dar comienzo a una campaña electoral que desembocaría en unas elecciones generales. El dato no tendría casi relevancia a no ser porque Máximo concurría a esas elecciones en la lista al Congreso de los Diputados. Aparecía en el

número siete de la lista por Augusta en la candidatura de su partido socialdemócrata. La situación en séptimo lugar no era buena para esas elecciones. A tenor de los resultados obtenidos por su partido en otros comicios, hubiera sido posible alcanzar el Congreso en esa posición de salida, pero Zapatero había adelantado las elecciones, ahogado por el déficit y la deuda, tras una gestión lamentable de una crisis que se negó empecinadamente a reconocer. Así las cosas, todos los sondeos auguraban una mayoría absoluta a favor del partido de los conservadores, adversario del partido con el que Máximo concurría. Por otra parte, para él era un reconocimiento de la cúpula provincial y regional de su partido tras haber obtenido la mayoría absoluta en las elecciones municipales tan solo unos meses atrás. Así, el munícipe quedaba ya en puestos de lanzadera de cara a posteriores convocatorias.

Con estos datos, al regidor pamukaleño se le empieza a subir la gaseosa a la cabeza y se convence ya de que puede llamarse político de profesión. Todos los profesionales tienen una preparación educacional en la materia. Los estudios de Máximo no alcanzan una licenciatura. Pero es que tampoco tienen nada que ver con el ejercicio de la política. Cuando accedió a la alcaldía, a los veintitrés años, había presidido una asociación cultural y otra recreativa en Pamukalé. Le gustaba hacer en la función pública, era un chaval con iniciativa y ganas de trabajar. Quiso encabezar las listas al ayuntamiento por un partido que no le ofrecía el primer puesto sino el segundo; finalmente se presentó por el partido que le permitía ir en cabeza. Habiendo perdido las primeras elecciones, accedió a la alcaldía a través de los pactos con otras dos formaciones políticas representadas en el ayuntamiento. No hay ninguna duda de que su gestión fue bien vista, aprobada y refrendada por los vecinos, pues, esta vez le dieron la mayoría absoluta para gobernar el ayuntamiento. En estas circunstancias, el alcalde hace constar en su demanda que es político de profesión y que el escrito del cura Juato le ha

causado un daño profesional. Días más tarde, afirmarí­a en un mitin, que “algún pamukaleño con sotana pretende desalojarme de la alcaldía”. En veintiséis años de sacerdocio, Juato jamás se enfundó una sotana, pero es el mismo lenguaje que usa su jefe nacional a la hora de referirse a los clérigos en general. Hay cierta lógica en que tenga de referente el lenguaje de su máxima autoridad nacional, aunque no se ajuste a la realidad, porque así se entienden mejor.

Llegados, pues, a ese punto, había que inventar una farsa y darla a conocer con el mayor bombo y platillo posibles. El alcalde se vale de los medios del ayuntamiento para elaborar un gran cartel con el escudo de la ciudad, alquilar el cine Olimpia, instalar un equipo de megafonía y convocar a una “reunión informativa” a todo el pueblo para “aclarar” el artículo del sacerdote pamukaleño Juato Segarra. Curiosamente, el acto se convoca para el día once del mes once del año once; a las 20 horas. Los familiares del alcalde iban también invitando bis a bis: “No faltéis a la reunión del cine porque Juato ha insultado a mi chico”. Teniendo en cuenta que la sala tiene un aforo de unas 280 butacas, se podía aspirar a una previsión de que hubiera unas 350 personas, contando con que parte del público pudiera quedarse de pie. Y no falló la previsión. La expectativa se cumplió y ese fue, aproximadamente, el número de personas que asistieron a aquella sesión. Personas cercanas al círculo del alcalde avisaron previamente al sacerdote para que no acudiera, pues era un acto diseñado expresamente para su linchamiento moral. Así, pues, el protagonista de esta historia no estuvo presente en el salón de proyecciones.

En el escenario, los tres notables más el párroco. Era importante que el párroco apareciera con ellos tres, pues era la única forma de hacer creí­ble que la cuenta bancaria a la que se trasvasó

el dinero de la recaudación no ignoraba a la parroquia. El sacerdote no abrió la boca ni dijo una sola palabra en todo el tiempo que duró aquella asamblea popular. El banderillero y el alcalde hablaron todo lo que quisieron y dieron todas las explicaciones que quisieron dar. El contable de la parroquia iba leyendo en voz alta el artículo. En cada punto se detenía y eran Valiente y Máximo los que tomaban la palabra para decir lo que creían oportuno. El resumen de la idea a transmitir es que Juato miente; que ellos han tenido siempre la recta intención de que la titular de la nueva cuenta fuera la parroquia y que los disponentes fueran los mismos cuatro que estaban en el escenario. Además, puesto que Juato ya había pedido disculpas en público y, puesto que al no responder a sus llamadas durante el día entero, contaban con sendos correos electrónicos disculpándose personalmente con Valiente y Máximo, eso les da la razón de que el artículo contenía todo un grave error de fondo del que el propio autor se había retractado. Pero había que transmitir, igualmente, su gran indignación por la experiencia que estaban pasando a costa del error reconocido por el articulista. Se habían sembrado dudas de su recto proceder; de hecho, el interés despertado en la gente manifestaba los interrogantes que el escrito de Juato había creado en ellos; de no ser así, el cine habría estado vacío. Y entonces se pasó a escenificar el drama. Los actores comenzaron a mostrarse encolerizados. Previamente, habían mentalizado a un grupo de incondicionales del banderillero y del alcalde, incluido algún trabajador del Ayuntamiento, para que hicieran los coros y trataran de agitar al público contra el padre Juato y situarlo a favor de ellos en la confrontación a la que iban a llevar el asunto.

—¿Es o no un prepotente el padre Juato?

—(A coro): Síiiiiiii.

—¿Qué es Juato?

—(A coro): Un prepotenteeeeeeeeeee.

—(In crescendo): ¿Y es o no un soberbio?

—(A coro): Síiiiiiiiiiiiiii.

—¿Qué es Juato?

—(A coro): Un soberbiooooooo.

—Juato es un mentiroso; ¿qué es Juato?

—(A coro): Un mentirosooooooooooooo.

—¿Y vais a creer a un mentiroso como él?

—(A coro): Nooooooooooooo.

—¿A quién creéis entonces, a Juato o a mí?

—(A coro): A tiiiiiiiiiiiiiiiiii.

—¡Decidlo más fuerte; decidlo todos. ¿A quién creéis, a Juato o a mí?

—(A coro): A tiiiiiiiiiiiiiiiiii.

—¡Porque no está aquí, por eso... Porque si estuviera aquí, le haría ponerse de rodillas delante de mí! ¡De rodillas, de rodillas! ¡Le haría ponerse de rodillas hasta que llorara; sí, sí, le haría llorar! ¡Tendría que pedirme perdón llorando y de rodillas, aquí, delante de todos!

No todos los que estaban aprobaban lo que estaban viendo y oyendo. De hecho, algunos familiares de Juato abandonaron, indignados unos y llorando otros, el cine antes de la conclusión de la asamblea. Pero allí había agitación y violencia, mucha violencia verbal y emocional.

—¡¡Que no venga más al pueblo, que no le dejen entrar en el pueblo!! ¡¡Fuera, fuera!!

—Yo me comprometo -manifestó el alcalde- a que no vuelva a celebrar misa aquí.

La violencia era tal que muchos pensaron que si Juato hubiera estado allí, le habrían dado una paliza hasta matarlo. Había una manipulación perfectamente preparada y orquestada para que allí no se oyera sino solo una versión. Nadie de toda esa comparsa iba a permitir que se oyera algo distinto. Así que todos los que no gritaban y todos los que se dolían del daño que se

estaba haciendo al padre Juato no pudieron hablar. Muchos de ellos se fueron a sus casas cabizbajos y con el sentimiento de dolor que provoca haber visto cómo se vapuleaba públicamente, de modo premeditado y organizado, a una persona honesta y querida por ellos. Fueron los que nunca tuvieron voz en ese juicio popular manipulado. Una cosa así, contra un vecino de la localidad, no tiene precedentes en Pamukalé. Allí han sucedido muchas cosas, pero nunca se ha organizado algo parecido contra un vecino. Esos diálogos, esas respuestas a coro preparadas, quién sabe si pagadas, recordaban a muchos ese fragmento de la pasión de Jesús cuando el pueblo gritaba:

—A ese no; a Barrabás; suéltanos a Barrabás”

—¿Y qué hago con Jesús?

—Crucifícalo, crucifícalo...”

El artista del toreo vivió una nueva tarde de gloria, que le vino servida, a cielo cubierto y sin haber colocado un solo par de banderillas. El contable de la parroquia, que antes había dicho aceptar las disculpas del sacerdote que firmaba el artículo, se prestó a colaborar en esta farsa que injuriaba y calumniaba al que antes había excusado. El alcalde tuvo su campaña electoral anticipada: se había apuntado el tanto del festejo taurino y ahora se veía arropado y autorizado ante una asamblea popular que suponía, en número, un diez por ciento de la población cuyo municipio representaba. Así, en ese ambiente, el alcalde, que había pasado unos días en entredicho, que vivió inquieto y nervioso por verse delatado en sus intenciones, ahora se vino arriba, se creció y declaró solemnemente ante todos los asistentes:

—Pues quede claro que, a partir de este momento, don Juato Segarra tiene prohibido celebrar la misa y los sacramentos en todo el territorio municipal de Pamukalé mientras yo sea el alcalde.

Y se cerró el acto. Ya en el mismo local del cine hubo una persona de sus filas, bien preparada, que ha estado casi toda su vida colaborando en la acción pastoral de la parroquia, le advirtió al alcalde de que había dicho una solemne estupidez, pues no tiene competencias para dictar una prohibición así. Conforme fue pasando el tiempo, el alcalde comprendió que no solo había dicho una estupidez, sino que había cometido un grave resbalón ante trescientas cincuenta personas, pues su dictado suponía un atentado contra la libertad religiosa y el ejercicio libre de culto, recogidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1948, y consagrados en la Constitución española de 1978. Sin contar con que ya había menospreciado la libertad de expresión del sacerdote, ahora situaba su autoridad por encima de la autoridad de la propia Constitución, cercenando los mismísimos Derechos Humanos. Llevado por la falta de formación, por la prepotencia o por ambas cosas, lo cierto es que este traspie le pudo salir muy caro a la autoridad municipal de Pamukalé. Porque si el afectado hubiera querido hacer leña de ese árbol, se dejara llevar por los deseos de revancha o se sintiera movido a mantener un pulso con quien tan rastreramente se había portado con él, no solo hubiera podido obtener un rédito económico importante, sino que, muy probablemente, la Justicia podría haber suspendido de sus funciones de alcalde, al menos temporalmente, al presidente del concejo; y quién sabe si también le hubieran retirado su acta de concejal; con lo cual, su autodenominada profesión política se hubiera terminado para siempre. El propio cura Juato se expresaba así en su blog después de conocer la sentencia a las dos demandas judiciales:

*Fácilmente, cualquier tribunal que comprendiese el tema se pondría de mi parte. Pues bien. Después de una profunda y serena meditación de estos extremos, renuncio a dar ese paso. Creo que se ha causado daño, pero no estoy yo dispuesto a hacer lo mismo que me han hecho y pagar con la misma moneda, aunque me sienta legitimado para ello. Es suficiente con el daño de uno, no con el de tres o el de cinco. Eso llevaría a una espiral que ahondaría aún más en la*

*ya difícil situación en que estas personas han dejado la normal convivencia en Pamukalé. Antes que lo que me resulte a mí como legítimo, está la moral cristiana y la vocación a la que he sido llamado y en la que vivo desde hace veintiséis años como una gracia del Señor. Él nos pide que perdonemos a los que nos ofenden, a los que nos insultan y calumnian. Nos pide también que recemos por ellos. Y eso es lo que hago. Los perdono de corazón y pido a Dios que sea indulgente con ellos.*



Después de dos días tras haber publicado el artículo de las discordias, el padre Juato fue a ver a su arzobispo a la residencia que tiene en la sede cesaraugustana. El prelado dijo haber leído ya el artículo. Le había llegado a través de sus vicarios, pues algunos de ellos habían recibido el texto a través del correo electrónico del autor. El padre Juato le informó de la airada reacción del alcalde y el banderillero, le contó la convocatoria de la asamblea que se iba a celebrar en el cine y le expresó su preocupación, sobre todo, por la intención de recoger firmas para que le suspenda del sacerdocio -lo que implica empleo y sueldo- de por vida. El arzobispo se comprometió con su subordinado a no hacer caso de esa petición. Puesto que la sesión del cine Olimpia aún no se había celebrado, todavía no pesaba la sentencia del alcalde de prohibir al pamukaleño la celebración de la misa y los sacramentos en el territorio municipal mientras él ocupe el sillón de la alcaldía.

Monseñor reflexionó, en su diálogo con el sacerdote, sobre las cuatro virtudes morales, extendiéndose acerca de la prudencia. Luego, trajo el diálogo entre Jesús y Pilato, en las horas de la pasión, para resaltar que la autoridad de Jesús no entraba en competencia con la del gobernador romano de Judea. Finalmente, preguntó a Juato:

—¿Tú estás contento con la polémica que has suscitado?

A lo que el cura respondió:

—Yo creo que el artículo ha logrado su objetivo. Gracias a que lo he publicado, ahora la parroquia dispone de esos veinticinco mil euros (era la cifra que se conocía entonces); de otra manera, el ayuntamiento los habría aportado como parte suya a las obras de la iglesia.

Pero el prelado le replicó:

—Bien. Ahora piensa un poco más a la larga. Si, por haber molestado al alcalde, él se niega a seguir cooperando con la parroquia y con las obras... ¡qué caro nos habrá resultado tu artículo, ¿no?! En estos días no puedo hacerlo porque tengo que estar en Madrid en la Conferencia Episcopal, pero, cuando regrese, yo iré a negociar con tu alcalde.

—Bueno, pues que sepa que tienen idea de llevarme a juicio.

—Ya; entonces búscate un abogado que te asesore y te defienda.

—¿Y si yo les demando a ellos, qué le parecería a usted?

—Mmm... Solo si ellos te demandan primero. Que no seas tú quien lo haga antes.

A la vista de los acontecimientos que han sucedido después y puesto que no ha vuelto a haber entrevistas entre el obispo y su presbítero, la negociación con el alcalde pudo ser de la forma que sigue o similar.

—¡Hola, alcalde, ¿cómo va todo?

—Buenos días, arzobispo. Aquí estamos, luchando contra los elementos.

—Pues a ver si yo le puedo ayudar de algún modo en esa lucha. Hay cosas que, necesariamente, las tenemos que afrontar juntos. Usted busca, ya lo creo que busca, el bien del pueblo y nosotros también. Y ahora el bien del pueblo pasa por arreglar la iglesia parroquial. Qué mala suerte tuvimos con lo del rayo, oiga, ahora que se había encarrilado tan bien el tema y que ya estaban hechos los tejados, que son lo más costoso...

—Sí, ha sido una mala suerte, pero usted debe atar en corto a sus curas. El escrito del padre Juato no facilita, precisamente, que podamos trabajar juntos en esta ni en otras cosas...

—Ya; yo he hablado con él. Desde luego, no fue un artículo acertado. Pero él ha obrado por su cuenta; no tiene en esto el respaldo del arzobispado. Y es que estas cosas no deben tratarse por parte de los subordinados. Usted y yo somos la cabeza; usted, de su pueblo; yo, de la diócesis. Yo creo que el diálogo y la colaboración entre ambas instituciones debe hacerse desde los acuerdos entre los que tenemos la máxima responsabilidad, entre usted y yo.

—Eso lo acepto, pero han ocurrido hechos gravísimos y no pueden salirle gratis ni al padre Juato ni a la diócesis. De alguna manera deberán compensarnos por la extorsión causada por el artículo publicado por su cura; al fin y al cabo, aunque obrara por su cuenta, la responsabilidad de lo que hacen sus curas, en último término, la tiene usted. Además, usted sabe que pedimos al arzobispado un escrito desautorizando al padre Juato y su artículo para leerlo en público en el acto del cine, y, en lugar de eso, su vicario general envió un escrito en el que se ceñía exclusivamente a agradecer al banderillero su iniciativa y el festival taurino organizado.

—Entonces dígame qué propone.

—Para que podamos colaborar juntos en la reparación del templo parroquial, usted debe aceptar dos condiciones. La primera es que suspenda del sacerdocio a don Juato Segarra...

—Pero eso que me pide no puedo hacerlo. Aunque yo sea su superior, suspender *a divinis* a un sacerdote solo es posible cuando ha cometido una falta canónica grave. Escribir ese artículo fue un error; no es políticamente correcto y no ayuda al entendimiento entre su ayuntamiento y mi diócesis, pero él no ha faltado a su sacerdocio ni a la Iglesia. No ha habido falta ni delito canónico. Si yo le suspendiera *a divinis*, él podría llevar el caso a la Santa Sede y, al no encontrar motivo suficiente, el perjudicado sería yo.

—Entonces sí que está en su mano imponerle la sanción del contenido de mi declaración en el acto del cine, es decir, que le prohíba celebrar la misa y los sacramentos en Pamukalé mientras yo sea el alcalde. No quiero ir un día a misa con la Corporación Municipal y que sea él quien celebre o quien diga la homilía.

—A eso sí puedo comprometerme. Juato podrá celebrar los próximos años en cualquier parte pero yo haré que no pueda hacerlo en Pamukalé. Así tampoco queda mal usted en aquello que se comprometió ante la gente en el acto del cine.

—De acuerdo, entonces.

—¿Y la segunda condición?

—La segunda condición que es que tiene que trasladar al párroco.

—Así se hará. Entonces, con este acuerdo, usted seguirá colaborando en las obras de la iglesia parroquial ¿no es así? Fíjese qué templo tan monumental hay en Pamukalé, lleno de arte y de historia. La suya es una ciudad importante en la Comunidad Autónoma y, por supuesto, en nuestra diócesis. Ahora, usted y yo tenemos la responsabilidad de entregarlo intacto a las próximas generaciones, tal como nosotros lo hemos recibido de nuestros antepasados. No podemos fallarles, alcalde, no podemos fallarles.

En realidad, el párroco de Pamukalé había pedido ya en dos ocasiones anteriormente el cambio de destino, petición que no había sido atendida por el arzobispo. Ahora no sería complicado removerlo, pues él se mostraría de acuerdo. Pero el entorno del alcalde y el del banderillero lo iban a presentar como la consecuencia de su incompetencia al frente de la parroquia y de las sospechas de que se había enriquecido con la venta de obras de arte de la iglesia parroquial. De hecho, Novella le preguntó en el juicio, con toda intención, si no era verdad que había sido cesado por el arzobispado. El párroco estuvo con buenos reflejos

cuando respondió que “no he sido cesado, sino que yo he pedido voluntariamente el traslado; de hecho, lo había pedido ya anteriormente en otras dos ocasiones. Entonces no se atendió a mi petición, mientras que ahora sí ha sido atendida”. El día que él declaró como testigo en la sala de juicios aún no había abandonado Pamukalé, pero estaba decidido que su traslado fuera efectivo a finales del verano. Por otra parte, el compromiso que el arzobispo adquirió con el alcalde con respecto al padre Juato, iba dirigido con la intención de salvar la piel del edil con respecto al resbalón de conculcación de libertades que había pronunciado en el cine contra el sacerdote. Su superior sabía que se trataba de una disciplina fuera de lugar, pues era una censura canónica sin que hubiera por medio una falta canónica. No podía, por tanto, comunicársela oficialmente al padre Juato. Sin embargo, podía conseguir que en la práctica fuera aplicada la sanción. Eso lo hizo dando la orden al párroco de entonces, como al que le sucedió, de que impidieran al padre Juato el ejercicio del sacerdocio en la jurisdicción de su parroquia. El primer párroco no le dijo a su colega la orden que había recibido del obispo, sino que lo aceptaba valientemente a concelebrar cuando acudía a la misa. Con el desconocimiento de esta orden, sucedió que un día murió una persona en cuya casa Juato había crecido, jugando, con uno de sus hijos. Su viuda le pidió a Segarra que celebrase él el entierro. El párroco se lo permitió y concelebró con él. Al comenzar, unas pocas personas abandonaron la sede de la comarca en que se celebraba el funeral. Poco después de su término, el párroco recibió una llamada directa de la máxima autoridad eclesiástica para amonestarle y volverle a pedir que no se repita una violación de esa orden. Aun así, el párroco volvió a mostrarse valiente por no perjudicar a su compañero y le invitó a predicar en la liturgia del miércoles de ceniza en la iglesia del Cristo. A posteriori, esa sería la última ocasión en que el padre Juato volvería a pisar como sacerdote el presbiterio de una iglesia de Pamukalé en una celebración litúrgica. Y eso, por dos razones. La primera es que, ya con el conocimiento de que el obispo

diocesano le había dado la orden de impedir que Juato celebre en su pueblo, no quiso volver a poner en apuros al cura de la parroquia. La otra razón es que el pamukaleño no se encontró a gusto en esa celebración. Cuando comenzó la predicación, hubo un murmullo generalizado al fondo de los bancos. Más tarde, pocas personas pasaron a recibir la ceniza o la comunión de sus manos; su fila se acabó enseguida, mientras la del párroco se prolongaba varios minutos. En circunstancias normales, un sacerdote acude a la fila del otro para hacer más breve el acto y la gente de la misma fila pasa, indistintamente, con uno u otro sacerdote. En esta ocasión, Juato no quiso hacerlo porque pensó que muchos de los que no habían pasado por su fila lo hicieron discriminándole con respecto al párroco. Por una parte, el alcalde y el banderillero, junto con su grupo de presión, habían llegado a convencer a la mayoría del pueblo de que Juato había urdido una mentira y la había publicado, por despecho, para perjudicar a sus organizadores y para minimizar el éxito de participación popular en el festival de la plaza de toros. Por otra parte, llevados por su desconocimiento, muchos de ellos pensaron que, en efecto, el alcalde tiene capacidad para prohibir cuando quiera y a quien quiera celebrar ritos religiosos en el territorio que gobierna; en este caso, el hecho de que Juato celebrara aquel funeral y que ahora pronuncia la homilía y concelebra en la misa del miércoles de ceniza, era visto por esas personas como un desafío a la prohibición del alcalde, a la vez que como una infracción de una norma legal dictada legalmente por el municipio.

Pocas fechas después de interponer las dos demandas judiciales contra el paisano en el juzgado de Larroca, se celebraba la fiesta del Santo Patrón de Pamukalé. Al igual que ocurre con la fiesta del Cristo, la Corporación Municipal acude a la misa ese día. El alcalde sabe que Juato suele obrar con mucha libertad personal en las cosas. Pues se quiso asegurar de que ese día él no iba a estar en la concelebración. “No sé cómo reaccionaré si lo veo” había

expresado ante la inquietud de conocer con antelación si estaría o no. Se valió de la sacristana para que le preguntara directamente; también le encargó al párroco que se informara de su intención; incluso envió a un concejal de su grupo que les preguntara a sus familiares más allegados. En este tipo de eventos, se suele invitar a algún político de relevancia provincial o regional, pero, en aquella ocasión, el alcalde dijo no haberse atrevido a invitar a nadie por la posibilidad de que se encontrara con Juato en la concelebración y él -el alcalde- pudiera reaccionar mal. Tal era la violencia y la aversión que sentía hacia el sacerdote. Este hecho anecdótico revela también su nula capacidad para dialogar con el padre Juato, cuando tiene que mandar tres emisarios por no preguntarle directamente.

## VI

Cuando el rayo impactó contra la cúpula central de la iglesia de Pamukalé, el padre Juato

estaba supliendo las vacaciones del párroco, que se ausentaba por un viaje a su tierra sudamericana. La duración prevista de esa suplencia era de cuarenta días, siendo que el siniestro ocurrió al segundo día. El sacerdote suplente tenía dos opciones: o se quedaba de brazos cruzados dejando que el párroco se encontrara con el escenario tal cual quedó o actuar para ir adelantando gestiones mientras llegaba la fecha en que el párroco debería hacerse cargo. Quienes conocen al sacerdote que hacía la suplencia, sabían que no es de los que se quedan mirando sin hacer nada. Naturalmente, optó por adelantar lo que se pudiera en las gestiones que es pertinente hacer en caso de siniestro. Así, pues, durante esos treinta y ocho días estuvo en contacto permanente con el alcalde, con la administración del arzobispado, con el albañil de Augusta que tenía contratado el mantenimiento del templo, con el perito del seguro, con el arquitecto de los servicios del arzobispado... Un albañil del pueblo, católico devoto y practicante, a quien el padre Juato había dado la catequesis de primera comunión muchos años atrás, se ofreció voluntariamente a colaborar con él en hacer una primera prospección de daños y en ir vigilando la fábrica del edificio por si, en los días sucesivos, presentase variaciones como consecuencia de la reacción de su fábrica a la brutal colisión. Esta persona hizo numerosas visitas a la iglesia, se recorrió una por una todas las bóvedas y cúpulas, revisó los muros desde todos los ángulos posibles, se jugó incluso el tipo porque se adentró en las bóvedas del altar mayor, que tienen decenas de metros de salto, pasando por encima de simples maderos a medio pudrir. Él fue un verdadero apoyo para el cura suplente, a quien iba informando de todo lo que iba viendo.

Durante los treinta y ocho días siguientes a la tormenta, hubo varias visitas del arquitecto del arzobispado a requerimiento del padre Juato. El propio albañil del que hablamos le guió por todos los espacios abovedados de las tres naves, revisando los muros, las cúpulas y los techos

del altar mayor, museo, órgano, etc. Cuando esas visitas se iban a producir, Juato convocaba a la sacristana, al albañil y al alcalde. Este último no solía acudir, sino que enviaba a la teniente de alcalde y a uno de los operarios de la brigada municipal. En la primera visita, el arquitecto pidió una grúa para poder acceder a la linterna de la cúpula desde el exterior. El padre Juato contactó con una empresa de Pamukalé que dispone de elevadores y grúas, pero no contaban con ninguna que pudiera dar la longitud requerida. Una segunda gestión dio el fruto deseado, pues otra empresa del pueblo contaba con una grúa capaz para la tarea que era necesaria. Juato coordinaba al de la grúa con el albañil y los tres hicieron varias visitas, de horas de duración, para ver cómo y dónde poner la grúa, hacer mediciones, etc. Puesto que las mediciones se hacían con un láser de color rojo, había que hacerlas sin la luz del día, que durante el mes de julio, debían ser en horarios posteriores a las diez de la noche. En todos los casos, se trataba de que los técnicos hicieran diagnósticos y establecieron procedimientos según eran requeridos por lo que ellos iban viendo en cada circunstancia. El sacerdote, pues, no tenía nada que decidir, sino solo coordinar las visitas y cumplir lo que en ellas se determinaba. Recordemos una vez más que en las visitas técnicas se reunían la representante de la alcaldía, el operario de la brigada municipal, el albañil, el de la grúa, la sacristana y el padre Juato, todos ellos de Pamukalé, más el arquitecto del arzobispado y, en algunas, el que corría con el mantenimiento anual de los tejados del templo.

Los daños en el templo se iban viendo mayores conforme pasaban los días. Al principio, la sacristana y el sacerdote decidieron acordonar toda la zona de la gran cúpula, pues se apreciaban yesos sueltos que podían precipitarse en cualquier momento. En su segunda visita, el arquitecto mandó cerrar más de la mitad de la iglesia y trasladar el culto a la zona de las tres capillas laterales más próximas a las puertas de entrada. Después de que el arquitecto, junto

con el albañil, ascendiera a los cuarenta metros en los que se eleva la linterna de la cúpula central en su exterior, la orden que el arquitecto dio fue la de cerrar el templo y desalojar. Quiso que no se transmitiera una sensación de emergencia y aconsejó que se hicieran las celebraciones de los próximos días pero que el cierre fuera efectivo en una semana. Se veían dañadas las estructuras de la cúpula y de la fábrica del templo y la medida más prudente era desalojar, pues parecía que la obra aún continuaba reaccionando desde la caída del rayo.

El último día que se celebraba la misa en una de las capillas laterales, cuando el padre Juato preparaba las cosas para la liturgia y tocaba las campanas, se produjo una visita no anunciada por parte de una diputada provincial, a quien acompañaba el arquitecto del arzobispado y el ecónomo de la diócesis. Juato no les acompañó en su recorrido por las bóvedas porque se encontraba ocupado con los preparativos de la celebración. Cuando él ya salía revestido hacia la capilla en la que se celebraba, la comisión coincidió con él en el pasillo de la sacristía cuando acababan de terminar su visita. Todos se detuvieron por unos momentos. La diputada le dijo al padre Juato que se daba por enterada de los daños causados por el siniestro y expresó la buena disposición de su institución para acometer las obras necesarias de reparación y consolidación, a lo que el sacerdote expresó su agradecimiento al tiempo que recordaba la necesidad de que así fuera para salvar el edificio y todo el arte que alberga. Tanto el arquitecto como el ecónomo diocesano pidieron al clérigo que no se desentienda del tema una vez llegase el párroco y asumiera las riendas en la coordinación de las operaciones. Ya antes el personal del arzobispado había felicitado al padre Juato por la celeridad, el acierto y el interés con el que estaba obrando desde el primer momento. El pamukaleño respondió diciendo que, naturalmente, una vez el párroco se haga cargo a su regreso, él desaparecería de la escena, pero que, puesto que se estaba confiando en él, él realizaría tareas de apoyo en coordinación

con el responsable de la parroquia.

Cuando ya era conocida la decisión del cierre del templo, hablaron el cura y el alcalde sobre el local alternativo al que deberían trasladarse las celebraciones de la parroquia. El responsable del ayuntamiento se inclinaba por emplear el cine. Sin entrar en la cuestión de que es un local particular por el que habría que pagar un alquiler, Juato le hizo ver la dificultad que presenta el local a la hora de entrar y salir con el féretro en las celebraciones de las exequias. El propio alcalde cayó en la cuenta de que se trataba de algo casi imposible de llevar a la práctica. Repasando, entonces, los locales del pueblo en que podrían tener lugar, los dos coincidieron en que el único local que reunía las condiciones necesarias era la sala multiusos de la sede comarcal. Las celebraciones de diario estaba claro que podían ser en la pequeña iglesia del Cristo de la Luz, de propiedad municipal. Para los días señalados, de mayor afluencia de fieles, y para las misas *corpore insepulto* de los entierros, el alcalde solicitaría al presidente de la comarca el uso de la sala multiusos. A ese presidente, que ya había manifestado antes que no es amigo de los acontecimientos religiosos ni del trato cercano con curas, no le hacía ninguna gracia ver cómo su sede comarcal se pudiera convertir en una iglesia *sine die*. No obstante, ante la insistencia del alcalde, acabó cediendo a que la parroquia de Pamukalé pudiera celebrar allí los actos más concurridos mientras el templo parroquial estuviera cerrado al culto. Máximo había advertido al padre Juato que la instalación del altar en la sede comarcal se hiciera bien, de una manera adecuada y no de cualquier forma para salir del paso. Entonces, el presbítero diseñó unos paneles que sirvieran de fondo, acabados en forma de arcos góticos. Uno más grande, en el centro, albergaría la imagen del Sagrado Corazón de Jesús sobre peana procesional. Los otros dos, de menor altura, a ambos lados, albergarían una imagen de la Virgen y un florero, respectivamente, ambos sobre pedestales. La disposición de la mesa de

altar, la sede y el ambón iban a constituir el resto de la decoración. Más tarde, cuando el párroco volvía a estar al frente de la parroquia, el presidente de la comarca corrigió al alcalde, pues le dijo que no quería que el local se fuese a parecer a una iglesia y determinó que, después de cada celebración, se retire y se recoja todo, asientos incluidos. Incluso se habían llevado unos pocos bancos y se acusó al párroco de abuso del local mientras se le ordenaba retirarlos. Servirían las sillas con las que cuenta el local.

Fue el día 26 de julio, festividad de San Joaquín y Santa Ana, el día que se celebró la última misa, en una de las capillas laterales de la iglesia parroquial. Puesto que, en las conversaciones anteriores mantenidas entre el sacerdote y el alcalde se preveía que sería necesario hacer un traslado de objetos a la sede de la comarca, se avisó de que los días 27 y 28 no había celebración de la eucaristía. Juato querría haber anunciado en esa última liturgia que el día 29 se celebraría en la iglesia del Cristo, pero no tenía aún la conformidad del alcalde y esa iglesia es de propiedad municipal. Si, ciertamente, se venía celebrando en ella con regularidad las tardes de los períodos de invierno, llegado el mes de mayo, estas se trasladaban ya a la capilla de la Inmaculada, adyacente a la iglesia parroquial y comunicadas, ambas, mediante una puerta de acceso junto a la sacristía. Sin embargo, en esta ocasión, no se trataba de celebrar una misa circunstancial, sino de anunciar que se trasladaba la sede parroquial. Es decir, que, el alcalde debía dar su conformidad a que la iglesia municipal del Cristo de la Luz fuera la sede provisional de la parroquia de Pamukalé. Juato y Regio se habían citado esa tarde antes de la misa para poder tomar el acuerdo y anunciarlo en la celebración de ese día. Sin embargo, antes de la hora convenida, Regio llamó a Juato para decirle que le habían surgido imprevistos y que no se podrían ver a esa hora. Le llegaban unas visitas y él mismo le llamaría para verse cuando se hubieran ido. Así, pues, Juato anunció al final de la

misa que los dos próximos días no había celebración y que se anunciaría por el sistema de megafonía del pueblo el lugar donde habría de celebrarse la misa del día 29. Algunas personas recriminaron al cura por no decir explícitamente que sería en la iglesia del Cristo donde tendrían lugar las misas a partir de entonces. Juato explicó que hacía falta la conformidad del alcalde y que no se habían podido reunir esa tarde porque a él le habían llegado unas visitas que debía atender. No obstante, esas personas no comprendieron en ese momento de que se trataba de un traslado provisional de la sede parroquial y llamaron por teléfono al alcalde preguntando qué permiso era aquel siendo que se celebraba la misa regularmente durante el invierno en la capilla del Cristo.

Finalmente, la reunión prevista para la tarde se celebró a las diez de la noche en un bar de la calle Mayor mientras tomaban un bocadillo a modo de cena. Fue idea de Juato cuando Regio le llamó diez minutos antes: “Te invito a un bocata y hablamos mientras cenamos” le había dicho el sacerdote al alcalde. Y él aceptó. En ese encuentro, se acordó que la sede parroquial provisional sería la iglesia del Cristo; que en ella se celebraría la misa de ordinario y que se usaría el local multiusos de la sede comarcal para los entierros y las fechas señaladas.

Fue un encuentro de trabajo pero también fue una tertulia distendida. El alcalde le comentó al padre Juato algunos aspectos de cómo iban a ser las Fiestas de ese año. Le informó de que iban a pintar el respaldo de la última fila de la plaza de toros y que lo iba a hacer con la bandera española. “Le he pedido opinión a Salvador Valiente; al principio se mostró algo evasivo, pero le insistí y me dijo que en muchas plazas de toros lo han hecho así; el anillo de la parte más alta quedará recorrido por la bandera de España; ya lo verás para las Fiestas. Por cierto, que ya

sabrás que a la plaza de toros le vamos a poner su nombre: Salvador Valiente”. Al sacerdote le pareció muy bien que llevase el nombre de un torero local, además de cierto prestigio como banderillero a nivel nacional. Pero se conversó de muchas cosas, y Máximo hizo una crítica a la gestión que Segarra estaba llevando con respecto al siniestro ocurrido en la iglesia: “Hay gente de la parroquia que se está sintiendo molesta porque dicen que haces las cosas tú solo, sin contar con nadie, y que te muestras muy autoritario”.

Si es que esta acusación no era la opinión del propio alcalde y se la dijeron otros, solamente pudieron ser personas que les hubiera gustado estar en el ajo y que se veían frustradas por no estar en la primera línea de fuego. El padre Juato no hizo nada por su cuenta. Desde el primer día, se dedicó a llamar a todos los que tenían algo que decir, a convocar a las partes que tenían que intervenir y a tratar de adelantar las prospecciones, el diagnóstico y el volumen de obra que había que acometer. En todo momento contó con el arzobispado y con la alcaldía. Se asesoró con el albañil que se mostró voluntario a colaborar y con la persona que iba a plantar la grúa para elevar a cuarenta metros desde el exterior al arquitecto del arzobispado. Se celebraron reuniones en las que, además de las personas e instituciones mencionadas, estaba la sacristana y el representante de la brigada municipal que el alcalde enviaba, junto a la segunda representante de la Corporación Municipal. Igual que el albañil se ofreció voluntario y fue bien recibido, lo hubiera sido cualquier otra persona que hubiera querido participar. Quien quiso interesarse por ver los destrozos, los vio; quienes se interesaron en saber, recibieron la información que pedían; quienes quisieron entrar en el templo, entraron. Además, el padre Juato informaba en público en las misas de todos los sábados y los domingos del total de las gestiones y reuniones que se habían hecho durante la semana y exponía la situación en cada momento. Quizás quienes se pudieron quejar al alcalde de autoritarismo por parte del

sacerdote, pensaron que este estaba tomando decisiones y decidía según su parecer sin contar con nadie. Pero eso no deja de ser una impresión personal no contrastada y que no se corresponde con la realidad. Esas reuniones fueron para establecer el diagnóstico de los daños y ver la forma en que se podía proceder según las circunstancias en cada momento. Dicho de otra manera, en esos encuentros, la parte activa eran los técnicos. Una vez hablaban ellos, se decidía cómo proseguir. La primera decisión que los técnicos tomaron fue la de mantener el cordón de seguridad alrededor de la cúpula central. Más tarde, cuando se comprobó que había daños estructurales en la cúpula central, los técnicos mandaron ampliar el cordón de seguridad hasta más allá de la mitad del edificio, llevando el culto a la zona de las primeras tres capillas laterales aunque ocupando todo el ancho de la iglesia. Lo único que decidió el cura suplente fue la nueva distribución de los bancos para dar cabida al mayor número posible de personas. En un tercer momento, los técnicos dieron la orden de desalojar y cerrar la iglesia, pues se habían visto cambios en los muros de la fábrica del edificio. En concreto, la cúpula había sufrido un desplazamiento al haber fallado su base, y ahora apoyaba sobre los muros laterales, uno de los cuales formaba parte de la antigua iglesia de San Martín, o de la Inmaculada, adosada al templo parroquial y en la que se venía celebrando, desde el mes de mayo, la misa de diario. Ninguna decisión tomó, pues, el padre Juato ni actuó en solitario en ningún momento. Por tanto, no había lugar a la crítica recibida en ese sentido. Por otra parte, si la frustración procedía de las filas del consejo parroquial, este solo puede ser convocado por el párroco, según estatutos, tal como lo establece el Código de Derecho Canónico. El párroco estaba ausente y el padre Juato no era el párroco; por lo tanto, no tenía capacidad legal para hacer esa convocatoria, que, por otra parte, nada tenía que estudiar ni decidir porque se estaba en fase de diagnóstico y este únicamente podía ser competencia del personal técnico en la materia. Además, el consejo parroquial se había enfrentado al párroco pocos meses antes y

crearon incidentes gravísimos contra su persona, por lo cual, en ausencia del párroco y puesto que a él no se le podía preguntar, se sobrentendía que dicho consejo podía estar cesado en esos momentos, pues es el párroco quien lo nombra para asesorarse en cuestiones importantes concernientes a la marcha de la parroquia y a la acción pastoral. Puesto que había sido desleal con el párroco y había provocado una crisis insostenible en la parroquia, se podía presuponer que habría sido cesado en su totalidad por el máximo responsable, que es quien lo nombra, quien lo convoca y quien lo puede disolver: el párroco.

Una opción que Juato Segarra hubiera tenido era la de dejar pasar el tiempo, quedarse de brazos cruzados y esperar a que el párroco, al regreso de su tierra sudamericana, empezara desde el principio. Así, él no tendría que haberse molestado aunque se corrieran riesgos innecesarios; pero habría estado, sin duda, mucho más descansado. Pero no; lo que hizo fue en orden a saber cuál era el alcance de los daños causados por los impactos del rayo sobre la cúpula y adelantar el trabajo de inspección de daños para que fuera el párroco quien siguiera gestionando todo a su regreso y quien pudiera, como establecen las leyes eclesiásticas, tomar las decisiones. Todavía hizo dos gestiones más para ganar tiempo. En primer lugar, mandó hacer un presupuesto para la instalación de un pararrayos que pudiera evitar otro incidente similar. En segundo lugar y, puesto que había que levantar buena parte de la tarima que recubre el suelo de la iglesia para hacer un estudio geológico en orden a montar los andamios necesarios que levantarán los cuarenta metros hasta el vértice de la media naranja, pidió un presupuesto a un carpintero del pueblo para poner un solado nuevo en todo el templo, pues el que había de tarima presentaba ya un estado bastante deteriorado, llevaba instalado más de cincuenta años sin otro mantenimiento que la limpieza y, además, estaba atacado por la carcoma en muchas zonas. Por otra parte, Juato Segarra actuó de un modo muy responsable

y, gracias a eso, se hubieran podido evitar desgracias personales. Una situación como esa para quien está realizando una suplencia no es, precisamente, un bocado apetecible. Las inspecciones de Fernando, el albañil que se recorría todas las bóvedas una y otra vez, los desperfectos que iban percibiéndose a simple vista y las conclusiones a que llegaban los técnicos, hacían pensar en un riesgo real de que cediera el muro de la capilla de la Inmaculada y cayera toda la cúpula sobre la plaza y la calle Obispo Manero. Independientemente de eso, la inspección visual por parte del arquitecto desde la celda de la grúa permitía ver agrietada toda la base de la linterna que remata la gran cúpula central, por lo que, si es que estaba suelta, un día de Cierzo o el vendaval de una tormenta la podían hacer caer en cualquier dirección. Estas palabras fueron dichas por el arquitecto cuando dio la orden de desalojar y trasladar el culto a otra parte. Si el padre Juato no hubiera hecho ninguna gestión, podía haber puesto en riesgo la seguridad de todas las personas que entraran en la iglesia o que, simplemente, pasaran por la calle en el momento de un posible derrumbamiento. Por cierto, que, al respecto, el arquitecto también dio la orden de cerrar hasta la mitad la Plaza de la iglesia y la calle del Obispo Manero. Después de unos días, viendo que no se cortaba el tránsito por la zona delimitada por el arquitecto, Juato puso un correo electrónico al alcalde preguntándole por qué no cortaba el tráfico “sabiendo la información que tenemos”. Nunca respondió a ese correo; más bien, muy irresponsablemente, programó en ese espacio cuatro almuerzos populares durante las Fiestas de septiembre. Dios quiso que no sucediera, pero Máximo, teniendo toda la información con que contaba, arriesgó la seguridad de la población mientras el padre Juato contenía la respiración y rezaba por que no hubiera alguna desgracia que pudieran lamentar.

El día 29 de julio, festividad de Santa Marta, a las 7 de la tarde, se formó una procesión a la puerta de la capilla de la Inmaculada en la que la pila bautismal (emblema de una parroquia,

pues solo está en las sedes parroquiales y de ella nacen los nuevos cristianos) y el Santísimo Sacramento, bajo palio, en manos del vicario episcopal de zona, abandonaban la iglesia parroquial y eran trasladados a la del Cristo de la Luz en la calle Mayor, acompañados por un pequeño grupo de fieles. La pila del bautismo era portada por un joven amigo de Segarra, tras la cruz procesional que abría el paso. Delante del palio, un acólito, revestido, agitaba el incensario humeante. Al otro lado, el sacerdote pamukaleño -emocionado- portaba el megáfono con música procesional, grabada en un disco compacto. A la llegada a la capilla, el vicario episcopal de zona presidió la eucaristía, concelebrada por el padre Juato. Con este acto se simbolizó el traslado provisional de la sede parroquial. El templo, sin pila bautismal y sin la reserva eucarística, quedaba oficialmente cerrado a los fieles.

## VII

El padre Gabriel había precedido en la parroquia al actual titular. Dando la vuelta al templo monumental de la parroquia, en la parte de atrás, a la altura del ábside, que alberga la sillería del coro, en su contorno exterior, se accede a la cripta de la iglesia. Es un lugar que nadie de los que están vivos lo ha visto cuidado y atendido. Desde más de cincuenta años atrás, se recogen en él los carros que sirven para portar los pasos de la Semana Santa; nueve en total. Al único que no se le quitan las imágenes, ahora se encierra en otro lugar, pues es propiedad del ayuntamiento, que dispone de sus propias naves, en las que se encuentra en depósito.

Como en los últimos años las distintas cofradías han hecho reforma de sus pasos, ahora más grandes, no caben todos en el reducido espacio de la cripta, por lo que algunos se encuentran en otros lugares. Sin embargo, la mayoría de ellos siguen estando en ese lugar y la cripta no tiene otro uso que el de ser el lugar donde se guardan las peanas de los pasos de la Semana Santa.

Los pasos se construyeron entre cincuenta y sesenta años atrás. Anteriormente se portaban a hombros las distintas escenas de la pasión. El Cristo de la cama, el de la Buena Muerte, el Nazareno y el del Calvario son imágenes completas que están al culto durante el año en la iglesia parroquial. Aunque su cuerpo es un armazón de madera para vestir, sin embargo, se restauraron la cara y las manos de la Virgen Dolorosa, en aquella época, y se diseñó un nuevo paso que resulta muy digno y bello. El resto de las escenas las hizo, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, un artista local. Unas pocas las hizo en madera y, aunque carecen de valor artístico alguno, pudieron ser restauradas e incorporadas a las escenas reformadas de la Semana Santa en aquellos años cincuenta. En concreto, son la escena de la Piedad, cuyo Cristo es talla de madera, los dos ladrones del Calvario y el caballo de la escena de la lanzada. Otras figuras de parecida factura duermen el sueño de los justos en una de las dependencias adyacentes a las escaleras que suben al órgano. El resto de las figuras que hizo este artista local para incorporar a las escenas de la pasión de Jesús para las procesiones en Pamukalé son simples bastidores de tablas cruzadas cubiertas con telas engomadas o escayoladas, de aspecto casi siempre grotesco. Tal es así, que a los soldados de la flagelación todo el pueblo los conocía como “los judíos cagones”, y no por un sentimiento antisemita, precisamente. En muchos de los casos, la cabeza y manos están hechas en cartón piedra. Podemos estar hablando de un volumen que supone entre diez y veinte unidades de esas figuras. Puesto que

nada valen, nadie les ha prestado atención y han pasado los últimos cincuenta años tiradas literalmente entre las bóvedas, en algunos casos, y en los rincones de la cripta en otros. Roídas por las ratas, corroídas por los excrementos de palomas, podridas por el polvo de medio siglo, no constituyen actualmente sino un foco de suciedad, de basura y un material del todo insalubre del que es necesario librarse o deshacerse. Ya un sacerdote que fue párroco años antes aprovechó una visita de los técnicos de la sección de patrimonio de la diócesis para consultar si merecía la pena conservarlas. La respuesta fue negativa. Y el desprecio por ellas llega hasta el punto de que ni siquiera aparecen en el inventario de la parroquia, elaborado por el arzobispado. El mismo artista había realizado en madera tallada el bellissimo dosel que se emplea en los traslados procesionales para la imagen del Cristo de la Luz. Asimismo, construyó en su casa un bonito retablo de yesos y estuco para enmarcar una talla de la Virgen de las Nieves. Sin embargo, no se pueden comparar con la desgraciada factura de las moñas que constituían las escenas de la pasión que desfilaron en las procesiones de la Semana Santa antes de que la reforma citada diera lugar a los pasos actuales.

El acceso a la cripta se hace a través de un pequeño espacio a cielo abierto, cerrado con tapias y mediante una puerta de doble hoja que se abre completamente para el paso de las peanas. Tras franquear esta puerta se encuentra una pequeña zona cubierta, aunque sin paredes, que sirve de garaje para el párroco y alberga también alguno de los pasos que no caben en la sala de la cripta. Junto a la puerta de acceso a ese recinto hay un taller de reparación de chapa de vehículos, negocio particular de un hombre del pueblo, que tiene también ahí su vivienda. No es que su taller sea demasiado pequeño, pero ya se sabe lo que pasa con las cuestiones de pintura; que se trabaja en un coche mientras se está secando otro; que hay que esperar a que seque una pieza para pintar otra. Durante los años en que el padre

Gabriel estuvo en la parroquia, le permitió al chapista dejar vehículos a secar en el espacio a cielo abierto, o sea, en lo que es el paso hacia el garaje del cura a la izquierda y el paso de las peanas de Semana Santa hacia la cripta por la derecha. Durante esos años, el permiso dado por don Gabriel al chapista no supuso ningún conflicto. Cuando llegó el nuevo párroco, continuó prestándole el espacio como hasta entonces. Pero ocurrió un par de veces que el sacerdote debía entrar o sacar su coche, el espacio se encontraba ocupado por los coches del taller que se dejaban a secar y el chapista no se encontraba en el taller para poder moverlos. Esto generó roces entre el operario y el sacerdote. La gota que colmó el vaso sucedió el día en que fueron a sacar los pasos de Semana Santa y, de nuevo, volvió a plantearse la misma situación, con el consabido cabreo y descontento de los cofrades que habían ido a trasladar las peanas al templo, por la proximidad de la Semana Santa, y tuvieron que posponer la puesta a punto de los pasos para otro momento.

Para el párroco llovía sobre mojado, lo que acabó malhumorándole y creando un enfrentamiento abierto con el chapista. Esto llevó a su fin la relación de entendimiento entre ambos y acabó con la retirada del permiso y de la llave para que el acceso a la cripta de la iglesia parroquial pudiera seguir siendo usado por el chapista como espacio para el secado de los vehículos en los que estaba trabajando. En las discusiones, el sacerdote se indignaba porque no veía en el otro el respeto que siempre es necesario entre las personas. Le llamaba poderosamente la atención que el párroco anterior no hubiera tenido conflictos con él y que ahora, sin embargo, sentía que no le dejaba llevar una vida en paz. Podía ser fruto de la casualidad que se hubieran dado esas situaciones, pero cuando el párroco hablaba con él, parecía que el chapista estuviera defendiendo unos derechos que, realmente, no poseía, pues se le prestaba el espacio a cambio de nada. Solo debía respetar que dejase libre el paso del

sacerdote hacia su garaje. Puede que acertara y puede que no, pero el párroco acabó sospechando que era su nacionalidad colombiana lo que llevaba al operario a no respetarle. El hecho es que estos acontecimientos hicieron ganarse al párroco nuevos enemigos y, como ha quedado claro, no eran los únicos. Todos ellos andaban buscando cualquier pretexto para conseguir que lo trasladasen y llevasen a un sacerdote nacional.

La ocasión vino propicia una tarde en que el cura se puso a hacer limpieza en la cripta. Habiendo dejado las puertas del espacio exterior abierto, se podía ver desde su quicio la entrada a la cripta, lo que delataba que había alguien dentro de ella. El titular de la parroquia movió algunas de esas moñas arrinconadas y arruinadas cuando unos gitanos se adentraron en el recinto y las vieron. Entablaron un diálogo con el sacerdote y parece que se interesaban por ellas. No se sabe muy bien para qué querían semejante material de desecho, pero el asunto es que pujaron por ellas. El clérigo vio una ocasión apropiada para obtener algunos ingresos extra para la parroquia, pues -recordamos- la recaudación de colectas y donativos daba escasamente para pagar las cuotas del préstamo de ciento cuarenta y ocho mil euros que, estando el padre Gabriel, se sacó para afrontar la parte que le correspondía en la obra de los tejados de la iglesia parroquial y él veía necesarios otros gastos para los que no había liquidez presupuestaria, entre ellos la compra de un equipo de megafonía portátil de calidad para las procesiones, algunos actos al aire libre con los niños de la catequesis o cuando la iglesia se quedaba sin corriente eléctrica durante una celebración litúrgica. Los calés se interesaron en particular por dos de las figuras y comenzó un diálogo de puja y regateo. Finalmente, convinieron en que se les vendían las dos moñas al precio de mil euros cada una. Ellos le pagaron al cura en efectivo, cargaron la compra en su furgoneta y se marcharon.

Minutos después, volvieron a acudir para deshacer la venta pero el párroco estuvo astuto y les dijo que un trato cerrado es un trato cerrado; retuvo los dos mil euros y ellos acabaron yéndose con su compra.

Al parecer, la mujer del chapista vio algún momento de la operación desde su vivienda y, directamente, llamó por teléfono al alcalde con este mensaje: “El párroco está vendiendo imágenes y obras de arte de la parroquia a unos gitanos, que se las han llevado en una furgoneta”. El alcalde ya estaba recibiendo presiones para que hiciera algo por cambiar al párroco por su nacionalidad sudamericana. El propio alcalde le había dicho ya antes al padre Juato que “tienes razón; no le perdonan que sea colombiano”. Es evidente que el edil vio que podía sacar algún rédito político a su favor en la operación que iba a comenzar, pues no hubiera pasado nada si se acerca a ver al presbítero o le llama por teléfono y se hubiera aclarado todo en el mismo momento. Sin embargo, en lugar de hacer eso, lo que el alcalde hace es llamar a Inocencio, una persona que trabaja en la brigada del Ayuntamiento y que pertenece al consejo de la parroquia. También este, en lugar de dirigirse directamente al párroco para saber su versión de los hechos, lo que hace es llamar al contable de la parroquia y contar que el clérigo estaba expoliando a la parroquia de imágenes y obras de arte que les han visto cargar en la furgoneta de unos gitanos. Entonces deciden convocar a todos los miembros del consejo parroquial para una reunión que celebrarían después de la misa de esa misma tarde. Todo esto lo hacen a espaldas del párroco. Acabada la misa, se presentan en la iglesia del Cristo Inocencio, Mateo y otra persona más del consejo que antes había sido alcalde. Le habló el contable en tono muy serio e imperativo.

—Que venimos a buscarte para que vengas con nosotros al centro parroquial, que vamos a tener una reunión del consejo de la parroquia.

—No; no hay hoy reunión del consejo parroquial.

—Sí que la hay; tienes que venir con nosotros.

—Yo no he convocado para hoy ninguna reunión del consejo parroquial.

—Tú no, pero la hemos convocado nosotros. Tienes que acompañarnos.

El sacerdote ya se vio forzado e intimidado. Legalmente, él es el único que, según la normativa del Código de Derecho Canónico, puede convocar al consejo parroquial. Si le llevan a una reunión que él no ha convocado, algo se estaba tramando contra él, imaginó, pues le estaban arrebatando su autoridad. Y no se equivocaba.

—Mira, ahora no puedo ir a ninguna reunión, yo tengo ahora programadas otras actividades con otros grupos de personas. No tengo la agenda libre.

—No lo entiendes. No te estamos preguntando si puedes o no puedes. Te estamos diciendo que tienes que venir; no tienes elección. Si para eso tienes que dejar otras cosas, las dejas, pero tú te vienes con nosotros a la reunión.

Darían la impresión de que hubiera sido detenido, pues ellos daban a entender que tenían una autoridad mayor que la suya y le estaban forzando a acompañarles a una reunión convocada por ellos, una reunión que era ilícita, renunciando a las otras obligaciones que en ese momento debía atender y dejando plantadas a otras personas que debían reunirse con él en esos momentos. Flanqueado por ellos tres, lo llevaron hasta el centro parroquial.

La reunión más pareció un juicio abierto que cualquier otra cosa. Le acusaron directamente de la versión que había dado la mujer del chapista, que después había dado el alcalde, que más tarde había dado Inocencio y que después había dado el contable. Ahí estaban las propias personas que querían echar del pueblo al párroco colombiano. De la intimidación, se pasó directamente a las acusaciones. Encendidamente, le decían que para cualquier decisión debía

contar con la autorización del consejo, que se votan las propuestas y se ganan por mayoría; que había actuado sin su consentimiento; que no puede enajenar obras de arte sin consultar con nadie y que debía contactar con los que las compraron para que fueran devueltas a la cripta. El sacerdote explicó una y otra vez que no eran obras de arte, que eran un foco de suciedad, que no tenían valor material alguno y que su destino era ser quemadas en una hoguera, pues ya, anteriormente, los servicios de patrimonio del arzobispado lo habían declarado así. Pero los miembros del consejo parroquial no atendían a sus razones. Si habían pagado dos mil euros por ellos, sería porque valen más; porque tienen valor. No se pagan dos mil euros por algo que no vale nada. Por tanto, las moñas valen dinero y deben volver a la iglesia porque el consejo no había dado el consentimiento. Para ellos, el párroco había hecho abuso de su autoridad, había obrado ilícita y clandestinamente y adivinaban que quería quedarse con el importe de la venta. Conclusión: Es un ladrón y le está robando a la parroquia. El pretexto para hacerle salir de la parroquia estaba servido.

No hace falta ser un adivino para pensar en cómo se divulgó esta idea por todo el pueblo en las horas siguientes; se corrió como la pólvora que el sacerdote robaba vendiendo imágenes y quedándose con el dinero. De nada sirvió que ingresara los dos mil euros en las cuentas parroquiales. La explicación que daban es que los había ingresado porque se había visto descubierto y delatado, pero a sabiendas de que su primera intención no había sido esa.

La noche de la reunión el párroco se puso en contacto telefónico con el padre Juato en cuanto aquella hubo terminado. Llorando, y muy nervioso, le contó cuanto había sucedido. El hombre se sentía humillado por su gente de confianza, por sus más directos colaboradores y había soportado que le tacharan de ladrón en su propia cara. Su condición de pastor como sacerdote

se veía cuestionada, y su honestidad e integridad, no solo puestas en tela de juicio, sino que se veían echadas por tierra. El párroco contó a su compañero que en ningún momento había dudado de que ese dinero fuera dedicado a los gastos de la parroquia, que no tuvo intención alguna de quedárselo ni de desviarlo a otros fines. Algunas de las personas del consejo creyeron que, puesto que el párroco había estado anteriormente trabajando en misiones en Perú y Bolivia y, puesto que sabían que continuaba colaborando en sus necesidades, quizá su intención fuera socorrerles con el dinero que había obtenido de la venta de esas moñas. Pero no, todo eso fueron inventos y sospechas infundadas; además, el mensaje que se hizo correr entre la población -"el párroco es un ladrón porque está vendiendo obras de arte y se está quedando con el dinero"- era un mensaje interesado, pretexto perfecto para tener de qué acusarle y poder pedir con algún fundamento el cambio de párroco en Pamukalé.

Al ver todo esto, el padre Juato fue a ver al arzobispo para contarle lo que estaba ocurriendo. Le informó de que todo era un complot para echarlo del pueblo, de que las figuras que se habían vendido no tenían valor alguno y que estaban descatalogadas. Le habló de la recta conducta del párroco, de su honestidad y de sus buenas intenciones. Le puso en antecedentes de lo que ocurría con el chapista y le explicó y argumentó que, además de los intereses del operario, esta operación estaba orquestada por la propia gente de la parroquia y por el propio alcalde por motivos exclusivamente racistas. ¡Qué vergüenza, rechazar al párroco por su nacionalidad o por su raza; y aun se dicen religiosos y pasan a comulgar!, le dijo Juato al obispo.

—No sé si se le estará pasando por la cabeza llevarse al párroco de Pamukalé...

—No; no pienso trasladarlo.

—Bien, pero, si es que en algún momento cambiara de opinión, deje a Pamukalé sin cura

durante un par de años. Que vayan distintos sacerdotes desde Augusta para celebrar los domingos, y que no haya misa el resto de los días. A ver si, de esta manera, valoran más la figura del sacerdote y entienden que no pueden elegir, que todos somos igualmente dignos.

—No, no; yo no puedo hacer eso; no puedo dejar ese pueblo sin cura.

—Pues claro que puede; es más, usted es el único que puede hacerlo. Y después de esos dos años, envíe a un cura negro; cuanto más negro sea, mejor. Que comprendan que ser cristiano y racista son dos cosas incompatibles.

Ocurrió que unos días más tarde y con mayor serenidad, el párroco había vuelto a convocar a una nueva reunión al consejo parroquial con la intención de aclarar las cosas, de dar la explicaciones pertinentes y de tranquilizar los ánimos. El padre Juato había acudido ese día a concelebrar la misa con el párroco. Antes de la celebración, en la sacristía, este le informó de la reunión que iban a tener a continuación. El padre Juato se ofreció para participar en ella y aportar el testimonio de la conversación telefónica que mantuvieron los dos sacerdotes tras la primera reunión, convocada por el contable de manera ilícita. El párroco se lo pensó dos veces pero, terminada la misa, se manifestó favorable a que el padre Juato pudiera asistir a esa reunión. Juato no había asistido nunca a una reunión del consejo parroquial, pues no tenía responsabilidad alguna ni cargo pastoral en Pamukalé; todo lo que había hecho siempre fue de manera voluntaria, altruista y con el ánimo de servir y ayudar. Nunca había participado, durante sus veinticinco años de sacerdocio, en tareas de decisión ni en reuniones de obras ni en ningún otro órgano de índole pastoral dentro de la parroquia. Sus colaboraciones eran a título personal y siempre en el campo de la actuación y del trabajo, no en los organismos que coordinan o deciden la acción pastoral parroquial. En este caso y, puesto que no podía ser miembro del consejo parroquial, podría participar teniendo voz pero no voto.

En aquella reunión comenzaron haciendo uso de la palabra Inocencio y el antiguo alcalde. Antes de que el párroco pudiera dar cualquier explicación, querían dejar muy claro que, previamente a cualquier intervención, “exigimos que las dos piezas que han sido vendidas sin nuestro consentimiento regresen a la parroquia y se deshaga la operación de venta”. Inocencio habló de forma muy encendida y hubo sus réplicas y contrarréplicas. El párroco se explicó, pero lo hizo de forma muy azarada y nervioso. Nada de lo que decía complacía al auditorio. El padre Juato escuchaba y observaba en silencio hasta que le pareció oportuno pedir la palabra. Con voz muy quieta y serena, y haciendo uso de los silencios, dijo: “El lenguaje que estáis usando es propio del ayuntamiento, pero no de un consejo parroquial. El consejo no puede decir que “exige” nada porque es un órgano consultivo del párroco. Se rige por las normas propias del Derecho Canónico y estas establecen que los consejos pastorales, las juntas de economía, etc. están para asesorar al párroco. Por eso no pueden exigir, sino aconsejar, proponer. Para bien y para mal, la Iglesia no funciona como una democracia; no la gobierna el pueblo, sino que la gobierna Dios. Y lo hace a través de sus pastores, los sacerdotes, los obispos y el Papa. A ellos los ha puesto Dios para conducir a su pueblo y ellos actúan en nombre de Dios. El consejo parroquial, según la normativa de la Iglesia, tiene, pues, carácter consultivo, pero nunca deliberativo. Quien decide es el párroco, no el consejo. Ocurre lo mismo con el obispo y el consejo del presbiterio, con el Papa y el colegio cardenalicio. Ellos consultan, pero esos órganos asesoran, no deliberan. Con respecto a la venta de las dos moñas, son piezas que no tienen interés artístico alguno. Hay muchas más y ojalá se pudieran seguir vendiendo a mil euros cada una, pues no vendrían nada mal a la economía parroquial. Seguramente no volverá a haber ocasión, y, si no la hay, el destino de esas piezas es ser

consumidas por el fuego de una hoguera. Son inservibles y solo suponen un nido de suciedad y de basura. ¿Por qué hasta ahora han estado tiradas y nadie les ha prestado atención en cincuenta años? Porque no valen nada, por eso. En cuanto a la persona que informó contra el párroco, debéis daros cuenta de que es una persona interesada en hacer daño y que la información que dio pretende lo mismo. Nadie le preguntó directamente al párroco ni fue nadie a verlo a la cripta; se corrió la voz que interesaba a alguien que corriera, pero no se buscó saber la verdad del tema. En cuanto a la honestidad de vuestro párroco, lo conozco y no me cabe duda alguna acerca de ella. Creo que llevamos años en los que hemos tenido a los mejores sacerdotes de la diócesis y con el párroco actual seguimos en la misma racha. La noche en que os reunisteis con él, me llamó a continuación de la reunión, llorando, y me contó sus rectas intenciones. Quizás no os lo dijo todo en ese momento o no supo aclararlo, pero se sentía intimidado y lo habíais condenado previamente. Lo mejor que podéis hacer es confiar en él y pasar página de todo esto, pues, si continuáis con ello, estáis sirviendo a intereses oscuros y ajenos a la parroquia”. Hubo un rato de silencio y una persona replicó: “Pues es que se dicen muchas cosas; se dice, incluso, que le ven entrar y salir de la iglesia por las noches, en las horas de la madrugada; a través de los cristales, se ven las luces encendidas; ¿qué dices a eso?”. Y Juato añadió: “Pues digo la verdad; que el párroco es un hombre bueno, un hombre de Dios y un hombre de oración. Si le ven entrar o salir durante las madrugadas o si se ven las luces de la iglesia es porque este hombre se pasa noches enteras de vigilia, en oración, delante del Santísimo Sacramento. A veces, lo hace envuelto en mantas para soportar el frío de nuestra iglesia. Pero no hace nada malo, sino que reza por todos nosotros en soledad, ante el Señor; mirad qué distintas son las cosas, la diferencia entre lo que se piensa o se dice y lo que es en realidad”. Juato conocía esto porque hablaban a menudo entre ellos. Casi todas las semanas, cuando iba a Pamukalé, concelebraban la misa y, una vez por semana, solían salir a

tomar juntos un bocadillo a la hora de la cena. El párroco, con cara de enojo, le reprochó que desvelara ese dato. Pero Juato volvió a declarar ante todos que “lo digo porque es la verdad; y la verdad tiene que saberse y no deberíais dudar de vuestro sacerdote, pues es un hombre de Dios”. Luego prosiguió: “Si es que tenéis interés en recuperar cosas que se han llevado de nuestra parroquia, id a hablar con el cura que se llevó todo un despacho tallado en madera de nogal, que doña Dolores Ribo Izquierdo había donado a la parroquia. Él me comentó en su día que no sabía si llevarse esos muebles o no; yo le contesté que la cuestión era fácil de resolver; que si eran suyos se los podía llevar pero que si no lo eran, no le era lícito llevarlos. Haced que vuelvan esos muebles porque esos sí que tienen valor”. Este dato era conocido por muchos de los asistentes, pues algunos de ellos eran colaboradores directos de ese sacerdote y, en algún caso, hasta le habían llamado para celebrar la boda de sus hijos. Solo que lo habían callado y, por tanto, encubierto, durante casi tres décadas. Después de esto, no hubo más réplicas; el ánimo se había serenado y la reunión acabó. Esa calma duraría en el pueblo algunas semanas, pero, tras esa tregua, hubo quien volvió al ataque y consiguió alborotar el gallinero.

## VIII

En esa reunión del consejo parroquial estuvo presente Demon, que, durante todo el tiempo, no abrió la boca. Había pasado una mala temporada, pues contrajo una infección que le tuvo tiempo hospitalizado. No hacía mucho que había regresado a su domicilio, pero lo cierto es que se pasaría aún una buena temporada de baja laboral. Según pudo saber el padre Juato, la causa pudo ser una mordedura de murciélago en el glúteo que recibió estando en su cama. Ambos coincidieron en la entrada al centro parroquial. Juato le preguntó por su estado de salud y él respondió muy alterado y mostrando un gesto de indignación y de reproche que había estado “muy malo, pero muy malo; como para morirme, así que mira tú...” El sacerdote le respondió que finalmente “lo has superado, gracias a Dios. Pero si hubieras muerto, habría sido la voluntad de Dios. Ya sabes que otros se han ido antes. ¿No estamos acaso los cristianos para saber aceptar en todo la voluntad de Dios?” A estas palabras Demon ya no respondió. Juato le habló así porque sabía que esta crisis le había trastornado bastante, hasta el punto de que estaba cuestionando en público la existencia de Dios. Eso él, que se pasaba el tiempo

arreglando imágenes y altares. Lo más normal en un verdadero cristiano, en esa situación, hubiera sido mostrarse agradecido por la prórroga que Dios le estaba dando y también por la experiencia de crecimiento personal que puede suponer una vivencia así. Aún hoy cabría preguntarse si aquella mordedura quedó en eso o si pudo ocurrir en ella algo más, de carácter espiritual o sobrenatural.

Demon trabaja por las mañanas en la sede del consejo agropecuario y por las tardes, en una tienda de muebles de unos familiares del padre Juato. Demon tiene unos pocos años más que él. Antes no se significaba mucho. Iba a su rollo y poco más. Cuando Juato recibió en Pamukalé la ordenación sacerdotal, él estaba completamente ausente de la vida de la parroquia, como lo había estado siempre. Fue después de que el padre Juato estuviera ordenado, cuando Demon le dijo que le gustaría hacer trabajos de decoración en la iglesia, tales como el arreglo del monumento, la colocación del belén, el armado de los jarrones de flores y ese tipo de cosas. Demon había entablado amistad con un chico de Sevilla que se ocupaba de la ornamentación de la iglesia de su cofradía de Semana Santa, vestía las imágenes y se cuidaba de tener en orden las ropas y ornamentos. En sus viajes a Sevilla despertó en él el gusto por ese tipo de actividades. Cuando le habló al padre Juato de esto, él sabía que los dos sacerdotes que estaban en la parroquia no eran muy hábiles en esos menesteres, por lo que enseguida le dijo: “Ah, pues los curas estarían encantados; habla con ellos, pues seguro que les va a parecer bien. Si quieres yo les digo algo antes y así te preparo el terreno, pero díselo tú a ellos, pues les vendrás estupendamente”. Y así fue. Por aquel entonces, todavía servía en la iglesia Santiago, el último sacristán que hubo con sueldo en Pamukalé. Llevaba el hombre más de veinticinco años en la iglesia y había cosas que las había realizado desde siempre. Sin embargo, Demon comenzó a invadir sus competencias. Lo más

lógico hubiera sido que, en todo lo que se refería al trabajo de Santiago, él se hubiera situado como su colaborador; sin embargo, pronto comenzó a invadir sus competencias y a suplantarle en trabajos que, hasta entonces, habían sido competencia del sacristán. Santiago, que era amigo de Juato, hablaba con él y le contaba como, cada vez más, se sentía orillado y ninguneado en la iglesia. Cada vez más triste, entró en depresión y acabó muriendo de un cáncer, que se lo llevó en cuatro días. Y se murió desilusionado, con la pena de que tantos años de servicio en la iglesia de Pamukalé terminaban habiéndole desplazado, arrinconado como a un cacharro viejo e inútil, silenciosamente, cuando contaba poco más de cincuenta años. Así, Demon fue asumiendo cada vez más tareas en todo el tema logístico de la iglesia parroquial. Pronto se haría cargo también de la decoración de la iglesia del Cristo de la Luz. Luego le llamaban para decorar el altar en las bodas y comuniones. Los actos públicos del consejo agropecuario eran ocasiones propicias para que él desarrollara su imaginación creativa. El buen gusto por la estética hacía que se le fuera valorando y requiriendo cada vez en más acontecimientos del pueblo. Hasta el ayuntamiento contaba con él en actos como la presentación de las reinas de las Fiestas y otros similares. Se volcó con el paso de la Virgen Dolorosa de la Semana Santa. Promovió la fabricación de una corona para la imagen al modo que la llevan las Vírgenes sevillanas, cambió el chasis de la carroza -que hasta entonces era de una calesa con ruedas de madera- por uno de estructura metálica y ruedas de goma, renovó todos los candelabros y luces esquineras junto con toda la iluminación, restauró las maderas sobredoradas de los cuatro laterales del trono... En fin, un dineral para renovar un paso que, si era de los mejores, se veía bastante deteriorado. Consiguió subvenciones de entidades bancarias y ponía un cepillo cuando el paso estaba vestido en la iglesia. Pero fueron las cuotas y derramas de las mujeres de la cofradía y de él mismo las que lograron financiar el gran dispendio de la nueva cara del paso de la Dolorosa. Le aplicó toda la estética de las Dolorosas

sevillanas y, más en concreto, de la Macarena. También la viste como ella. Incluso ha habido años que le ha cambiado el traje negro por otro blanco cuando ha llegado la Pascua de Resurrección. La Virgen Macarena es la única en Andalucía que porta en su pechera seis estrellas de esmeraldas que fueron regaladas por un militar como ofrenda porque sus hijos volvieran salvos de la guerra. Pues hasta una réplica de esas mariquillas (así se llaman) lucen en el pectoral de la Dolorosa de Pamukalé.

Pablo de Tarso, cuando escribe a los Corintios, dice: *Ya podría yo hablar todas las lenguas, conocer todo el saber, aun dejarme quemar vivo... si no tengo amor, de nada me sirve.* No podríamos decir que hay ausencia de amor en todo lo que hace, pero su forma de actuar se aleja mucho del mérito de las buenas obras, se aleja mucho de ser aquello en lo que Dios se complace. Lo que debería ser un servicio desinteresado y una colaboración altruista, se convierte para él en una fuente de ejercicio de fuerza y de poder. Acaba creyéndose el amo, el dueño y señor de todo con capacidad para decidir por sí mismo y sin consultar con nadie. Se ha tomado licencias como extraer del museo, sin consultar con nadie, la reliquia del *Lignum Crucis* para clavarla en el paso de la Dolorosa. Ha hecho por su cuenta unos boquetes tremendos en los muros del altar mayor para colocar una cortina. Se ha permitido dejar encerrada a placer a una persona que, con permiso del párroco y del arzobispado, investigaba documentos en el archivo capitular de la iglesia. Ha exhibido carteles junto a la Dolorosa con regañinas subidas de tono hacia las personas que no estaban de acuerdo con él... En fin, que con el paso de los años, se ha ido creyendo quien no es y se ha tomado atribuciones que nadie le ha dado. Su trabajo en la parroquia dejó hace mucho tiempo de ser un servicio humilde de alguien que quiere agradar a Dios para pasar a ser un ejercicio de autopromoción, de autocomplacencia y de dominio sobre los demás. Después de que los dos sacerdotes

aceptaran su colaboración al final de los años ochenta, se ha enfrentado con todos los párrocos que han pasado por la parroquia; con todos, uno a uno, sin excepción ninguna. Cuando Regio accedió a la alcaldía contaba solo veintitrés años y Demon le despreció poniéndole todo tipo de dificultades para organizar la fiesta de la cosecha; eso hizo que también con el alcalde mantuviera un enfrentamiento y se abriera entre ellos una brecha que impedía la colaboración entre ambos. Pero la forma de proceder de Demon no queda en esa perversión, no. Es una persona que le gusta crear enfrentamientos entre los demás. Lo hace por debajo, a escondidas, con tretas y estrategias para no dar la cara, socavando como un topo. Genera desconfianzas y malos entendidos haciendo uso del rumor, del falso testimonio, de la difamación, de la calumnia, de la crítica despiadada. Así es Demon. El malestar, los disgustos, los choques entre personas y grupos en Pamukalé, a menudo, le deben mucho a esta persona. Por una parte, complace con el buen resultado de las decoraciones que le encargan, pero, por otra, va destruyendo la feliz convivencia y las buenas relaciones entre los vecinos. Conociéndolo un poco, salta a la vista que no es una persona que viva mínimamente los valores evangélicos y que su conducta, públicamente conocida, no es la propia de un buen cristiano. Él recibió con desprecio al párroco sudamericano el primer día que llegó a la parroquia; él ha ido soliviantando a los fieles para que lo trasladen por el hecho de ser colombiano. Se da la circunstancia de que, en algún momento, alguno de los sacerdotes le tramitó el permiso del arzobispado para ejercer como ministro extraordinario de la comunión y ha ayudado a distribuirla en momentos de asambleas numerosas como son, sobre todo, las que se dan en las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa. Así, cuando en dos o tres ocasiones el padre Juato ha dirigido esas celebraciones, él ha dado la comunión a su lado. Claro que también en la última cena hubo quien comulgó para después traicionar y entregar a Jesús. Siempre es un gran disgusto ver que personas que aparentan amar a Cristo participan

de su banquete de comunión para después entregarlo. Pero, por desgracia, ocurre con frecuencia, pues al primero que le ocurrió fue al propio Señor: *Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: —Lo que tienes que hacer, hazlo pronto* (Juan 13, 27). Es la consecuencia de que Jesús nos dejara algo tan sagrado como su cuerpo y su sangre en unas manos tan pecadoras como las nuestras. Pero, a veces, los sacerdotes no siempre eligen a las personas adecuadas para los servicios adecuados. Conforme ha ido transcurriendo el tiempo, Demon ha ido degenerando más y más y en estos momentos es un verdadero antitestimonio para la conducta de un cristiano dentro de la acción pastoral de la Iglesia.

Demon y el padre Juato no habían tenido enfrentamientos abiertos ni episodios de grandes discusiones. Sin embargo, se la tenía jurada. El consejo agropecuario dejaba en sus manos el contacto con la parroquia en la organización del aspecto religioso de la fiesta de la cosecha. Decir que era Demon quien daba las cosas hechas y decididas al párroco; no había diálogo ni sugerencias ni reuniones; había órdenes que Demon presentaba y había que cumplir. Este mal hacer por parte de Demon creó con los años no poco malestar en las relaciones ente el consejo y la parroquia. El acto religioso consistía en que las autoridades y reinas de las Fiestas, junto con todas las personalidades invitadas, acudían a una misa de acción de gracias por la cosecha. A continuación, el Cristo de la Luz se trasladaba a la Plaza Mayor, donde se le ofrecía el primer fruto de la nueva campaña de recogida de uva. Por su coincidencia en domingo, solían estar únicamente el párroco y el padre Juato. Con frecuencia, este recibía el encargo del párroco de pronunciar la homilía. Después del recorrido por las carpas de las distintas bodegas y empresas, el consejo agropecuario ofrecía un almuerzo a los invitados, entre los que solía acudir el párroco del pueblo. Nunca Juato asistió a una sola de esas comidas. En el transcurso del banquete, era ya una constante que algunos miembros del consejo y algunos invitados

solían meterse con el sacerdote: Que si eso no tiene nada que ver con la religión, que si él no debería acudir a la comida, que no hay ninguna necesidad de hacer la ofrenda del fruto al Cristo, que por qué han de ir a misa, que la procesión estorba en el programa porque le da el protagonismo al Cristo y se lo quita al vino... En la edición del año anterior, los comensales que compartían mesa con el párroco llegaron a caer en el desprecio más absoluto y la falta de respeto más intolerable hacia el sacerdote, que salió humillado y muy disgustado del evento antes de la conclusión del mismo. Cuando el año siguiente el padre Gabriel encargó al padre Juato la homilía de la fiesta de la cosecha, este reflexionó sobre los hechos y, previa consulta con don Gabriel, decidió denunciar públicamente esta situación en el transcurso de la predicación. "Hace cuarenta años -dijo-, cuando se celebró la primera fiesta de la cosecha, alguien pensó que era buena idea celebrar una misa de acción de gracias a Dios por la nueva campaña agrícola; y pensó también que era conveniente obtener simbólicamente el primer mosto de la nueva añada y ofrecerlo como primicia a Dios, en un acto de gratitud hacia su providencia, a través de la imagen del Cristo de la Luz. Los sacerdotes, al pronunciar la homilía de cada una de las ediciones de esta fiesta, hacemos público reconocimiento del trabajo de todos los viticultores y vinicultores de la Denominación de Origen de Pamukalé. Con alegría, con ilusión y también con trabajo y dedicación la preparamos intentando unir el trabajo humano con la providencia divina en la obtención del fruto del sudor de nuestras gentes, de nuestros profesionales del sector. Intentamos profundizar en el significado del proceso que va desde el cultivo de la vid, pasando por la transformación del fruto, hasta la comercialización del producto obtenido. Y lo hacemos desde el reconocimiento de la dignidad del trabajo humano, pero, sobre todo, desde el reconocimiento a la dignidad de cada ser humano que interviene en cada fase de la obtención del producto final y de su venta. La ofrenda del primer fruto al Señor nos hace ser reconocidos y agradecidos con él. La fiesta de la cosecha toca muchos palos y la

conforman muchos aspectos. En ella intervienen, de las formas más diversas, muchas personas y cada una realiza su función. El aspecto religioso es uno más que la constituye y los sacerdotes, unos trabajadores más que ponen lo mejor de sí mismos al servicio de la fiesta. Nosotros respetamos a todos los demás, pero no todos nos respetan a nosotros. En los últimos años, personas de la organización o invitados a la fiesta vienen increpándonos de forma continuada y reiterada hasta haber llegado el año pasado al desprecio y a la más absoluta falta de respeto hacia nuestro párroco. En este sentido, pedimos desde aquí el respeto que merecemos todas las personas y todos cuantos participamos en la fiesta de la cosecha de una u otra manera. Pedimos el mismo respeto que nosotros brindamos a los demás. Ningún privilegio, por tanto, sino solo lo mismo que nosotros hacemos con los demás. Si celebramos esta misa no es por empeño nuestro, sino porque la organización la programa. Si hacemos la ofrenda al Cristo no es por empeño nuestro, sino porque la organización así la programa. Lo que no se puede permitir es que, después de programar estos actos, se moleste de forma permanente a quienes, con toda su buena voluntad, se ponen al servicio de la fiesta de la mejor manera que saben hacerlo. Es cierto que, después de cuarenta años, la sociedad ha cambiado, se ha hecho más laica, y que el planteamiento de la fiesta también ha variado. Si se quieren mantener los actos religiosos, nosotros los celebraremos encantados. Si no se quieren mantener, que dejen de programarlos, pero, en cualquier caso, los sacerdotes merecemos el mismo respeto que todos los demás, el mismo que nosotros mostramos por todos”.

Este fragmento de aquella homilía se acogió con división de opiniones entre la gente que la escuchó, pero parte de ella respondió en el templo con un aplauso. El hecho es que le sentó como una patada en la tripa a Demon. Juato se había atrevido a tocar su pequeña parcela de poder. Los responsables del consejo agropecuario no se relacionaban con la parroquia para la organización de la fiesta, sino que todo ese aspecto lo encargaban directamente a Demon.

Pero Demon tampoco hablaba ni se reunía con el sacerdote ni organizaban juntos los actos, sino que, cada año, daba las cosas hechas, incluso los horarios ya puestos, haciendo gala de que él es quien organiza y decide mientras que al párroco solo le cabe acatar y obedecer, independientemente de que ese día deba compaginar, por ejemplo, la fiesta en Pamukalé con el servicio religioso del domingo en otros pueblos que también están a su cargo. Desde la parroquia se había hecho llegar este malestar reiteradamente al consejo agropecuario, pero nada había cambiado. La indignación del mal trato recibido el año anterior por el párroco en la comida oficial acabó por colmar el vaso. Y Demon no se quejó del asunto directamente con los sacerdotes, pero lo hizo a sus espaldas y juró que Juato, que es quien pronunció esa homilía, pagaría por ella.

Dos años más tarde se celebraba el setenta y cinco aniversario de la creación de la Denominación de Origen y el consejo agropecuario decidió invitar a la fiesta a los Reyes de España. La agenda de la Casa del Rey determinó que, en esa ocasión, la jornada festiva se desarrollara entre semana. La participación del padre Juato en los actos religiosos de la fiesta era habitual y casi ininterrumpida cada año. Tiene fotografías, incluso, vestido de monaguillo en la fiesta, desde la edad de seis años. Pues bien, cuando ya se echaba encima el día de la visita real a Pamukalé, el párroco recibe orden desde la oficina del consejo agropecuario de que “por orden expresa de la Casa del Rey, no se admitirá la participación de ningún otro sacerdote que no sea el párroco del pueblo”. Naturalmente, esa orden iba dirigida expresamente hacia el padre Juato, pues era el único habitual en la fiesta fuera del párroco del pueblo. Concedor de la estrambótica ordenanza, Segarra pidió al párroco que insistiera y diera su nombre a los efectos de protocolo. Volvió a comunicarse el padre Gabriel con la oficina del consejo y se le dijo esta vez que es “orden directa de la Casa del Rey que únicamente esté presente el cura de

Pamukalé y ningún sacerdote más”. Con esta negativa tajante y rotunda, don Gabriel pidió a Juato que no acudiese; lo mismo hizo su madre. Segarra reflexionó y prefirió no forzar la situación y no arriesgar a que una jornada tan histórica para su pueblo pudiera verse empañada o enturbiada por algún incidente de protocolo con él y entonces prefirió no asistir. Pero se quedó con el sentimiento de haber sido rechazado y excluido, con el sentimiento de que había sido tratado como un forastero y no con el cariño que él siempre daba a su pueblo y a su fiesta de la cosecha. Para él no había duda: Esto no era cosa de la Casa del Rey, sino la venganza particular de Demon por la homilía de dos años atrás. El padre Juato decidió, finalmente, no acudir porque no contaba con el apoyo del párroco (que se creyó lo que le habían dicho) y porque su madre le pidió que no lo hiciera, pero dejó para fechas posteriores al acontecimiento la comprobación de que en la oficina del consejo no habían dicho la verdad. Al acto religioso durante la visita real acudió el arzobispo de Augusta y su sacerdote secretario. Junto al párroco don Gabriel, fueron los tres clérigos que participaron en el acto.

Transcurridas algunas fechas después de que don Juan Carlos y doña Sofía pasaran unas breves horas en Pamukalé, el padre Juato contactó por teléfono con la Casa de Su Majestad el Rey. Se presentó como sacerdote natural de ese lugar y pidió hablar sobre la visita que, días antes, hicieran Sus Majestades con la persona encargada del protocolo del acto. Le informaron que se trataba de una persona en particular (le llamaremos don Emiliano) pero que en esos momentos estaba participando en una reunión. Le pidieron que dejase su número de teléfono para que él pudiera contactar a su salida. Y así lo hizo. Llamó al móvil del pamukaleño y este le contó cómo en la oficina del consejo agropecuario le habían impedido asistir al acto, como lo hace todos los años, invocando una orden directa de protocolo de la Casa del Rey.

—Nosotros no hemos dado esa orden; esa orden no ha salido de nosotros -dijo don Emiliano al

padre Juato-. Verá usted, si aceptamos la presencia de diecisiete reinas de las Fiestas, ¿qué más nos daba a nosotros que hubiera tres sacerdotes como cinco? Nunca hubiéramos actuado acotando el número de sacerdotes que debían asistir al acto religioso.

La conversación se dilató con algunos otros detalles de la organización y con una invitación personal al sacerdote para que, en cualquier otra ocasión, pueda acceder a don Juan Carlos. Pero lo que sospechaba el cura excluido se confirmaba: Gente de su propio pueblo le quiso impedir que participara en un acto religioso poniendo la orden en boca de otros para no dar la cara. Es el estilo puro y duro de Demon. Tenía que ser su mano la que estuviera detrás porque era el vivo retrato de su modo de proceder y tenía el motivo que le guardaba con la homilía que había pronunciado en la fiesta dos años antes. El padre Juato envió una enérgica carta de protesta al presidente del consejo agropecuario. Pero la rúbrica que confirmó toda la treta la puso el propio Demon, quien, el Viernes Santo del año siguiente, le dijo al sacerdote que le iba a hacer un regalo; y le entregó un vídeo de la visita real en un DVD, “porque, ya que no estuviste, te gustará tenerlo, pues, al fin y al cabo, también eres hijo del pueblo y este fue un gran acontecimiento para Pamukalé”. Juato comprendió perfectamente el sarcasmo, pues también forma parte del modo de proceder habitual de personaje tan pintoresco, aunque evitó hacer cualquier comentario, pues era, precisamente lo que el otro iba buscando, polemizar y discutir para desahogarse de todo lo que llevaba tragado a contrapelo. De no haber sido así, más bien le habría hecho notar su ausencia y se hubiera interesado por las razones que le impidieron estar presente.

Cuando Demon participó en aquella reunión del consejo parroquial que convocaron quienes no tienen la capacidad legal para hacerlo, ya había partido peras con el párroco, pues su enfrentamiento llegó hasta el punto de que le retiró las llaves de la iglesia. Entonces, el párroco

solía pedir ayuda al padre Juato cuando había que hacer alguna labor decorativa. La sacristana se hacía cargo del armado de los floreros. ¡Y qué rabia tenía Demon que contener, pues, en su pensamiento, otros intrusos le habían arrebatado lo que era suyo, suyo y nada más que suyo; su puesto, su función, su parcela de poder, de dominar, de lucirse, de promocionarse ante la gente! Con la sacristana, los desencuentros venían ya de atrás; ahora, sus objetivos a derribar eran el cura párroco y el padre Juato. Solo así quedaría saciada su sed de venganza y solo de esa manera podría recuperar lo que le habían arrebatado. Del ayuntamiento ya no le encargaban nada, pues su relación con el alcalde había quedado rota, aunque Demon estaría dispuesto a rehacerla si conseguía que le ayudara a tumbar a los dos sacerdotes.

Juato nació en una tarde calurosa de primavera cerca del día de San Juan. El alumbramiento fue un parto natural a unos setenta metros del bello palacio del ayuntamiento en Pamukalé, en una de las calles adyacentes a la plaza. Era el primero de dos hijos y su padre se dedicaba a las tareas agrícolas por cuenta ajena, aunque pronto se establecería como agricultor autónomo. Esa mañana, su madre había ido a misa, como de costumbre, y había recibido la comunión, algo habitual en los días de gestación. Al regreso a casa, comenzaron las contracciones. El médico de cabecera desaconsejó el viaje a Augusta para dar a luz, pues parecía que el parto iba a ser inmediato, aunque, en realidad, se retrasó hasta las cinco de la tarde. Todo salió bien, sin complicaciones, aunque con las dificultades que entraña un trance como ese para la que alumbró y para el que nació. Conviene reparar en el hecho de la comunión diaria de su madre para entender su vocación sacerdotal, pues, mientras se iba desarrollando en las entrañas de su madre, ya la eucaristía le iba alimentando cada día hasta el momento de su nacimiento. Personajes bíblicos como el profeta Jeremías o el propio Juan Bautista son descritos en la sagrada escritura como elegidos por Dios para una misión ya en el vientre materno. Por otra parte, el sentimiento religioso de su madre y sus prácticas de piedad le marcarían de por vida. Cuando contaba cinco meses de edad, falleció su abuela paterna de un infarto. El óbito inesperado dejó solos a su abuelo y a su tío soltero, por lo que los padres de Juato decidieron irse a vivir con ellos para que su madre atendiera la casa hasta que su cuñado contrajera nupcias. En ese caso, él y su esposa se quedarían al cuidado del abuelo en su casa; Juato y sus padres volverían a su hogar unos tres años más tarde, en una casa alquilada próxima a la de sus abuelos maternos. Poco después nacería su hermano. Los primeros años

de la infancia de Juato transcurrieron, pues, junto a su tío y a su abuelo y Juato jugaba y gateaba en la pequeña placeta de la calle San Bernardo, allí donde su tío encerraba su moto. En ese lugar se relacionó con su tías y sus primas, que bien vivían en el barrio o bien lo visitaban a menudo. Ya en su casa de nuevo, la figura del abuelo materno comenzó a crecer en la vida de Juato hasta crear una relación muy especial, importante e influyente para él. Con todo lo parco que era el abuelo de la calle San Bernardo, el otro abuelo brindaba al niño gran cariño y gestos de ternura. Cada mañana, el abuelo Marcelo preparaba una buena fogata en una cocina de hogar situada en los bajos de la casa y subía un par de braseros para su mujer y su suegra. Él aprovechaba el momento para hacer su almuerzo en el fuego y tomarlo junto a la lumbre. Después solía llevarse cada día a Juato a visitar las viñas y los campos. El abuelo ya no solía trabajar, pues padecía de asma y eso le impedía ocuparse personalmente del trabajo agrícola. En la temporada de la siega, sus peones descargaban los sacos de grano en un pequeño almacén situado en los bajos de su casa. Más tarde, habría que volver a envasarlos para venderlos en el tiempo en que el precio del grano había subido. En la época de la vendimia, el carro venía cargado de uvas, que eran prensadas, y el mosto se almacenaba en los trujales de unas dependencias adyacentes a la casa. Allí fermentaba y Juato oía, muy de mañana, todavía desde su cama, el funcionamiento de la bomba del camión que aspiraba el vino y lo cargaba en la cisterna cuando el abuelo lo había vendido. A Juato le gustaban esos ratos en que notaba el frío gélido de aquella habitación en su cabeza descubierta en contraste con el calor de su cuerpo, envuelto en mantas y sábanas, con el ruido monótono y constante de la bomba del camión.

Estos días eran de una actividad especial, pero los días cotidianos, el abuelo Marcelo solía recoger a Juato después de su almuerzo y se lo llevaba en su moto. Con frecuencia visitaban

una paridera, propiedad de su cuñado, en la que los pastores recogían el rebaño de ovejas. Mientras los pastores y el abuelo Marcelo conversaban, Juato solía jugar con los corderos más pequeños. En aquellos viajes matutinos, el abuelo entraba en la iglesia con Juato para hacer la visita al Santísimo Sacramento. En aquellos tiempos las puertas de las casas no se cerraban con llave y la iglesia estaba abierta el día entero. El abuelo rezaba y enseñaba a Juato cómo rezar la estación ante el Santísimo. El abuelo era una persona de fe, muy piadosa, que había hecho Cursillos de Cristiandad y que inculcaba la vida de piedad a su nieto. Aquellas entradas y salidas de la iglesia eran, pues, habituales para los dos. A Juato le gustaba el ambiente de aquel lugar grande y magnífico, las llamas de las velas humeantes y zigzagueantes, el misterio del sagrario, que siempre aparecía cerrado y no permitía ver lo que había dentro, los bancos de hileras interminables, las enormes arcadas de sus tres naves, la majestuosidad del altar mayor con su baldaquino imponente, la luz de la mañana que se colaba por la ventana del coro y le daba en la cara, el abuelo rezando padrenuestros y avemarías... Incluso, en casa de los abuelos, Juato estaba acostumbrado a ver y tocar las muchas imágenes religiosas que tenían en varias habitaciones. El ambiente religioso envolvía, pues, la vida de Juato y a él le complacía. Los domingos iba con sus padres a la misa de la tarde y algo que llamaba mucho su atención era el sonido del armonio que tocaba la hermana Justa. Junto a ella, un pequeño grupo de niñas entonaba los cantos litúrgicos y Juato se fijaba en que siempre las voces terminaban antes la canción y el armonio prolongaba el último acorde para callar momentos después. ¿Por qué no terminaban todos al mismo tiempo? “Hijo mío -le decía su madre-, es porque así resulta más bonito; si la música acabara de sonar a la vez que las voces, quedaría demasiado seco; así queda mejor”. Y es que la hermana Justa hacía muy bien las cosas. Precisamente fue la religiosa quien le enseñó a dibujar y a pintar a la madre de Juato cuando ella era soltera. Buena maestra y buena alumna, pues Nieves hizo unos cuadros que fueron

decorando no solo su casa, sino también las de los familiares más cercanos.

“¡Ah, qué tiempos aquellos -dice el padre Juato- en que las monjas de Santa Ana tenían comunidad y colegio en Pamukalé! Entonces en el pueblo no había aún instituto ni guardería. Los niños íbamos a su colegio a temprana edad y, antes de entrar en las escuelas, a los seis años, sabíamos no solo leer y escribir perfectamente, sino también hacer todas las cuentas y hasta dividir por dos cifras. Empezábamos con la primera cartilla. Después te pasaban al libro del “Cascabel”. Por último, manejabas la enciclopedia de Álvarez. Las cuentas se aprendían con regletas. Eran pequeñas piezas de madera pintadas de colores; según el color, tenían un valor u otro y su longitud dependía de ese valor. La más pequeña era la blanca, que solo valía uno; por contra, la más larga era la que valía diez, que era la de color naranja. Sí, claro, también empleábamos los cuadernos de Rubio, de José María Rubio, que hoy es San José María Rubio. Se me quedó grabada la frase de aquella muestra de caligrafía que decía “yo también puedo ser santo”. ¡Quién nos iba a decir que veríamos en el altar al autor de esos cuadernillos que a tantos niños ayudaron en su aprendizaje a la lectura, a la escritura y a los primeros pinitos en aritmética y cálculo! Te pasabas un buen tiempo escribiendo con el lápiz y era todo un acontecimiento cuando ya lo hacías bien y te daban tu primer bolígrafo. Con qué admiración mirabas a aquellos que ya lo tenían; tu mayor aspiración entonces era que llegase el día en que hubiera uno para ti. Las clases comenzaban todos los días con unas sencillas oraciones, recitadas por todos. Seguidamente se pasaba lista, y el que era nombrado debía responder diciendo “viva Jesús”. Claro, que en esos primeros días de clase del primer año, no se sabía con mucha claridad a qué Jesús se refería la respuesta, ya que podía ser tu compañero de pupitre si se llamaba con ese nombre. Pero las monjas nos iban hablando de religión, de la Biblia, de la historia sagrada; nos enseñaban a rezar, nos subían a la capilla; nos

enseñaban a tener respeto a Dios y a quererle. Sobre todo, nos educaban en valores, en valores morales que proceden de la moral evangélica y cristiana. Juato era el ojito derecho de la hermana Julia. Cómo me quería esa mujer. Cada día nos arropaba bien y se aseguraba de que salíamos bien abrigados de allí, sobre todo en invierno. Ella hablaba con frecuencia con mi madre y le decía que tenía un niño muy bueno pero que me despistaba con facilidad y que debía ser más aplicado. Esa palabra me parecía muy sonora, sonaba bien, aunque no tenía ni idea de lo que pretendía significar. Las religiosas nos trataban con cariño. Algunos cuestionan hoy sus métodos de castigo con alguna bofetada y alguna visita, de vez en cuando, al “cuarto de las ratas”, un cuarto en el que no había ratas, sino patatas extendidas por el suelo. De todos modos, puedo asegurar que llevé muchos más palos en las escuelas nacionales que en el colegio de las monjas; y no juzgo ni condeno a nadie por ello; eran los métodos de entonces y tanto las religiosas como los maestros no se daban cuenta de que había otros medios más adecuados para corregir conductas; al fin y al cabo, eran los mismos métodos que empleaban en casa nuestros padres. Y es que cada época cuenta con aquello que le es propio; juzgar una época con los criterios de otra no es un método acertado para comprender la realidad, pues todo debe ser contextualizado en el tiempo y en el espacio, tanto como en los usos culturales y sociales.”

Las monjas abandonaron Pamukalé en el verano de 1974. El caserón que ocupaban no tenía ninguna comodidad (ascensor o calefacción, por ejemplo). Las monjas vivían de manera pobre y austera. Se sostenían con las pequeñas cuotas que cobraban por cada niño que iba a su colegio y con la organización de tómbolas benéficas. El descenso de la natalidad, por una parte; el creciente número de negativas de algunos padres a llevar a sus hijos y los inconvenientes que presentaba el edificio venían poniéndolas en dificultades desde años atrás.

Se iba anunciando que estarían un curso más pero que no se podía decir que continuarían en el siguiente. Así fueron pasando varios años. Llegó un momento en que la casa precisaba unas reformas, pues algunas de sus zonas empezaban a amenazar ruina. Por otra parte, tampoco había otro lugar en el pueblo donde se pudieran alojar y desarrollar su actividad docente. El desinterés del alcalde y el del párroco, unido a tales circunstancias, propició que, finalmente, la congregación enviase a una nueva madre superiora con la misión de dismantelar el convento y abandonar Pamukalé. Muchas familias intentaron hacer presión para que se quedaran, pero el alcalde no iba a arreglar el edificio y el párroco, don Remigio, veía la ocasión propicia para quitarse de encima su atención espiritual (mal remunerada debido a la escasez en que vivía la comunidad de religiosas) y de trasladar a la iglesia parroquial la misa de la mañana, pudiendo, así, manejar él mismo las intenciones y los sufragios por los que se aplicaba y, por tanto, también el importe que se pagaba por ellos. Por otro lado, el control de toda la acción religiosa de Pamukalé quedaría en sus manos, por lo que, sin las monjas, eliminaba la competencia. Así las cosas, Pamukalé se quedó sin ellas y sin el servicio que, durante décadas, habían prestado tanto en atención al colegio como en atención sanitaria en el hospital. Pero la pérdida mayor se iba a notar, más que nada, en las generaciones venideras: la educación, en el sentido de lo religioso, los valores morales en que educaban. Después de cuarenta años de su ausencia, se notan esas carencias en las gentes que ya no las han conocido. Otras personas que sí estuvieron con ellas, ya no son las mismas, ya no piensan igual. La sola presencia de las monjas en el pueblo era un modelo de referencia para mucha gente, un testimonio perenne, un referente permanente. Muchas personas acudían a ellas a pedir consejo, a solicitar su mediación en conflictos, a pedir sus oraciones... Cuando ellas se fueron, en el pueblo había dos misas diarias a las que iba un número importante de fieles; y los domingos había tres y en las tres había mucha gente. A día de hoy, a la única misa diaria acuden unas quince personas; los

domingos hay una sola misa y la iglesia se muestra casi vacía. Y el ambiente entre la gente del pueblo no es tampoco el mismo de antes. Ciertamente es que, en ese tiempo, ha habido grandes cambios en la sociedad española, pero el padre Juato tiene referencias de otros municipios que mantienen la presencia de religiosos en ellos y se pueden constatar notables diferencias comparativas en los aspectos ya descritos. El día en que Pamukalé perdió a las religiosas de Santa Ana, perdió mucho más que un convento de monjas.

Entre su abuelo Marcelo, su madre Nieves y las monjas, en Juato fue creciendo el entusiasmo y la ilusión por lo religioso. Ya entonces comenzó a decir que de mayor sería cura. A los seis años se presentó en la sacristía para decir que quería ser monaguillo. “En aquellos tiempos el grupo de monaguillos estaba muy jerarquizado y era bastante nutrido. No todos ayudaban a misa, pues primeramente había que aprender. Los más mayores tocaban el campano tres veces antes de empezar cada liturgia; a la media hora anterior era el primer toque; al cuarto de hora era el segundo toque; el último se daba cuando faltaban cinco minutos. Se hacía tirando de una larga cuerda. A veces, la cuerda se partía y había que subir por el torreón para empalmarla anudándola. Si el que tocaba podía llegar a ella, lo hacía él mismo; si no llegaba, avisaba a Santiago, el sacristán, que era quien los coordinaba a todos. Él era también quien distribuía las funciones de lo que harían unos y otros. En las misas ordinarias, eran dos los monaguillos que asistían al cura. Entre sus servicios estaban la salida con la genuflexión ante el sagrario, la recogida del misal para pasarlo del ambón al altar, la ayuda al sacerdote para el ofertorio, el lavatorio de las manos, tocar la campanilla en la consagración, levantar la trasera de la casulla del cura cuando hacía la genuflexión y acompañarle a ambos lados en el momento de la comunión portando una patena y una palmatoria. Algunos de esos servicios iban en un mismo paquete y se encomendaban a uno de los asistentes; los otros servicios

constituían otro paquete diferente y eran encomendados al otro monaguillo. Cuando se celebraba en el altar mayor, el sacerdote debía ir a buscar las formas de la comunión al sagrario de la capilla del Santísimo, e iba acompañado de dos monaguillos que portaban sendas velas. También había que acompañarle si se subía a predicar al púlpito. En las fiestas solemnes no se tocaba el campano, pues ese día sonaban las campanas de la torre y Pepe era el que sabía manejar las cuerdas para dar los toques necesarios con el sonido de las cuatro campanas. En los entierros se revestían cuatro monaguillos, puesto que dos iban a lado del sacristán, junto a la cruz procesional, portando sendos candelabros; los otros dos acompañaban al cura y eran quienes ayudaban a esa misa. En las procesiones salían todos, dos con la cruz y los candelabros y los demás acompañando a don Remigio. Todos los monaguillos vestíamos túnica roja y roquete blanco. Las túnicas de los pequeños eran de una tela basta y gruesa de felpa; las de los mayores eran de tergal, mucho más maleables. Al principio había unos roquetes de puntillas que se cerraban con un lazo rojo en el centro a la altura del cuello. Más tarde serían sustituidos por roquetes de tergal cuyos cuellos acababan en forma de u y no eran necesarios los cierres ni los lazos. Cuando había que manejar el incensario y encender la pastilla de carbón, era el sacristán quien se encargaba de ello.”

Por aquel entonces, justo se había clausurado el Concilio Vaticano II y las misas aún se celebraban de espaldas al pueblo y conservaban varias fórmulas en latín, entre ellas el *orate fratres* o la doxología *Per Cristo cum ipso et in ipso*. Se celebraba de espaldas al pueblo y el sacerdote se volvía para recitar ciertas fórmulas de frente a los fieles. El altar mayor solo se empleaba para bodas, entierros y las misas de los domingos. Los días de labor se celebraba en la capilla del Santísimo, que es la dedicada a San Juan Bautista. En ella había dos puertas que debían estar abiertas para el comienzo y el final de la misa pero que se cerraban en el

momento de la comunión, pues formaban parte de un comulgatorio que iba de un lado al otro del presbiterio para que los comulgantes se pudieran poner de rodillas. Cerrar y abrir esas puertas era algo complicado para Juato, pues encajaban a base de fuerza y él no contaba aún con la necesaria para poder hacerlo. Pero Santiago estaba siempre al quite y era él quien lo hacía en su lugar. De todos modos, hubo de pasar dos años aún hasta que don Remigio permitiera a Juato ayudar a misa. “Eres muy pequeño y te tienes que fijar mucho para aprender bien” le había dicho. Juato empezó entonces a ir, él solo, a la misa de las ocho de la mañana. Nieves lo despertaba cada día a eso de las siete y media y él iba solo y se ponía en un rincón para fijarse bien cómo ayudar a misa. Una mujer, esposa de un maestro, que se colocaba en el mismo lugar, le fue cogiendo cariño y se hacía cómplice del niño en sus tareas de observación; más tarde ella intercedería ante el párroco para que le diera ya permiso para poder ayudar en las misas de diario. A las ocho de la mañana no solía haber otros monaguillos y era el sacristán quien hacía las funciones. Y así, de esta manera, Juato continuó ayudando cada día a misa y tomando la comunión a diario desde los siete años. Pasaría tiempo aún hasta que quitaran la reserva eucarística de la capilla de San Juan para llevarla de forma permanente al sagrario del altar mayor. Cuando la misa matutina de las ocho pasó a celebrarse en el convento de las monjas, puesto que ya le venía algo más alejado, entonces pasó a prestar su servicio en las misas de la tarde en la parroquia.

Juato fue un niño muy bondadoso y era incapaz de ver la maldad en nadie. Con ingenuidad natural, no se planteaba otra cosa que no fuera pensar que todo el mundo era como él y sentía como él. Era un niño tranquilo y no guardaba resentimientos ni deseos de venganza. En el colegio, él se llevaba siempre todos los palos; los otros niños le pegaban pero no había pelea porque él no se defendía. Y tampoco se enemistaba con nadie por ello. La palabra que más le

repetían unos y otros es que era un “infeliz”. Mucha gente lo veía actuar en los actos de la iglesia y enseguida cogió fama de bondadoso en el pueblo. Una cosa que le hacía mucha gracia a la gente es que su madre, desde muy pequeño, le enviaba a hacer recados, sobre todo, algunas compras sencillas de una o dos cosas. Iba a la panadería, al estanco, a la carnicería, a la tienda de ultramarinos... De esta manera, él le evitaba a su madre muchos viajes y permitía que ella pudiera ocuparse de su hermano más pequeño, del que le separaban cerca de cuatro años. Era torpe y lento en todo lo que se refería al ejercicio del deporte. De aspecto gordito, le costaba esfuerzo moverse y no le gustaba nada la pasión por el fútbol que mostraban sus amigos. No sabía regatear, no entendía las tácticas de juego ni los planteamientos de los partidos, ni la posición de los jugadores en el campo. Solo sabía darle al balón con la punta del pie. En toda su vida, logró marcar un solo gol... en propia puerta. Para él, las clases más temidas eran las de educación física. Había un veterano maestro que le echaba imaginación a eso de la pedagogía y se llevaba a la clase al campo, a una zona donde había dos abrigos hechos con piedras y les hacía recrear las batallas de moros y cristianos. Esas sí que eran tardes diferentes y divertidas, sobre todo porque se llevaban la merienda y no daban clase, aunque eso de las batallas tampoco acababa de gustarle. Sin embargo, los sábados por la mañana se reproducía en clase un concurso de preguntas y respuestas, llamado “cesta y puntos”, que hacían en la televisión y Juato se desenvolvía en él como pez en el agua. No solo ganó con su equipo el concurso de todo el año, sino que, con frecuencia, él hacía de locutor y de presentador del programa; lo hacía con bastante soltura y se lo pasaba bomba. Eran los mejores ratos del colegio.

Por las noches padecía frecuentes episodios de terrores nocturnos. Se despertaba gritando desesperadamente y sudando, envuelto en llantos y rodeado de sus padres, que intentaban

calmarlo. Cuando veían que se despertaba, ellos ya se iban relajando. Su madre le secaba el cuerpo y le cambiaba las sábanas de la cama. En otros momentos había un sueño que se repetía con mucha frecuencia: Juato se encontraba en una sala inmensa y vacía, apenas iluminada; al fondo había una persona sentada en el centro de la estancia, en la que se concentraba una haz de luz, y le llamaba para que se acercara hasta ella. El sueño no continuaba. La escena era estática; Juato, mirando al frente y decidiendo si se iba a aproximar y la otra persona, sedente, llamándole con la voz y los gestos, sin que Juato pudiera distinguir su rostro en la larga distancia que los separaba. Ese sueño no producía reacción emocional en Juato, al revés que otro que sucedía de vez en cuando, en el que veía al diablo en un rellano de la escalera de casa de su abuela. Juato estaba en el rellano superior y debía bajar pasando por la presencia del Maligno. La sensación que él vivía entonces era de angustia y de llanto silencioso.

X

Juato había ido creciendo y continuaba con la idea de quería ser sacerdote algún día. Se sentía llamado por Dios para esa tarea, para dedicar a ello su vida. Había incrementado su vida de piedad no solo con la misa y la comunión diarias, sino que en muchos momentos en que se

encontraba solo en la iglesia recorría las estaciones del *Via Crucis* rezando y meditando en los momentos de la pasión de Jesús. A veces, repetía la estación que el abuelo Marcelo le enseñó en sus visitas al Santísimo Sacramento. Seguía ayudando en el culto de la iglesia y comenzó a dar catequesis a un grupo de niños que se preparaban para la primera comunión. Junto con otras personas, ayudaba en otras tareas que mosén Remigio iba dirigiendo: La colocación de un pino en la Plaza Mayor, por ejemplo, cuya base era un tonel lleno de arena, y que tomaba la corriente eléctrica de un largo cable que llegaba hasta la instalación del ayuntamiento. Esto se solía hacer el propio día de Nochebuena. Los días anteriores, el electricista había colocado tres estrellas luminosas en otros tantos puntos de la calle mayor, así como en los dos portales de la iglesia parroquial. Las de la iglesia no se iluminaban más que cuando se tocaba para la misa, pero las de la calle había que encenderlas manualmente al oscurecer y apagarlas antes de la medianoche, durante todas las navidades. Esa tarea la hacía Santiago, pero Juato le ayudaba también algunos días. El cura disponía de un magnetófono de esos antiguos de dos ruedas grandes y una cinta con la grabación de villancicos, cuando aún no existían los reproductores de cassettes. Los días de Navidad, Año Nuevo y Reyes se ponían en el ayuntamiento, en la cabina del vigilante nocturno, con un altavoz al exterior para que se oyera durante toda la tarde. También Juato iba a rebobinar la cinta cuando se acababa para que volviera a empezar. Sin medios, como siempre, pero con ilusión y bondad, se organizaban desde la parroquia las primeras cabalgatas de reyes. Antorchas, chalecos de borreguillo para los pastores, equinos que aún quedaban en las casas de labranza, regalos, trajes... Algunos años Juato iba con un megáfono anunciando de dónde y a qué hora saldría la cabalgata y dónde se haría el reparto de los regalos. Es curioso, pero, a día de hoy, en que la organización la lleva la comisión de fiestas del ayuntamiento desde hace décadas, se puede comprobar que conserva el mismo formato, a excepción de la supresión del acto de adorar al Niño, que ahora no se hace. Una

mañana del día de Reyes, al entrar en la iglesia para la misa de las ocho, hacía mucho frío y estaba muy nublado. A la salida, nevaba y estaba todo blanco. Qué bonito se puso todo, qué buen regalo para el día de Reyes. Desde ahí, a comprar churros y a llevarlos a casa para el desayuno.

A los niños a los que daba la catequesis Juato les llegaba a coger verdadero cariño y procuraba estar presente en la ceremonia de su primera comunión. Cuando los tratas de seguido, ellos son muy transparentes, y acabas conociendo sus aptitudes y sus dificultades. Por circunstancias familiares, Fernando no pudo comulgar con el resto de sus compañeros y lo hizo en otro día él solo, acompañado de sus padres, delante del presbiterio, ante el arrodillatorio, al modo que se coloca para las bodas. También Juato se las arregló para no faltar en su día especial; escondido en la verja del altar mayor que da a la sacristía, ambos podían verse y Juato presenció desde ahí, con emoción, el momento en que la forma blanca era depositada en su boca por las manos del sacerdote. Fernando es hoy el albañil que estuvo junto al padre Juato, todos los días, después del impacto del rayo en la iglesia, pendiente de la reacción del edificio, de la prospección de las grietas que surgieron y que estuvo presente en todas las visitas del arquitecto y todas las reuniones que se convocaron en cada momento para adoptar las medidas que fueran necesarias conforme se iban conociendo mejor los daños con el paso de los días.

Desde que tuvo once o doce años, su padre se llevaba a Juato a ayudar en el trabajo del campo y de las viñas. Conforme iba avanzando en edad, era más frecuente y los períodos de

trabajo agrícola eran más seguidos para Juato. Ya más mayor, el trabajo en el campo le ocupaba todos los fines de semana, tanto como las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano. Esto vino propiciado también por que no hubiera salido fuera a cursar el bachiller, sino que lo hizo en el propio instituto de Pamukalé. Y en su casa no se guardaba el precepto religioso de no trabajar en domingo, así que, en algunos momentos, no era fácil para Juato compaginar los horarios de estudio y de colaboración en la parroquia con los del trabajo agrícola. Pero él se las arreglaba sabiendo que, una vez que se pone el sol, él podía organizarse sus tiempos. También en ese sentido, los días de lluvia eran muy bienvenidos para él. Ah, y las tardes de los domingos y festivos eran siempre libres, con la excepción de los períodos de la cosecha del cereal y de la recogida de la uva. Esas tardes eran muy útiles para las tareas parroquiales de Juato. Bueno y también se guardaba fiesta el día entero en fechas señaladas como la Navidad, el Viernes Santo o los días de las Fiestas de septiembre.

Conforme iba pasando el tiempo, Juato se iba implicando más en las cosas de la parroquia. Sin embargo, don Remigio no era muy dado a delegar responsabilidades, así que Juato encontraba camino, más bien, en temas de logística como colaborador de Santiago, el sacristán. Pasaban muchas horas juntos en la sacristía y Juato le ayudaba en muchas de sus tareas. Alguna vez se ha podido plantear una pregunta: ¿Hacía las cosas por señalarse, por afán de protagonismo? La respuesta certera y veraz no ofrece dudas, pues la mayor parte del trabajo que Juato realizaba era de puertas adentro; no se veía desde fuera. Es cierto que tomaba parte activa en muchos actos al público como liturgias y procesiones, pero esas ocupaban un tiempo mínimo dentro de todo lo que él hacía. Por tanto, Juato hacía las cosas por complacer a Dios, por estar cerca de él, porque era la manera de dedicarse a él y porque todo ello a él le hacía

estar a gusto y sentirse bien. Quería ser cura y ese era su ambiente.

Los jueves, Juato participaba, estremecido, en la ostensión del Santísimo; era un acto de culto muy solemne hacia la presencia de Jesús en la eucaristía. Además de unos rezos determinados y unas fórmulas litúrgicas tanto en latín como en español, se hacía un tiempo de meditación. No era ya una predicación dirigida a los fieles, sino un género distinto en el que se le hablaba a Jesús directamente. Se reflexionaba sobre el misterio eucarístico, se meditaban textos de los evangelios referidos a la eucaristía y se oraba por los difuntos, incluso por alguno en particular. Al final, ocurría lo más grande que Juato podía considerar: Recibir la bendición con el Santísimo Sacramento. Aún hoy abundan sus ojos en lágrimas cuando eso sucede. Lo malo es que, con el paso del tiempo, cada vez ese acto duraba menos y el cura lo hacía más y más breve. Los viernes, por su cuenta, Juato hacía el rezo del *Via Crucis*. Si podía ser en la iglesia, mejor; pero si no, lo hacía en su casa o donde venía bien. El resto de los días, la señora Carmen rezaba el rosario antes de la misa, pero a Juato se le hacía muy monótono y, sobre todo, no soportaba con demasiada paciencia ver cómo atropellaban las avemarías al empezar otra cuando no había terminado una. Y, aunque asistía a novenas y triduos, tampoco le atraían demasiado; eso con una excepción: El triduo de la Virgen del Pilar, los días 9, 10 y 11 de octubre. Siempre ha tenido un gran tirón la Virgen del Pilar en la piedad de Juato, pero, en ese triduo, le encantaba cuando se cantaba hasta tres veces seguidas esa jaculatoria que suena varias veces al día en su catedral de Augusta: *Bendita y alabada sea la hora en que María santísima vino en carne mortal a Augusta. Por siempre sea bendita y alabada.*

A Juato le gustaban especialmente, desde muy pequeño, las procesiones. No hubiera sido él un iconoclasta en la Iglesia si de él hubiera dependido. La iglesia de Pamukalé está llena de estatuas y de imágenes. ¿Treinta, cuarenta, cincuenta...? No es ninguna exageración. Aparte, las que conforman los pasos de Semana Santa y las que solo se ven en las procesiones. Eran abundantes en el pueblo mientras Juato iba creciendo. Las procesiones del Cristo de la Luz eran en Pascua (dos días) y en las Fiestas de septiembre (otros dos días). Luego, estaban la del *Corpus Christi* y la del Sagrado Corazón. Había otra procesión el día de la Asunción de la Virgen y cerraba el año la de la Virgen del Pilar, que tenía dos procesiones en el mismo día. Otra procesión se salía de los recorridos habituales el segundo domingo de Pascua (llamado entonces de Cuasimodo), pues era para llevar a los enfermos la comunión a sus domicilios; como no se conocía el recorrido previamente, era siempre una sorpresa por dónde iba a pasar y cuánto iba a durar. Además, se celebraban las propias de la Semana Santa: La del Domingo de Ramos, el encuentro en el martes santo, el *Via Crucis* el miércoles santo y el Santo Entierro el día de Viernes Santo. Por entonces se sacaban estandartes en la del Corpus, en la del Sagrado Corazón de Jesús y en la de la Virgen del Pilar. Este hacía dos procesiones, pues salía en el Rosario de la Aurora por la mañana y volvía a salir en la procesión con la imagen de la Virgen por la noche. En cuanto la envergadura de Juato lo permitió, él se ponía con antelación delante del estandarte para poder portarlo en la procesión. Aunque la primera vez que portó el del Corazón de Jesús no contaba con que tenía un peso mayor que los otros y no aguantó más de la mitad del recorrido procesional; una persona mayor tuvo que llevarlo hasta completar el recorrido, con la vergüenza que eso le supuso al pobre de Juato. Ya de mayor, él mismo llevaría lo que le hacía la mayor ilusión, la dirección de la carroza en la procesión del Corpus; era llevar al propio Jesús, hecho pan, en un homenaje del pueblo cristiano a su Señor.

Un verano había llegado un misionero que tenía su familia en Pamukalé y que tenía tres meses de vacaciones. Él sabía música y tocaba el órgano. Mosén Remigio le encargó que ensayara al coro que cantaba la misa mayor de los domingos y que le enseñara canciones nuevas de los pequeños libros de música que había en la iglesia, con canciones de Manzano, Deiss, Palazón y Espinosa. Juato vio en ello una ocasión para aprender y participar. Por otra parte, en el coro estaban dos de sus amigos con sus padres y familiares. Así que comenzó a participar en los ensayos y a acudir todos los días que se juntaban para aprender las nuevas canciones. Llegado el domingo, él subió con el coro al balcón que hay frente al órgano y cantó con todos. Pero, tras la misa del segundo domingo, mosén Remigio le mandó llamar y le dijo que no podía seguir cantando con el coro, que le estaba cambiando la voz y que se notaba que rompía la armonía de los demás. Lo extraño del caso es que el misionero que los ensayaba no le había dicho nada y que sus dos amigos que cantaban en el coro tenían su misma edad; sin embargo ellos no alteraban la armonía ni les estaba cambiando la voz. Mmm... ¡Qué sospechoso! Además, ninguno de los que cantaban se había quejado de él. Pero bueno, una vez más, el dócil Juato tenía una visión crítica del asunto, aunque agachó las orejas y calló. El ser piadoso e inocente tiene un precio y, de nuevo en esa ocasión, había que volver a pagarlo.



Juato había obtenido el Graduado Escolar de la primera promoción de la Educación General Básica, la que imponía la última reforma de la educación llevada a cabo por el Gobierno del general Franco, a comienzos de los años setenta. En ese mismo verano fallecía su abuelo paterno. Fue toda una experiencia, pues lo hizo en su casa. Normalmente, el abuelo vivía con el tío de Juato, su tía y sus primos, pero salieron una semana de vacaciones, el abuelo se trasladó con los padres de Juato y su insuficiencia renal le llevó a una subida de urea que le condujo a la muerte apenas en tres o cuatro días. En casa de Juato se celebró, pues el velatorio y de ella salió la comitiva de su entierro. Dos años antes había muerto su bisabuela Teresa, que vivía en casa del abuelo Marcelo. Esta fue una mujer muy entrañable, pues Juato era su primer bisnieto y le tenía un cariño grande. Además, la madre de Juato se había criado con ella y con la tía Trini, por lo que el vínculo con ella era aún más fuerte. Juato solía pasar con la yaya Teresa largos ratos de conversación, sentados en torno a la mesa camilla y con el brasero a los pies. Eso aliviaba con frecuencia los ratos de soledad de la anciana, que se portaba muy bien con él, pues a menudo le daba alguna propinilla y le solía guardar trozos de torta de la que a él le gustaba. Al darle las monedas, siempre le aconsejaba: “No malgastes el dinero; empléalo en comprar algún pastel, que, por lo menos, te alimentará”. Y Juato, que era dócil y obediente, así lo hacía.

Su carácter de bondad y de piedad le llevaba a identificarse siempre con los pobres y los desfavorecidos. Había leído a Mark Twain, con sus aventuras de Tom Sawyer y de Huckleberry Finn. Al principio quería identificarse con el personaje de Sawyer, pero sus continuas

travesuras y su desobediencia continuada a su tía y tutora le hacían alejarse de él. Pronto encontró un personaje rodeado de miseria, de pobreza y de noble corazón; un personaje marginal con el que compartir el desprecio de los demás y que merecía ser su amigo: Huck. El estilo anglosajón de la narración y lo extraño de los nombres que se citaban estaban lejos de sus gustos personales, pero la figura de Huck lo hacía tremendamente atractivo para él, pues le hacía despertar los mejores sentimientos de compasión y de ternura. Cada triunfo personal de Huck lo hacía también el suyo. Huelga decir que en la obra “El príncipe y el mendigo”, Juato se identificaba con el mendigo. En Cuento de Navidad, de Charles Dickens, Juato tomaba partido por Bob, el empleado maltratado del señor Scrooge, pero era con el pequeño Tim, el niño del empleado, que se estaba muriendo, con el que verdaderamente se identificaba. En una palabra, Juato se identificaba siempre con los personajes que más sufrían y que más necesitaban de él. Le movían a la compasión y a la piedad. Con frecuencia, lloraba pensando en ellos y en sus desdichas. Esta fue la forma de sentir de Juato desde pequeño. Sus padres, las monjas, el abuelo habían despertado en él el amor por los pobres y los necesitados, aunque quizá ese amor estuviera siempre en lo más profundo de su ser. Cuánto le hubiera gustado hacer algo por Huck, acogerlo en su casa, hacerlo su amigo; poder hacer compañía al pequeño Tim, cogerle de la mano, poder darle una medicina que aliviara su tos, que impidiera su muerte, podérsela envolver en un regalo de Navidad...

Había un hombre santo en la parroquia de Pamukalé, llamado Miguel, que profesaba una gran devoción al Corazón de Jesús. Hasta su muerte, se ocupaba todos primeros de mes de anunciar con una nota en el tablón de anuncios de la iglesia parroquial la fecha en que caía el próximo primer viernes de mes, día especialmente dedicado a la devoción del Sagrado Corazón. Había una idea piadosa que afirmaba que todo el que comulgara nueve primeros

viernes de mes consecutivos no se vería condenado al infierno fueran cuales fueran las circunstancias de su muerte. En una aparición, el Corazón de Jesús le había revelado esto a una santa. Y Miguel lo fomentaba con su recordatorio mensual. Él había impartido catequesis a Juato y a otros muchos niños y niñas. Era un gran colaborador parroquial, pero era crítico con mosén Remigio, pues no solo tenía ideas retrógradas, rechazaba todo lo que para él sonara a “modernista” y era de carácter muy autoritario, sino que, además, pertenecía al Opus Dei. Con esta carta de presentación, es comprensible que no congeniara bien con la gente joven. Miguel veía que había chicos y chicas valiosos en la parroquia y se preocupaba por ellos. En cierta ocasión, invitó a unos cuantos a participar en los llamados Encuentros de Promoción Juvenil, que era la rama joven de los Cursillos de Cristiandad. Él lo dispuso todo y entre ellos estaba Juato. Una vez habían hecho ese cursillo, se reunían en grupo para profundizar en la fe con materiales que los propios monitores de los Encuentros preparaban y facilitaban. A don Remigio no le cayó bien el tema porque no había sido iniciativa suya el hecho de que participaran, pero también porque era un movimiento demasiado liberal para su mentalidad. Cuando el grupo llevaba ya algo de rodaje, él, el párroco, quiso hacerse con él y llevarlo personalmente, rompiendo con el hilo que les unía a la estructura del movimiento en Augusta. El grupo no lo permitió y encargó a Juato que fuera su responsable. Esto acabó por acrecentar su antipatía hacia Juato aunque él seguía implicado con la parroquia mediante la catequesis, la música, las tareas de sacristía, las campanas y el ayudar a misa. El hecho es que de aquel grupo, tan denostado por el párroco, salieron un cura y una religiosa de clausura. Del grupo de cantores que acabó expulsando de su iglesia salió también una religiosa de vida activa. Ellas dos y Juato son las últimas vocaciones a la vida consagrada que salieron de Pamukalé; coincidieron en el tiempo y en los mismos grupos y de eso hace ya treinta años. Los tres coinciden en valorar que su vocación se desarrolló a pesar de don Remigio. Lo que llegó a

perderse aquel párroco, cuando tantos otros hubieran deseado tener feligreses así.

En cierta ocasión, cuando Juato estrenaba su adolescencia, una familia gitana había acampado junto al río con la intención de poder echar algún jornal en el campo en las temporadas en que se requería una mayor mano de obra en las tareas propias de la vid. Permanecieron allí durante meses y un día Juato les fue a visitar. Entablaron conversación y le invitaron a sentarse con ellos. Eran un matrimonio con varios hermanos y con varios hijos. Como Juato se pasaba con frecuencia a visitarles, todos lo iban conociendo. Él le habló de ellos a don Remigio y procuraban atender a sus necesidades. Dos de sus niños estaban en edad de hacer la primera comunión. Más bien, a Fortunato se le había pasado ya. Sebastián estaba en la edad idónea. Esos niños no habían ido a la escuela y no sabían leer ni escribir. Con el visto bueno del sacerdote, Juato y otras dos chicas cercanas a la vida de la parroquia pusieron en marcha un programa de alfabetización para esos dos niños y para otra hermanita de ellos de más corta edad. Durante meses, les estuvieron dando clases por las tardes con los cuadernos de lectura, escritura y cuentas que les iban comprando. Las clases se interrumpieron el día en que su familia decidió levantar la tienda y salir de Pamukalé. Para entonces, los chiquillos ya se iban soltando con la lectura y la escritura, con las sumas y las restas.

Al año siguiente, regresaron al mismo lugar por las mismas fechas, y también estuvieron establecidos por un tiempo largo. Juato les propuso a Fortunato y a Sebastián un plan intensivo de catequesis si querían hacer la primera comunión. Los dos niños estaban bautizados y así constaba en la partida de bautismo que don Remigio consiguió localizar. También él dio el visto bueno a que Juato les diera la catequesis y los preparara para el sacramento. Con la ayuda de las mismas colaboradoras, encontraron en el pueblo unos trajes de primera comunión que otros

niños habían usado y que servían para los dos hermanos. Se implicó a toda la parroquia para que estuvieran bien acompañados y se organizara una sencilla pero grande fiesta. Y así, Fortunato y Sebastián recibieron la primera comunión en la iglesia de Pamukalé en una tarde de verano, arropados por un montón de gente que quiso acompañarles. Después se organizó un picoteo para todo el que quiso participar. La fiesta acabó en su pequeño campamento, donde Juato estuvo amenizando el cante, las palmas y el baile con su guitarra. Fue un gran día esa jornada.

Juato había aprendido a acompañar canciones con la guitarra. Lo hizo de manera autodidacta y en su casa. Ayudado por unas páginas en las que se dibujaban en gráficos las posiciones de los acordes en el traste, él mismo iba aprendiendo los cambios y los ritmos a base de practicar. Como hacían algunos de sus amigos, a él le hubiera gustado mucho asistir a clases particulares de solfeo y de piano, pero, por razones que no vienen al caso, sus padres no se lo pudieron facilitar. En cambio, le llevaron a aprender mecanografía. Como quiera que de pequeño había recibido de los Reyes Magos el regalo de una melódica de juguete, él iba sacando melodías de oído y tenía facilidad para ello. Aquello le iba gustando y, un día, se puso a los pedales de un viejo armonio que había en la iglesia, pero que sonaba muy bien; aquel mismo que había visto tocar a la hermana Justa desde muy niño. Poco a poco, iba aprendiendo canciones de las que se cantaban en misa. Al principio, él mismo se inventaba los acompañamientos con la mano izquierda. Después, aprendió las posiciones de los acordes y ensayó las transiciones. No era demasiado complicado, pues la música de la iglesia requería un acompañamiento con notas tenidas, generalmente, que, al mudar de un acorde a otro, mantenía las notas comunes. Más tarde, aprendería a leer música, partituras sencillas con cifrado armónico, con la ayuda de un amigo y vecino que le enseñó a solfear, a interpretar los

pentagramas y a medir la música cifrada.

Se pasaba Juato horas y horas aprendiendo y entrenando canciones en el teclado del armonio. A veces, lo hacía durante tardes enteras, durante días enteros. Él se encontraba en su salsa, en su iglesia, en su ambiente, junto al Santísimo, que estaba permanentemente en el sagrario. Algunas personas solían decirle que era estupendo que él estuviera ahí, pues así le hacía compañía a Jesús en la eucaristía. Cuando tenía un rato libre, él prefería pasarlo en la iglesia antes que dedicarlo a otras actividades; y eso que en invierno hacía muchísimo frío en ese templo, antes, igual que ahora. En algunas ocasiones, aguantaba hasta que el frío de las manos le impedía mover los dedos con cierta agilidad. Además, las teclas del armonio tenían un chapado satinado muy fino, que resultaba helador al tacto a bajas temperaturas. En invierno, que anochece muy pronto, había que echar las luces del retablo de San Pedro para poder ver las notas en el teclado y en los papeles, quedando a oscuras el resto del enorme templo. Algunas personas decían tener miedo a esa oscuridad, al sonido de los crujidos de la tarima del suelo al contraerse por el frío, que con una fuerte reverberación, sonaban como si fueran los efectos especiales de una película de terror. Algunas puertas chirriaban cuando hacía mucho viento. Sin embargo, Juato estaba siempre tranquilo, se encontraba en un ambiente familiar, acogedor, sagrado. Nunca tuvo miedo aun sabiendo que, al apagar las luces de San Pedro, tenía que recorrer a oscuras todo lo largo del templo parroquial hasta alcanzar las puertas de salida.

Cuando se iba acercando la hora de tocar a misa, Santiago entraba y echaba algunas luces más. El cura, mientras se preparaba para la liturgia y mientras estaba en el confesonario, iba viendo los progresos de Juato en el armonio. Una tarde sucedió lo que Juato tanto deseaba.

Mosén Remigio se acercó a hablar con él y le propuso que acompañara la misa de siete de ese domingo. El párroco no era un buen cantante, pero, al menos, entonaba y se le podía seguir. Concertaron, pues, el repertorio, y Juato acompañó por primera vez una misa con el armonio de la hermana Justa. Como la experiencia salió bien, ya el cura le dijo que podía encargarse de tocar la misa de las siete de la tarde en los domingos sucesivos y también en los entierros cuando él estuviera libre. Y aquello fue el comienzo de lo que supondría un servicio que Juato llevaría adelante durante muchos años.

Dos chicas oriundas de Pamukalé pero que vivían en Augusta, proporcionaron a Juato un extenso repertorio de partituras con cantos litúrgicos del momento, que, a juzgar por la escasa producción posterior, entonces eran bastante abundantes. Ellas mismas cantaban en la misa de siete cuando estaban, sobre todo en verano. Ensayaban antes con Juato cosa de una hora y luego cantaban la celebración. A veces combinaban la música del armonio con el acompañamiento de guitarra. Como la presencia de las dos hermanas no era permanente, había que buscar quien cantara, pues Juato no gustaba de cantar mientras tocaba; al menos, no de cantar solo y el cura no podía cantar en los momentos en que, por ejemplo, daba la comunión o pronunciaba la oración del ofertorio. Así que Juato reclutó a un grupo de cinco o seis niños, tres de ellos hermanos, y formaron un coro que duró varios años. Lo cierto es que conseguían hacer unas misas muy animadas y creaban expectación entre los fieles acerca de qué canciones harían cada vez.

Cuando los niños crecieron y se cansaron de los ensayos y de la sujeción que era cantar todos los domingos en la misa de siete, Juato y su hermano reclutaron a unos pocos amigos y amigas y formaron el núcleo de lo que más tarde sería el grupo Semá. Empezaron ensayando

los domingos y cantando la misa de la tarde. Ahora sus canciones tenían un aire mucho más juvenil, pues incorporaron más guitarras, acordeón, pandereta y otros elementos de percusión. Los fieles estaban encantados y las asambleas de esa misa iban creciendo cada vez más. El que no parecía tan encantado era el sacerdote, que, con frecuencia, criticaba el repertorio o sugería que no se hicieran algunos cantos. A veces lo decía casi enfadado y no era difícil entrar en discusión con él. Más chicos y chicas se iban sumando al grupo y, después de unos años, el cura comenzó a meterse con ellos desde las homilías. El ambiente se fue enrareciendo hasta que llegó el día en que los echó de la iglesia y les dijo que no quería que siguieran cantando en las misas. Pero el grupo no se desintegró, sino que siguió y empezó a preparar también un repertorio de canciones profanas. Tomaron la decisión de participar en el Festival de la Canción Vocacional y misionera que se celebraba a nivel de toda la diócesis. No podían presentarse como grupo parroquial, pues el párroco los había echado y ya no contaban con su respaldo, así que se presentaron como grupo independiente. En esa primera participación quedaron los segundos de su categoría, pero el jurado les animó a que continuaran presentándose a las siguientes ediciones. Y así lo hicieron. Cada año, el Festival escogía un lema; las canciones presentadas debían ser originales, inéditas y ajustarse al lema elegido para esa edición. El segundo año se presentaron con una música compuesta por Juato y una letra hecha por un compañero suyo del seminario que también se unió al grupo. La canción fue proclamada ganadora de esa edición del Festival y, en una votación diferente, fue elegida por el jurado como canción que representaría a la diócesis de Augusta en el Festival Nacional de la Canción Misionera. El grupo Semá participó en el Festival Nacional un par de meses después, compitiendo con otros veinte grupos y canciones que representaban a otras tantas diócesis de toda España. Con su canción "Caminando con Jesús", el grupo Semá se proclamó campeón del Festival Nacional y obtuvo el primer premio del certamen. Esto tuvo una cierta repercusión

mediática, pues el corresponsal de Radio Augusta iba dando buena cuenta de todos los pasos del grupo Semá en las ondas; incluso se llegó a emitir la canción de Juato. También la hoja diocesana se había hecho eco de las noticias de Semá y había incluido fotografías del grupo. El Ayuntamiento de Pamukalé organizó una cena homenaje para los componentes del grupo y toda la gente que les quiso acompañar y le hizo entrega Juato de una placa conmemorativa en mármol. En la iglesia de su pueblo ya no podían seguir cantando, pero lo hacían en discotecas, cines y plazas de toros, organizando repertorios en los que mezclaban canciones religiosas y profanas. En la edición diocesana del año siguiente volvieron a presentarse al Festival de la canción Vocacional, con otra canción de Juato y de su compañero, y volvieron a ganar el primer premio. En ese momento tomaron la decisión de no continuar concurrendo a esos festivales para que su presencia no fuera motivo de disuasión para que otros grupos pudieran participar y ganar. Semá continuó cantando y actuando hasta dos años después de que Juato se ordenara sacerdote. Para entonces, a veces actuaban sin él, pero siempre que podía, acudía y participaba.

Juato tuvo a don Remigio durante todo del bachiller como profesor de su clase de religión. A duras penas, solía seguir un libro de texto, pues la mayor parte de las clases las empleaba en

gastar todas sus energías para ridiculizar la teoría del evolucionismo, condenar y descalificar la ópera rock Jesucristo Superstar, justificar el proceso a Galileo Galilei o contar machaconamente la historia del rey Enrique VIII de Inglaterra y la ruptura de su matrimonio con Catalina de Aragón para casarse con Ana Bolena y la consiguiente ruptura con Roma para establecer los inicios del anglicanismo en el país británico. Y lo peor era que esos mismos eran los temas más repetidos en sus homilias dominicales, en las que renunciaba a explicar el Evangelio para irse por aquellos o parecidos cerros. Otras veces les traía discursos o reflexiones de algún cardenal de su gusto o de los que a él le daban en las reuniones con curas del Opus que solía tener los lunes por la mañana.

Cuando Juato tenía quince años, cayó enfermo su abuelo Marcelo. Su abuela acababa de tener una embolia, que le dejaría inválida una pierna, por lo que los dos alternaron su estancia en casa de Juato y de sus tíos hasta que el abuelo quedó en cama, bajo el cuidado de Nieves. Esa situación duró tres meses, dos de ellos en estado comatoso. Cada día, Juato madrugaba y ayudaba a su madre a cambiar el pañal al abuelo, a asearlo y a cambiarle la ropa de la cama. Después, se iba a las clases del instituto. Fue una situación larga y penosa. El hecho de ver cómo el abuelo Marcelo iba perdiendo lentamente todas sus facultades, el hecho de tenerlo en casa en coma, sin reacción visible alguna, el contemplarlo cada día viendo todo lo que había significado para él y, sobre todo, reflexionando acerca de cómo afrontó el anciano la adversidad, tanta adversidad como Juato pudo ver, ahora, indefenso, inconsciente, dependiente de los demás para todo menos para respirar, se hacía duro, muy duro. Su madre le contaba a Juato que el abuelo le había pedido a Dios que le diera una enfermedad larga antes de morir para que pudiera expiar sus pecados. Hasta ahí llegaban su bondad y su santidad. Él fue un hombre bueno, una de esas personas a las que entonces llamaban para

poner paz en las familias, para que mediara entre hermanos y parientes que tenían conflictos por unas razones u otras. En esos tres meses, Juato apenas podía concentrarse para estudiar. Estaba leyendo para la asignatura de literatura las obras de García Lorca y debía volver a leer una y otra vez cada párrafo para ser consciente de lo que leía. Finalmente, en el mes de mayo, Dios se lo llevó una mañana después de que hubiera amanecido. Con él se iban muchas experiencias de Juato, muchas vivencias, mucho amor, mucha bondad y un buen testimonio de vida cristiana. Bueno, en realidad, quien se fue era el yayo Marcelo, pero todas esas vivencias y testimonios quedaban para Juato como una herencia imborrable, de la que estaría agradecido toda su vida y que marcarían el resto de su existencia.

Desde muy pequeño, Juato había dicho que quería ser cura. A los niños con inquietudes vocacionales los solían llevar al seminario menor. Esto no pasó con Juato porque el cura del pueblo nunca se interesó por el tema. Pero claro, llegados a tercero de bachiller, había que pensarlo en serio y decidir si se daba el paso o no de entrar en el seminario ya directamente a los estudios de filosofía y teología. A Juato le gustaba el periodismo. Una dificultad que se presentaba es que la Universidad de Augusta no contaba con esos estudios entre los que ofrecía, con lo cual, había que cursarlos en Madrid o en Barcelona. Estando sus tíos Enrique y Trini y sus primos en la capital condal no hubiera supuesto un gran inconveniente cursar los estudios viviendo con ellos en su casa, pero Madrid quedaba descartado, pues la situación económica familiar no estaba para esos dispendios. No obstante, a la hora de pensar en ello y tomar una decisión, estas circunstancias no influyeron demasiado en el pensamiento de Juato, pues no lo veía un obstáculo insalvable estando en Barcelona sus tíos. Fueron más bien otras cosas las que tuvo en cuenta y las que le ayudaron a decidirse por el sacerdocio. “¿Dónde me

quiere Dios? ¿Cómo puedo servir mejor a Dios? ¿Cómo puedo ser más útil a la sociedad? ¿Desde dónde puedo hacer un mayor bien a los demás? ¿Qué me dice la historia de mi vida?”

En la respuesta a estas preguntas encontraría Juato la solución. Fue una lástima que no hubiera tenido un sacerdote amigo, un director espiritual que le hubiera ayudado a llevar a cabo este discernimiento. Lo hizo solo, pero, sin embargo, esa circunstancia propició que fuera Dios mismo quien inspirara sus pensamientos y quien guiara su decisión. En el Curso de Orientación Universitaria (COU), la decisión estaba tomada. Al final del segundo trimestre, allá por Semana Santa, Juato habló con mosén Remigio y le comunicó la decisión. Le pidió que le facilitara los pasos que hubiera que dar para entrar en el seminario el curso próximo. La respuesta del párroco le dejó frío: “Bueno, eso está por ver; no es tan fácil; ya se verá con el tiempo”. Juato comprendió que no podría apoyarse en él y que debía buscar el camino al seminario y a los estudios de teología por otro lado. Aunque él no era alumno suyo, había, sin embargo, en el instituto otro sacerdote que también daba clases en el centro y que atendía unos pueblos próximos a Pamukalé. Era Emiliano. Juato decidió hablar con él y exponerle la situación. Ya era llamativo que a él todo el mundo le llamaba por su nombre, mientras que el párroco se hacía llamar “don Remigio”. Eso significaba para Juato que había otros estilos de ser cura diferentes del único que había conocido, pues don Remigio llevaba en su pueblo como párroco desde que él tenía seis años de edad. Hablar con Emiliano fue, pues, un acierto y, para Juato, un amanecer. Se interesó por su vida, fue a conocer a su familia, analizó su proceso vocacional. Y, al final del curso, le llevó al seminario a presentarle al rector. Allí hablaron largo y tendido los tres y, finalmente, el rector le admitió y le hizo ya la ficha con la preinscripción. Estaba hecho, Juato comenzaría su preparación al sacerdocio al inicio del curso próximo. En septiembre y octubre de ese año se celebrarían en Augusta sendos Congresos Mariano y Mariológico y, puesto que el seminario servía de lugar de hospedaje para muchos congresistas, el curso

comenzaría con un buen retraso, pasadas las Fiestas de Augusta. No fue hasta entrado el mes de octubre, cuando mosén Remigio le sacó el tema a Juato: “Aquello que me dijiste de entrar en el seminario... bueno pues si quieres te acompaño un día a ver al rector”. A lo que Juato le respondió: “Ya me llevó Emiliano a finales de curso pasado y ya hicimos la preinscripción; entro en el seminario el día dieciséis”. El cura se quedó sorprendido pero ya pudo ver que su desinterés no fue una barrera para que se hiciera la voluntad de Dios. Juato había discernido hacerse sacerdote y la maquinaria necesaria para ello ya se había puesto en marcha a pesar de la negativa y los obstáculos puestos por su párroco.

Al entrar en el seminario, descubrió muchas cosas. Entre ellas, que se proporcionaba a los seminaristas un director espiritual, alguien con quien poder hablar de tus experiencias, de tu vocación, de tu historia personal, de tu experiencia de Dios, del avance de tu recorrido particular hacia el sacerdocio. Eso le vendría bien a Juato, pues hasta entonces no había podido contar con esa experiencia de acompañamiento. Otra de las reglas de juego en el seminario es que los seminaristas debían dedicar el fin de semana a ocuparse de tareas pastorales en alguna parroquia o movimiento eclesial. Juato ofreció seguir prestando su ayuda en su parroquia de Pamukalé, pues eso suponía, a la vez, el poder pasar cada fin de semana con sus padres. Los formadores del seminario le aprobaron el plan y él lo siguió al pie de la letra durante tres años, de primero a tercero.

Para entonces, Juato ya acompañaba con el órgano las misas de los sábados y vísperas de fiesta, llevaba el coro de jóvenes con el que cantaban la misa de siete de la tarde los domingos y festivos, ayudaba a Santiago en todas las tareas de sacristán y llevaba un grupo de

catequesis de chicos jóvenes, a los que les estaba dando catequesis, ininterrumpidamente, desde la primera comunión. Era el único caso en la parroquia de un grupo que hubiera continuado la catequesis, todos los cursos, desde la comunión hasta la confirmación. Además, los implicaba para que fueran tomando parte en otras actividades de la parroquia de manera ocasional. En este tipo de cosas, Juato incorporó a su buen amigo Simón y, juntos, organizaban con ellos unos días de acampada durante el verano. Alquilaban unas tiendas de campaña y se los llevaban a realizar actividades de tiempo libre en plena naturaleza. Algunos padres solían visitarles y acudían a pasar alguna tarde con ellos. También mosén Remigio acudió en alguna ocasión a celebrarles misa. Acampaban junto a una buena arboleda, al lado de un pequeño río, y muy cerca tenían una pequeña casita de campo, con un porche a la entrada, cuyos dueños prestaban las llaves por si fuera necesario utilizarla en algún caso de emergencia. Y la verdad es que vino muy bien en días de tormentas, pues permitía estar a cubierto y realizar otro tipo de juegos y actividades pisando sobre suelo seco. Había un buen ambiente entre todos y la verdad es que resultaban ser unos días muy divertidos, en los que se convivía, se jugaba hasta la saciedad (juegos de grupo, de estrategias, de mesa, deportivos) y los chavales aprendían a adquirir soltura y a ser más autónomos e independientes. Por supuesto, la educación en valores iba ya incluida en la catequesis de todo el curso. Esos días para otras cosas, quizás servían también para promover la solidaridad entre ellos y la responsabilidad de unos para con los otros, pero se trataban, sobre todo, de unas jornadas recreativas.

Juato seguía siendo el hombre de fe y de parroquia que había sido desde pequeño. En Navidad ayudaba a instalar la decoración de Niño Jesús que se daba a adorar en esas solemnidades y que daba un toque ornamental al presbiterio, en el espacio del altar mayor, en la iglesia. Para San Valero se preparaba la reliquia del santo anclada en una peana, en la que

procesionaba por el interior del templo parroquial durante la liturgia de ese día. En Semana Santa ayudaba a subir y bajar las peanas desde la cripta hasta la iglesia; a veces tocaba también ayudar a montar alguna de ellas. Igualmente, ayudaba a poner y quitar el escenario del monumento para el Jueves Santo. El lunes de Pascua se celebra la romería al santuario. Había que preparar la peana del Santo Cristo de la Luz y la de la Virgen del Rosario. Esta última imagen se bajaba del museo, pues estaba expuesta en una urna. El domingo siguiente al de Pascua se llevaba en procesión la comunión a los enfermos y para ello había que montar un palio rígido, rectangular, de ocho varas. Era una de las tareas más complicadas del año, pues levantaba más de dos metros y había que ponerle los varales uno a uno sin contar con ningún tipo de flexibilidad. Casi siempre, lo hacían solos Santiago y Juato y tocaba hacer todo tipo de equilibrismos para mantenerlo en pie. Los hombres que lo portaban en la procesión solían sudar tinta china, pues era precisa una coordinación casi exacta para poder mover los ocho varales al mismo tiempo, con la misma velocidad y con el mismo paso. A veces se turnaban con otros hombres, pues no pasaban un buen rato precisamente. Para el *Corpus Christi* había que trasladar desde el museo una custodia procesional que pesa cerca de cincuenta kilos. Se colocaba en la carroza pequeña que estaba construida para ella. Había que retirarla en cuanto pasaba la fiesta, pues la semana siguiente la misma carroza había de llevar la imagen del Sagrado Corazón para la procesión que se celebraba el día de su fiesta. En ambos casos, las mujeres la rodeaban de flores, y exhalaba un aroma envolvente a rosas, claveles y azucenas, que era una gloria. Juato siempre relacionó el olor a flores con la procesión del Corpus y del Sagrado Corazón. Más tarde, para las Fiestas Patronales, se preparaba un dosel en el altar mayor, en el que el Cristo de la Luz quedaría colgado durante la misa del día de su fiesta. Y para el día del Pilar se preparaba la carroza para la procesión nocturna con la imagen de la Virgen que una familia particular cedía en esa fecha para tal fin. Cuando había un entierro, era

necesario montar una capilla ardiente delante del altar mayor; además de la mesa donde se instalaba el féretro, se colocaban unos grandes veleros, alargados, en los que se disponían varios cirios a los lados; en la cabecera se ponía un soporte para mantener erguida la cruz procesional. Acabado el entierro, todo se volvía a recoger. También era necesario en los funerales y en otras misas, así como todos los jueves para la exposición mayor del Santísimo, encender las pastillas de carbón y manejar la naveta y las cadenas del incensario para que el cura pudiera incensar en los distintos momentos en que las normas lo disponían. Todo esto lo hacía Juato sin dejar de ayudar a misa siempre que estaba presente y de estar siempre a la disposición de don Remigio para todo lo que pudiera requerirle. Esa fue siempre la vida de Juato. Mientras que otros chicos y chicas de su edad hacían otro tipo de cosas, Juato servía en la iglesia con una ilusión enorme y se veía realizado y compensado suficientemente en todo aquello que guardara relación con Dios y con la iglesia.

Cuando Juato entró en el seminario, las campanas de la torre de Pamukalé ya funcionaban con electricidad, pero, antes de este acontecimiento, él subía a menudo cuando las tocaba Pepe y, puesto que tenía un buen sentido musical, aprendió a tocarlas con ritmo. Había que situarse mirando al Norte. En la mano derecha, las cuerdas que iban a las dos campanas más pequeñas, la Ángeles y la Rosario; en la mano izquierda, una sola campana grande, la cuerda de la campana María; la cuarta campana, la mayor, la campana Valera, iba atada mediante un lazo al zapato derecho. Dos fueron los toques que Juato aprendió, pues eran los únicos que se empleaban entonces: el de difuntos y el de las solemnidades y fiestas. Antiguamente, Juato le oyó contar a Pepe y a Santiago que había un toque específico de fuego; cuando se declaraba un incendio, se tocaba el toque de fuego para que, al oírlo, la gente saliera de casa y acudiera al lugar del siniestro. Otro toque era el de la nieve. También contaban Santiago y Pepe que,

cuando nevaba, las campanas se tocaban al atardecer para que, quienes estuvieran en el campo, sin visibilidad, pudieran guiarse por el sonido de las campanas y regresar seguros a casa. Algunas veces, este mismo toque se usaba en tardes de niebla cerrada, con el mismo propósito. El toque de difuntos era muy rítmico; sonaban con ritmo las dos campanas pequeñas y se daban varias notas seguidas con la menor de las grandes; era un compás de 4/4 y el punto trágico lo daban las notas sueltas con la campana de la mano izquierda y con la que iba atada al pie; esas eran las campanas con sonido más grave; después de varias notas sueltas alternadas, volvían al ritmo inicial. El día uno de noviembre, a eso de las diez de la noche, se daban tres toques largos. Antes del amanecer del día siguiente, el día de ánimas, volvían a tocar a muerto hasta que comenzaba la primera de las tres misas consecutivas que se celebraban por todos los difuntos. El toque festivo era de un compás de 2/4; alternaban el movimiento *piano* y el *forte*; el *piano* se hacía, mediante un ritmo determinado, con las dos campanas de la mano derecha, las pequeñas; la alternancia era con el sonido fuerte y seguido de las cuatro campanas al mismo tiempo; se volvía a alternar: primero *piano*; luego *forte*, y así sucesivamente. Cuando alguien moría, se tocaba “la señal” la tarde anterior si el entierro iba a ser al día siguiente por la mañana, y al mediodía si el entierro se celebraba por la tarde. Era la forma de hacer saber a la gente que alguien había muerto y que se interesara por saber quién y cuándo era el entierro. Hoy, que esto se ha perdido, la gente que se queja de que no se entera de cuándo hay un entierro. El toque de “la señal” era el de difuntos; dos toques cuando era mujer; tres toques si el difunto era hombre. En el momento del entierro se tocaba a difuntos cuando faltaba media hora; el segundo toque cuando faltaba un cuarto de hora; un nuevo toque cuando la cruz y el cura salían de la iglesia; otro más cuando el cortejo se acercaba a la iglesia; el último toque se daba, terminado el funeral, cuando el féretro salía de la iglesia hacia el cementerio. Todo esto lo hizo Juato incontables veces. También “la señal” de los días de

precepto. Se tocaban las campanas al mediodía de la víspera para recordar a la gente que al día siguiente se celebraba una fiesta de precepto; siempre eran tres toques con el repique de las solemnidades. El día de la solemnidad se daban los tres toques para la misa mayor. Al resto de las misas no se tocaba desde la torre, sino con la cuerda del campano. Cuando Juato se decidió a pedir que le dejaran tocarlas, al principio lo hacía junto a Pepe o a Santiago; como vieron que lo hacía bien, pronto le dejaron que subiera solo a la torre para tocar. El año que electrificaron las campanas Juato cumplió catorce de edad, lo cual indica que hacía una labor complicada, propia de un adulto, siendo aún un niño. Lo mejor de todo es que su abuelo Marcelo lo pudo ver y sentirse orgulloso del nieto al que había querido y acompañado tanto a la iglesia desde pequeño.

Antes de electrificar las campanas, había unos días especiales en los que volteaba la campana Valera, la más grande. Eran el propio día de San Valero y siempre que salía a la calle el Cristo de la Luz. En esas ocasiones, la campana daba vueltas durante todo el trayecto de la procesión. No había un momento en el que no sonara la campana mientras el Cristo estuviera en la calle. Eso ocurría el día de la romería y el día de la fiesta del Cristo. También se volteaba para anunciar las Fiestas Patronales con los cohetes de la víspera. Era todo un ceremonial, pues se necesitaban tres personas para voltear la campana, debían subirse a un entablado que estaba a una altura considerable, empujar con fuerza y estar al quite para que ni la melena ni la campana les sacara por el ojo de la torre, a treinta y cinco metros de altura, ni les golpease en el movimiento circular que dibujaba en el aire. Además, el sonido en el campanario resultaba atronador. Juato nunca participó en eso, pues no era tarea para niños, ciertamente. Lo más emocionante era cuando había una cuarta persona que repicaba las otras tres campanas mientras volteaba la Valera. Ya era estéticamente preciosa la combinación de los cuatro

sonidos, pero, como no ocurría con frecuencia, cuando se daba, aún se valoraba más.

### XIII

El verano de 1981 no fue un verano cualquiera. Ocurrieron dos acontecimientos que cambiarían, en buena medida, algunos aspectos de la vida de Juato. Él había terminado el segundo curso de teología y debía comenzar el tercero en septiembre. El día de San Fermín, el siete de julio, había madrugado para trabajar en el campo. A media mañana, a eso de las 10,30 debía pasar por el pueblo con el Land Rover trasladándose de una finca a otra. Decidió pasar por casa para beber agua fresca y ver un momento a su madre. Al llegar, Nieves estaba muy disgustada y le dijo a Juato que en esa noche habían entrado a robar en la iglesia y se habían llevado muchas cosas; que, incluso, habían profanado en Santísimo Sacramento para robar el copón que había en el sagrario. Juato dejó todo lo que tenía que hacer en el campo y se fue apresuradamente al templo parroquial. Allí, solo y deprimido, estaba Santiago. Mosén Remigio no se encontraba esa semana en el pueblo, pues se había ido fuera a unos ejercicios espirituales con los del Opus. Cuando Juato llegó, ya le habían mandado llamar y estaba de

camino. También la Guardia Civil había hecho un primer atestado. De vez en cuando, se pasaban de nuevo los agentes a ver si había llegado el párroco. Juato se quedó con Santiago, incluso sin comer, hasta pasadas las tres de la tarde, cuando el sacerdote apareció por la iglesia. Se veía un panorama desolador. Habían forzado las rejas de la ventana de la sacristía y habían accedido al templo a través de ellas. Levantaron dos barrotes tan gruesos como el puño y sacaron las piezas robadas a través del hueco. Años después, un guía local contaba una fantasía en las explicaciones que daba a los turistas que visitaban la iglesia. Les decía que habían entrado a través de la cripta y mediante un pasadizo con escaleras que la comunica con la sacristía y que, a raíz de eso, el pasadizo de tabicó. Ese pasadizo existe, pero ni Juato lo ha conocido abierto; los saqueadores entraron serrando y doblando los barrotes de la reja de la ventana de la sacristía. Los noventa cajones del calaje estaban sacados y abiertos; algunos de los objetos que contenían, por el suelo; todo lo demás, revuelto. El facistol del coro era rematado por una talla barroca policromada de la Inmaculada Concepción; la habían serrado y se la habían llevado. Faltaba la cruz procesional de plata dorada, el reloj de la sacristía, el acetre de plata con el hisopo, todos los cálices y todos los copones que había en los armarios; habían profanado el Santísimo y habían dejado todas las hostias consagradas amontonadas en la alfombra. Faltaban tres tablas con relieves del retablo del Rosario, del siglo XVI, de buenas dimensiones. Pero había un dato que ni Santiago ni Juato lograban entender. La carroza del Corpus, que normalmente está escondida en el pasillo de una bóveda baja de poco tránsito, apareció movida y situada bajo uno de los arcos de la nave central. ¿Qué hacía ahí esa peana? ¿Para qué la habían usado? Juato miraba y miraba y no acertaba a comprender qué sentido tenía aquello. Hasta que una de las veces, se le ocurrió mirar desde la peana hacia arriba; entonces vio colgando, vacía, la cuerda en la que había pendido la lámpara de ese arco. Bastó una mirada alrededor para comprobar que todas las lámparas de plata habían sido robadas.

Habían ido cortando las cuerdas una a una y para ello habían usado la carroza, para alcanzar la altura necesaria para poder cortar los cordeles que las anudaban; nueve lámparas en total repartidas por todo el templo. Realmente, si no se llevaron más piezas fue, por una parte, porque no sabían que estaba el museo y, además, no lo encontraron; por otra parte, no cogieron piezas mayores porque debieron ajustarse al tamaño del hueco que dejaron los dos barrotes serrados y doblados hacia arriba. Esa es la razón por la que no robaron, por ejemplo, un crucifijo del siglo XVII que se encontraba en la sacristía o un cristo crucificado del siglo XVI que preside uno de los retablos de las capillas laterales. Solo hace falta imaginar que el disgusto de Santiago y de Juato era monumental. Los dos se hicieron compañía en esa mañana y entre los dos localizaron los objetos que faltaban en la iglesia. Les afectó tanto que tardaron días en recuperar el apetito y en normalizar de nuevo el sueño nocturno. No pasó mucho tiempo hasta saberse que el autor de la fechoría había sido Erik el Belga y su banda, tristemente famoso saqueador de numerosas iglesias en Aragón por aquel entonces. Años más tarde, cuando ese señor fue apresado y juzgado, se comprometió a colaborar con la policía a cambio de lograr la reducción de su estancia en la cárcel. Las nueve lámparas de plata y el acetre con el hisopo aparecieron en casas de anticuarios en Barcelona. Las tres tablas policromadas del retablo del Rosario fueron localizadas y recuperadas por la Interpol en Parma (Italia). Y de los demás objetos robados nunca más se supo de ellos.

El segundo acontecimiento importante de ese verano, que marcaría un antes y un después en la vida de Juato, fue un accidente de tráfico el primer día de septiembre. Eran poco más de las seis y media de la madrugada, todavía de noche, cuando un camión embistió por detrás el remolque y el tractor en el que Juato y dos hombres más viajaban para laborar en el campo. Su padre conducía el tractor y ellos tres viajaban en el remolque. El choque fue tan brutal que los

tres salieron despedidos por los aires; el remolque, de doble chasis de hierro, se partió en dos; al sufrir el impacto, la parte trasera se abalanzó sobre la cabina del tractor y la lanza quedó retorcida como un churro. La cabina impidió que el peso y la fuerza del remolque aplastaran la cabeza de su padre. Él consiguió estabilizar el tractor cuando se tambaleó a ambos lados y resultó ileso. Los tres que iban en el remolque resultaron heridos de distinta consideración, Juato el más grave. No llegó a perder la consciencia pero tampoco percibió el relato de los hechos. Un ruido de hierros ensordecedor y se vio tirado en medio de la carretera. Una oreja rota, una fuerte brecha en la cabeza y un terrible dolor en el cuello que apenas podía sostenerse sin apoyo. Las radiografías mostraban dos vértebras cervicales fracturadas y un desplazamiento manifiesto de toda la zona cervical del resto de la columna vertebral. Además, un esguince en el tobillo hizo que le escayolaran una pierna y que debiera desplazarse con muletas. Claro, que los desplazamientos se reducían a bajar a la puerta de casa a tomar el sol y a sentarse a la mesa para comer. La toma de nolutil era continuada, pues el dolor era inmenso y necesitaba que le sostuvieran la cabeza cada vez que iba a acostarse o a levantarse. Cuarenta días después del accidente le practicaron una atrodesis cervical, consistente en injertar pedazos de hueso de la tibia en los espacios fracturados y proceder a su sujeción con una chapa de titanio fijada al hueso con seis tornillos. El neurocirujano que llevó a cabo la intervención era un doctor de renombre, catedrático en la facultad de medicina, pero era la primera vez que iba a poner en práctica esa técnica y él también tenía sus miedos. La operación conllevaba grandes riesgos e informó al paciente debidamente de todos ellos. Juato le respondió que contaba con su oración, que asumiera su responsabilidad porque Dios le iba a guiar sus manos en la intervención y que, no obstante, pasara lo que pasara, no se sintiera responsable, pues estaba en las manos de Dios y rezaba para que se hiciera su voluntad.

“Si fuera hijo mío, no iría andando por la calle” les había dicho el neurocirujano a sus padres. “Mañana, a primera hora, lo quiero ver ingresado”. Juato ya no viajó con sus padres a Pamukalé aquella noche, sino que se quedó en el seminario para evitar el desplazamiento. En esa mañana ingresó en el Hospital Clínico Universitario y cuatro días después era intervenido. El doctor tenía en fechas próximas un simposio en Estados Unidos y pidió autorización Juato para tomar los distintos pasos de la operación en diapositivas para exponerlas allí. Fue un éxito y salió todo lo bien que cabía esperar. Al despertar, todavía intubado y sobre la mesa de operaciones, lo primero que hizo fue comprobar que tenía movimiento en los brazos y piernas y dio las gracias a Dios. Por suerte, no lo llevaron a cuidados intensivos y pudo ver a su familia directamente en la habitación. La fase postoperatoria fue muy dura, pues la pierna operada para obtener los pedazos de tibia dolía de lo lindo y la intubación había hecho mella en su garganta y le producía mucha dificultad para tragar la saliva y los alimentos. Lo peor de todo es que hubo que vigilar al paciente, día y noche, para que no girase el cuello durante los siguientes doce días; debía mirar permanentemente al frente, incluso cuando dormía. Más tarde, pudo empezar a sentarse en la cama, después empezó a poder ir al baño; luego, paseos cortos en la habitación y, finalmente, por los pasillos del hospital. Veintiún días después, recibió el alta hospitalaria, aunque todavía debió permanecer tres meses convaleciente en casa y llevar un collarín de fijación cervical durante quince meses. Los otros dos heridos en el accidente no recibieron sino algunos puntos de sutura y su recuperación fue inmediata, por fortuna. Juato siempre dio muchas gracias a Dios de que le hubiera pasado a él lo más gordo, pues contaba veinte años, lo cual facilitaría su recuperación, mientras que los otros dos hombres eran más mayores y quién sabe si lo hubieran podido superar. En cuanto a Juato, la mañana del accidente acabó su trabajo en el campo para siempre, pues, a partir de entonces,

no podía hacer esfuerzos físicos ni levantar pesos. Los dolores del cuello, que se irradiaban por el hombro y los brazos, fueron frecuentes e intensos a partir de entonces, de manera que, cada ciertas horas, debía pasar un buen rato con la cabeza apoyada en un sillón o en un sofá. Esos dolores y molestias acompañaron a Juato por el resto de sus días. Pero hubo algo más; el médico que le operó le anunció que “cuando tengas cuarenta años esto te provocará otro tipo de problemas”.

Aquel verano Juato no tenía muchos ánimos para volver al seminario y cursar tercero de teología. Los estudios habían sido duros y el esfuerzo realizado también; no se sentía apoyado por el cura con el que trabajaba; el verano había sido estresante, pues trabajó en el campo todas las mañanas y por las tardes daba clases particulares de lengua y de francés; el robo en la iglesia le había afectado mucho. El mes de septiembre -pensó- serviría para reflexionar, pues tendría las tardes libres y contaría con algo más de sosiego. Pero los planes cambiaron a primera hora de aquel día uno de septiembre. Tantos días, tantas horas de cama, de reposo, de malestar, de dolores terribles, de ser dependiente completamente de otros, de visitas, de ausencias, de atenciones, de comprensiones y de desprecios, de experiencias contrastadas... llevaron a Juato a vivir una nueva experiencia espiritual, un recordatorio de dónde estaba su vocación, de dónde Dios quería que estuviera. Siempre dijo que San Pablo se cayó de un caballo y que él se había caído del remolque. Igual que Jesús salió al encuentro del apóstol, quedó ciego y más tarde pudo ver con otros ojos, él empezaba a notarse ciego, el Señor Jesús le salió al encuentro en aquella experiencia límite y eso le hizo renovar la mirada de la vocación que había recibido. No pudo comenzar el siguiente curso y debió permanecer en casa hasta las navidades, pero los compañeros de curso le facilitaron los libros que llevaban y, una vez hubo pasado todo el tema de la operación, ellos mismos le llevaban con asiduidad los apuntes que

iban tomando en las clases. Así, Juato iba estudiando por su cuenta las asignaturas de ese cuatrimestre. En enero se examinó de todas menos de una de filosofía, que dejaría para el segundo cuatrimestre, las aprobó todas e, incluso, tuvo algunas notas altas.

En cuanto pudo, se incorporó también al trabajo pastoral en la parroquia de Pamukalé. Aquel grupo de chicos al que les había dado catequesis continuada durante tantos años, llegaba ya al punto en el que debían recibir el sacramento de la Confirmación. Se fue concertando el tema con don Remigio y se buscó fecha para el final de curso. Como era el único grupo que había realizado la preparación, solo ellos se iban a confirmar. Quizá por esa o por otras razones, el párroco convino con el arzobispado que los confirmaría el vicario episcopal de zona y no el arzobispo. Tampoco era un dato relevante, pues era habitual que los vicarios confirmaran en los pueblos, pues el arzobispo solía tener una agenda muy cargada por las funciones que desempeñaba en la Conferencia Episcopal Española. El gran desacuerdo entre Juato y don Remigio llegó a la hora de concretar los pormenores de la celebración. Algunos de los chicos habían elegido a sus padres como padrinos de confirmación, pero la mayoría de ellos quisieron que Juato los apadrinara. Al fin y al cabo, era perfectamente lógico, pues les había apadrinado ya en la fe al darles tantos años de catequesis. Pero el sacerdote se opuso a ello. Aceptaba a los que habían elegido como padrinos a sus familiares, pero rechazaba que Juato pudiera apadrinar a los demás. “Que sean sus padrinos de bautismo”, sentenció. Pero eso no era posible en todos los casos, pues algunos ya habían muerto, otros se encontraban lejos del lugar... Esta cacicada, que no era sino una manifestación más de la aversión que el cura tenía hacia Juato, les indignó a él y a los chicos. El seminarista planteó el tema a los formadores del seminario; el rector intervino hablando directamente con el vicario que iba a celebrar el sacramento de la confirmación y le puso en situación. Finalmente, fue el propio vicario el que

aceptó que Juato ejerciera el padrinazgo sobre quienes le habían elegido para tal función. Y don Remigio, además de quedar mal, debió acatar la decisión del vicario, pues venía de arriba, cosa que, como es fácil de comprender, no le hizo ninguna gracia, pues se sintió vencido por ese seminarista díscolo y rebelde con el que -según sus propias palabras- debía siempre de armarse de paciencia.

Y, nuevamente, llegó el verano. Y el pamukaleño reflexionó. Llevaba toda su vida sirviendo en la parroquia de su pueblo natal. Ahora había llegado ya al ecuador de sus estudios hacia el sacerdocio. El grupo de chicos, ya confirmados, había llegado al final de la catequesis. Ya no podía trabajar en el campo y en las viñas a causa del accidente. Don Remigio siempre le ponía zancadillas y dificultades, por lo que su implicación en la parroquia, difícilmente iba a poder enriquecer su experiencia pastoral. El momento era, pues, el idóneo para elegir una nueva tarea pastoral para los fines de semana en otro lugar. Eso no solo le alejaría de los tropiezos y desprecios que siempre le procuraba su párroco, sino que le abriría a nuevas experiencias, a nuevas gentes, a nuevas referencias para su vida sacerdotal. Los párrocos que necesitaban la ayuda de un seminarista lo solicitaban a los formadores del seminario, así que Juato habló con el rector para que le asignara alguna de las parroquias que estaban en lista. El rector del seminario valoró muchísimo la determinación de Juato y le asignó la parroquia del barrio de Santa Isabel. Cuando le comunicó la decisión a mosén Remigio, sus palabras de agradecimiento a tantos años de servicio fueron estas: “Está muy bien pensado; esta decisión la debías haber tomado mucho antes”.

Antes de recibir la ordenación sacerdotal es necesario pasar por dos momentos previos, que se

dan conforme se va acercando el final de los estudios eclesiásticos. El primero de ellos es la institución de ministerios. El obispo diocesano o el rector del seminario confieren al candidato, en una sencilla ceremonia, los ministerios laicales de lector y acólito. El segundo momento es la ordenación diaconal. Esa ceremonia confiere ya el sacramento del orden y el candidato promete el celibato eclesiástico, pasando, así, a formar parte del estamento clerical. Tras una etapa de ejercicio del diaconado, el candidato al sacerdocio es presentado al obispo por los formadores del seminario y los sacerdotes con los que ha trabajado como persona idónea a recibir el orden sacerdotal. Los seis años interno en el seminario son, de hecho, una evaluación continuada por parte de los formadores. En ese tiempo, se fijan en las actitudes del seminarista, en sus capacidades, en la dedicación y capacidad para el estudio, en la superación personal y el crecimiento en su madurez, en su aptitud psicológica, en los valores que encarna y defiende, en su vida espiritual, en su vida de oración, en las relaciones con los demás seminaristas, en su coherencia de vida con el Evangelio y, por tanto, en la veracidad de su vocación. No todos llegan a ser aceptados para el sacerdocio; por unas u otras carencias, algunos se quedan en el camino. Pues bien, pasado el ecuador del cuarto curso de estudios, Juato solicitó junto con sus compañeros la institución de ministerios. Este trámite pone en marcha ciertos mecanismos procedimentales en los que se pide a varias personas el parecer sobre la idoneidad del candidato, sobre todo, teniendo en cuenta que se trata de un paso previo hacia el sacerdocio. Un solo informe negativo hace paralizar todo el proceso, aunque la decisión última corresponde al criterio del obispo diocesano. Juato ya trabajaba entonces en Santa Isabel, por lo que fue consultado el titular de esa parroquia. Sus informes fueron positivos. También los de los formadores del seminario. Sin embargo, consultaron a don Remigio, pues era el cura que lo conocía desde pequeño y había estado trabajando con él hasta el curso anterior. Los informes del cura de Pamukalé fueron negativos. La petición de

informes sobre un candidato al sacerdocio se hace mediante el envío de un formulario en el que se detallan preguntas sobre la vida espiritual y de piedad, los signos externos de una verdadera vocación y las capacidades y aptitudes necesarias para el ejercicio del ministerio sacerdotal. El sacerdote de la parroquia debe avalar su informe con la firma de dos personas laicas de la parroquia que corroboren su valoración. Mosén Remigio presentó, pues, un informe negativo avalado por dos personas de la Pamukalé, dos personas que informaban, junto con él, de que Juato no era capaz para recibir la ordenación sacerdotal. Él nunca quiso remover para saber a ciencia cierta quiénes firmaron contra él, pero, conociendo el entorno de confianza del cura, era fácil adivinar de quiénes se trataba. ¡Qué desatino firmar contra Juato para que no llegue nunca a ser sacerdote, cuando, desde pequeño, ha servido tanto en su parroquia y se ha visto tan clara su vocación al sacerdocio! Desde luego, detalles como ese ayudan bien a discernir quiénes viven para hacer la voluntad de Dios y quiénes sirven a otros intereses. Pues bien, en otros casos, con ese informe negativo, se habría paralizado todo y solo sus compañeros habrían recibido la institución de ministerios. Pero los formadores tenían un buen concepto de su seminarista. Los diálogos frecuentes entre ellos y Juato les hacían conocedores de las dificultades que tenía con el párroco de su pueblo y la animadversión que sentía por su seminarista. Juato supo por aquellas fechas que en esos cuatro años que llevaba en el seminario, mosén Remigio había llegado a visitar por tres veces al rector para pedirle que le expulsara del seminario, pues no debía llegar nunca a ser sacerdote. En el obispo pesaron más los informes que dieron los formadores del seminario y los diálogos que el propio obispo había tenido con Juato en esos años. Para contrarrestar el informe negativo, hubieron de pedir nuevos informes a otros sacerdotes que lo habían tratado y que lo conocían bien; alguno de ellos había convivido, incluso, con él en el seminario durante los primeros cursos.

Descrito esto así, parecería que conferir o no el sacerdocio a algún candidato es una cuestión puramente administrativa o burocrática, pero no; la vocación es, sobre todo, una experiencia espiritual. La palabra vocación procede del vocablo latino *vocare*, que significa llamar. La vocación es una llamada que Dios hace a una persona concreta para un encargo (misión) concreto. Dios no llama por teléfono ni te escribe un correo electrónico, pero su llamada es una experiencia espiritual. Requiere, normalmente, que quien la reciba tenga fe y esté abierto a la trascendencia. Raras veces una llamada de Dios tiene algún componente perceptible por los sentidos, sino que, más bien, es al corazón adonde Dios habla; generalmente, tampoco se trata de una experiencia aislada en un momento concreto, sino que es más bien una experiencia continuada en el tiempo. A veces hay intermediarios, puentes de los que Dios se sirve para utilizar un lenguaje más directo o a través de los cuales Dios hace su llamada. La Biblia, que es un libro de fe, recoge numerosos casos de personas que han sido escogidas por Dios para una misión concreta. En algunas ocasiones, se trata de una misión ocasional, pero, en otras, se trata de una misión de por vida. En el caso de Juato, las mediaciones fueron su abuelo Marcelo y su madre, Nieves. Esa llamada fue una experiencia continuada que nació desde niño, que continuó en el tiempo, alimentada por una vida de piedad y, sobre todo, de nutrirse en el sacramento eucarístico. Juato fue alimentado con el pan de la eucaristía ya en el vientre materno y durante toda su gestación, pues su madre participaba diariamente en el banquete de la eucaristía. En la juventud, esa vocación hubo de ser bien discernida para convertirse en la orientación que daría a toda su vida. En la etapa del seminario, esa misma vocación hubo de ser contrastada, formada y madurada, pues debía conocer y abrazar el estilo de vida del sacerdocio por lo que es en realidad y no solo por lo que había podido ver en los sacerdotes (casi en un único sacerdote en su caso) que había conocido y que podían haber supuesto hasta entonces sus modelos de referencia.

Juato trabajó pastoralmente en la parroquia de Santa Isabel durante los cursos cuarto y quinto. Al comenzar el sexto curso fue reclamado por un cura amigo suyo, con el que había colaborado en las Semanas Santas desde que entró en el seminario, para trabajar en una parroquia rural de la ribera del Íbero. En el transcurso del sexto curso, al final de la Navidad, fue ordenado diácono, junto con sus compañeros de curso, en la parroquia de Santa Engracia, en la capital aragonesa, donde reposan los restos de los innumerables mártires de Augusta, por estar en obras sus dos catedrales. Para entonces el camino estaba expedito, pues don Remigio había sido trasladado cuatro meses antes y, en esta ocasión, ya no era preceptivo pedirle informe alguno sobre el candidato. Dos nuevos sacerdotes se habían hecho cargo de la parroquia de Pamukalé y de otro pueblo del propio arciprestazgo. Ellos dos, junto con los otros con los que Juato había colaborado en sus tareas pastorales, y los formadores del seminario serían esta vez, y también en el momento de su ordenación sacerdotal, los encargados de informar sobre Juato, sobre la veracidad de su vocación, sobre sus aptitudes intelectuales, psicológicas y espirituales para el sacerdocio, y sobre el testimonio de la veracidad de su vida cristiana. Terminados los seis años de estudios eclesiásticos, fue enviado por su arzobispo a una de las parroquias rurales más grandes de la diócesis, junto a tres sacerdotes, como diácono, para completar su formación pastoral durante un curso más. También esos tres curas darían sus informes sobre Juato antes de ser ordenado, definitivamente, como sacerdote.

#### XIV

Aunque, acabado el tercer curso, Juato asumió sus tareas pastorales en otras parroquias, sin embargo, en los periodos vacacionales, que él pasaba con su familia, seguía siendo en la parroquia de Pamukalé el mismo de siempre. Continuó acompañando las misas con el órgano, ayudando a Santiago en las tareas de la sacristía, ayudando a misa y estando siempre a disposición de don Remigio hasta que se fue, y de Jesús y Gonzalo desde que llegaron. Hubo un espacio más o menos largo entre la marcha del uno y la llegada de los otros; en esas semanas, venían sacerdotes de fuera, en visitas puntuales, para celebrar la misa y Juato, como diácono que era, llevaba los domingos la comunión a algunos enfermos.

Había un paso de la Semana Santa que se había perdido, pues llevaba una década sin salir. El carro estaba en estado ruinoso, abandonado a la intemperie, en el corral que da acceso a la cripta. Era el paso de la lanzada. El caballo estaba al aire libre, apenas tapado con un saco de plástico. Los dos ladrones y el jinete estaban abandonados en un desván de las dependencias del templo parroquial. Eran imágenes talladas en madera por ese artista local que también había fabricado las famosas moñas de las discordias. El Cristo que llevaba el paso era una talla del siglo XVI que preside uno de los retablos de las capillas laterales de la iglesia. La cofradía se había desintegrado y se había dado definitivamente por perdido. Juato tuvo la idea de recuperarlo. Sería algo laborioso y largo y, además, sería complicado buscar financiación, pero era cuestión de ir paso a paso. Lo habló con su hermano, con Simón, con Rosa y algún amigo más y se convirtió en un proyecto común. En la casa de su abuela había un corral donde poder

trabajar y un amplio garaje donde se podían guardar los materiales, las imágenes y toda la carroza conforme se fuera construyendo la escena bíblica de la lanzada de Cristo en el Calvario. Establecieron las medidas que debía tener el paso completo; medidas que debían ajustarse a la necesidad que marcaban las puertas de la iglesia y de la cripta, por donde debía pasar con cierta holgura. En ese sentido, se apuraron al máximo, pues la escena que iba a representar requería unas buenas dimensiones. Por otra parte, se calculó tan bien la altura que apenas hay unos centímetros entre el vértice de la cruz del Cristo y el quicio de la puerta de salida del templo parroquial, de manera que, al acercarse a la puerta, da la impresión de que pueda colisionar. Un herrero, familiar de Simón, que tenía la fragua junto a las escuelas, hizo la estructura y el chasis del carro. Simón y Juato fueron a un desguace de coches y compraron cuatro ruedas de coche que estuvieran en buen estado, pues soportarían todo el peso. Las tallas del caballo, el jinete y los dos ladrones fueron restauradas en unos prestigiosos talleres que ciertos profesores de arte universitarios tenían en Augusta. Lo más delicado y laborioso fue curar y consolidar la figura del caballo, pues había estado al raso durante años y se encontraba muy deteriorado. Era necesario fabricar dos nuevas cruces para sendos ladrones y una tercera donde poder anclar la cruz del Cristo. Se le encargaron a un carpintero de un pueblo cercano a Pamukalé, pues dio un presupuesto más favorable y, además, tenía un hijo que quería ser cura, por lo que a la Iglesia siempre la trataba con una consideración especial. Juato y Simón fueron a recogerlas con el Land Rover y las llevaron al garaje de su abuela. Cuando el chasis con las ruedas estuvo listo, encargaron la plataforma que haría de suelo a un familiar de Juato que tenía en Pamukalé una tienda de muebles. El siguiente paso era convertir el solado de la peana en un paisaje de montaña en el que sobresalieran tres montículos, en los cuales se elevarían las tres cruces. Simón, que siempre fue un manitas, lo hizo con unos moldes sobre los que colocó arpillera de saco bien mojada en escayola. Cuando secó, los montículos eran perfectos.

A continuación, escogieron unas cuantas piedras de caliza de las pedregueras que hay por el campo y rellenaron el resto del solado y de los montículos con piedra pómez, que tiene buena vista y no pesa. Juato diseñó las sayas que cubrirían toda la estructura, con tela fruncida de panilla de terciopelo granate y una sobrefalda negra con galones rectangulares que imitaban las orlas de los soldados romanos. Había que hacer también un traje de romano para el jinete. Rosa se encargó de coser todas las telas. Faltaba poner una instalación eléctrica, pues la procesión en la que iba a salir, se celebra de noche. Juato diseñó una iluminación invisible, que dejaría ver las zonas iluminadas pero sin ver de donde procedían los haces de luz, a base de luces halógenas, ancladas a la base y direccionadas a las imágenes. Fue el primer paso que contó con ese tipo de luces. El resultado era espectacular. A don Remigio le pareció muy bien la idea de recuperar este paso porque -así se lo manifestó a Juato- le tendría entretenido durante un tiempo, aclarando que no contarían con financiación ni ayuda alguna por parte de la parroquia. En un par de años el paso estuvo listo; se había recuperado, se había formado una nueva cofradía y se incorporó, de nuevo, a la procesión del Viernes Santo. El trabajo llevó tiempo y esfuerzo y, sobre todo, hubo que dar muchos pasos, pero se hizo con mucho gusto y el resultado lo compensó con creces. Quedaba el tema de la financiación. Era también algo complicado, pero no imposible. A la hora de comenzar con la labor, se calcularon los gastos y el padre de Simón aceptó sacar un préstamo a su nombre en una entidad de ahorro para poder ir pagando a los distintos proveedores. Luego, una vez visto el resultado, se realizarían acciones concretas para ir obteniendo el importe del coste total de todos los trabajos de terceros y los materiales. Y se aplicó la imaginación llevada casi hasta el extremo. Juato se retiró, como había pensado, cuando todo estuvo hecho.

Además de las rifas y loterías que suelen hacerse para financiar cosas como esta, se decidió

solicitar al ayuntamiento la gestión del bar de la plaza de toros durante las Fiestas de septiembre. Puesto que se trataba de una actividad benéfica y sin ánimo de lucro, el ayuntamiento concedió la licencia sin comisión alguna. Una amiga y pariente lejana del hermano de Juato tenía familia en un pueblo próximo, y se trajo durante las Fiestas a un grupo de chicas jóvenes, que se implicaron a fondo en el trabajo en la plaza de toros. Eso permitió que no solo se atendiera una barra de bar, sino que se pudieran ofrecer productos directamente por las gradas. Y no fueron solo bebidas; cada mediodía compraban panes y embutidos y hacían bocadillos de diversos productos. Por las noches, la casa de Juato se llenaba de colchonetas por el suelo de toda la casa para que pudieran dormir y pasar la noche. Recargaban las cámaras para que las bebidas estuvieran frescas para la hora de los toros. Algunos días había sesión doble, pues volvía a haber espectáculos taurinos durante la noche; incluso, conciertos y espectáculos musicales. Juato se llevaba a casa cada noche la recaudación y, a la mañana siguiente, la llevaba al banco y la ingresaba en la cuenta abierta a tal efecto. La experiencia fue positiva, sobre todo por la buena colaboración, aunque supuso una verdadera paliza desde el punto de vista de la resistencia física. Para entonces, Juato ya había tenido el accidente y se había recuperado, pero sus fuerzas ya no fueron nunca las mismas de antes, aunque él no escatimaba sus esfuerzos, sobre todo si se trataba de hacer algo por su pueblo.. El importe recaudado vino bien para el fin para el que fue pensado, pero resultaba, a todas luces, insuficiente. La siguiente idea se llevó a cabo durante tres años consecutivos. Juato y su hermano llevaban dos guitarras, Simón cogía el laúd y la pandereta y Rubén, aún adolescente, se colgaba el acordeón. Cogían el coche de Juato y se iban para tres o cuatro noches a una localidad importante de la costa mediterránea. A las ocho de la tarde comenzaba la función. Se recorrían todas las terrazas posibles, vestidos de tunos y cantando canciones de la tuna. Así hasta las tres de la madrugada tocando y cantando. Tenían que echar

mano, incluso, de medicación para la garganta con el fin de que no se quebraran sus voces con tantas horas de canto sin amplificación. A las tres de la mañana acudían a un mismo lugar donde podían cenar un plato combinado. Luego, a descansar y a esperar que se hicieran de nuevo las ocho de la tarde del día siguiente. Las recaudaciones rozaban lo espectacular. Cubrían los gastos de su viaje y de hospedaje en una sencilla pensión y el resto iba para pagar el préstamo del paso de la lanzada. Con este mismo método, lograron comprar una batería para el grupo Semá. Ni un duro para ellos por su trabajo. Pero lo hacían con sumo gusto y les hacía sentirse los más felices del mundo. La gente era muy enrollada con ellos; aplaudían, vitoreaban, coreaban estribillos y echaban propinas generosas en la pandereta. No iban de paso por las terrazas, no; sabían que se lo tenían que ganar, que debían amenizar la cena de esa gente; tocaban tres o cuatro canciones completas en cada lugar antes de pasar la pandereta. Simón hasta hacía piruetas y malabarismos con ella. El dueño de un restaurante, en agradecimiento, les invitó una noche a cenar un plato de su creación y que tenía bastante aceptación entre los turistas. Era un emigrante de Latinoamérica que se había abierto camino en España con ese negocio. Se dio el caso de una señora pudiente, que quiso llevarlos a tocar en la celebración del cumpleaños de su hija, por lo cual les daría cincuenta mil pesetas. No se lo podían creer; entonces, esa cifra era un pellizco muy importante. Pero, con mucho dolor de su corazón, no podían esperar a ese día, pues otras obligaciones requerían que ya para entonces estuvieran de regreso en Pamukalé. Eran noches agotadoras, de mucho esfuerzo y cansancio, pero también eran divertidas y, sobre todo, servían a la perfección para el fin para el que habían sido pensadas. Se da la circunstancia, además, de que, en el transcurso de esos años, Juato había sido ya ordenado sacerdote, con lo cual, el último año que hicieron estas giras de tunas, él ya era cura y, sin embargo, continuó con ello con la mayor sencillez y naturalidad. Ya eran ideas originales en sí mismas, pero que un clérigo se enfundase el traje de

tuno y fuera de terraza en terraza tocando y cantando, era un plus; decididamente, un plus de genialidad. Al final, se terminó de pagar el préstamo cuando el paso llevaba ya desfilando en la procesión algunos años. De no haber sido por estas iniciativas, jamás se habría recuperado, pues, llevaba ya una década retirado y abandonado. Y, como las cosas tienden a mantener la inercia de lo que ya son, así hubieran seguido hasta echar a perder completamente la talla del caballo, que, año tras año, seguía durmiendo al raso en el peor de los abandonos. Juato veía cada año el nuevo paso montado, pero tardaría muchos años hasta poder verlo procesionar, pues, durante la Semana Santa, él debía ocuparse de sus parroquias y no era posible quedarse en Pamukalé para ver recorrer el pueblo durante la noche del Viernes Santo en la procesión del Santo Entierro, ese paso que él mismo había diseñado y por el que tanto trabajó y se cansó con tanto esfuerzo e ilusión.

A mediados del curso en el que estuvo ejerciendo como diácono, el séptimo de su formación, Juato y sus compañeros de curso decidieron solicitar ya la ordenación sacerdotal. Barajaron la posibilidad de ordenarse juntos, tal como habían hecho en su ordenación de diáconos. Pero cada cual quería arrimar el ascua a su sardina y Juato se quería ordenar en Pamukalé. En esa iglesia había sido bautizado y confirmado; en esa iglesia surgió su llamada al sacerdocio; en esa iglesia había trabajado y servido durante toda su vida... Y su gente. Quienes le habían visto nacer y crecer, quienes le habían acompañado a lo largo de su vida y de su vocación; sus catequistas, los niños y los jóvenes que había llevado él mismo en catequesis; su familia, sus amigos; sus campanas, su órgano, que tantas veces había tocado... Pamukalé bien merecía ver a uno de sus hijos recibiendo un sacramento que, posiblemente, nunca se había celebrado en su templo parroquial. Juato quería hacerse sacerdote entre su gente, quería darle un homenaje a la gente y a la iglesia de su pueblo. Decididamente, pues, se ordenarían por separado en el lugar que cada uno de ellos escogiera. Puesto que Juato era el más joven de los cuatro, escogió que su ordenación fuera la última, ya en la conclusión del curso pastoral. Ellos tres pusieron las fechas entre la Pascua y el final del curso. Juato eligió, en coordinación con la agenda del arzobispo, el domingo quince de junio, que era la víspera de su veinticinco cumpleaños. Avisó al prelado del aspecto legal al que afectaba, pues la edad canónica mínima para ser sacerdote es de veinticinco años, siendo que, en la fecha elegida, por un día solamente, Juato aún tendría veinticuatro; pero la intención era que pudiera celebrar su primera misa el día de su veinticinco cumpleaños. El obispo se lo tomó con humor y le explicó que él mismo le concedía la dispensa por un día. "Si fuera de un año -le explicó- deberíamos pedirla a

Roma, pero por un día, yo mismo te la puedo conceder". Así que se pusieron en marcha los engranajes administrativos para proceder a la ordenación. En la parroquia donde Juato ejercía su diaconado daba clases en el colegio público; esa parroquia estaba bastante distante de Pamukalé, donde iba a celebrarse su ordenación. Además de los aspectos litúrgicos, que no son pocos, este tipo de celebraciones suelen terminar con un ágape ofrecido a todos los asistentes; siempre algo humilde y sencillo. Juato pensó que era una buena idea llevarlo al santuario, así serviría de acción de gracias a la Virgen en el primer acto como sacerdote recién acabada la misa de ordenación. Claro, todo esto requería de ciertos preparativos, que el propio Juato debía afrontar y coordinar. Pidió en la escuela y en su parroquia de ejercicio que le concedieran unos días previos a la ordenación para poder acometer su organización y le concedieron dos semanas. En ese tiempo era muy complicado hacer que la gente del pueblo se organizara para participar en la liturgia, pues se trata de una ceremonia muy larga y compleja que, si no se conoce, requiere de mucho tiempo para hacerla comprender y para que los participantes no vacilen en los tiempos en los que deben salir y marcharse para intervenir. Eso podría resolverse con un maestro de ceremonias que conozca al dedillo la celebración y coordine las entradas y salidas de todos los participantes, cada uno en su momento preciso, pero tampoco era posible encontrarlo en el pueblo, por lo que la función recaería sobre el vicerrector del seminario. La solución estaba, pues, en que fueran los propios seminaristas quienes ejercieran las funciones auxiliares en la liturgia. Por otra parte, estaban los cantores y el órgano. Ciertamente que hubiera podido hacerlo el coro de Doroteo Mateo y su hijo como organista, pero nos encontrábamos con el mismo problema de desconocimiento de una celebración tan compleja. Además, debían aprender un repertorio propio de las ceremonias de ordenación sacerdotal, como el canto "Pueblo de Reyes", las letanías de los santos o el *Veni Creator Spiritus*. Si Juato hubiera contado con un par de meses para enseñar y coordinar a

monitores, lectores, acólitos, cantores y organista, todo se hubiera podido hacer con la gente del pueblo, pero, con dos semanas de tiempo, era una empresa, a todas luces, inviable, por lo que había que tomar conciencia de la realidad y tratar de hacerlo de la manera más pragmática posible. El organista de la catedral daba clase de música en el seminario y tenía un buen trato personal con Juato. Él se ofreció a tocar el órgano en la ordenación del pamukaleño, lo cual fue acogido con entusiasmo por él. Pero aún le hizo un favor más grande. Don Gregorio dirigía, además, una conocida coral en Augusta; pues bien, le ofreció también la coral. Ni que decir tiene que el ofrecimiento era sin compensación económica alguna; una cuestión de amistad y de compañerismo entre don Gregorio y el propio Juato. Todas esas circunstancias hicieron posible que Juato pudiera ordenarse sacerdote en Pamukalé, pues, de otro modo, no hubiera sido viable. Si Juato hubiera hecho su etapa como diácono en una parroquia más cercana, habría podido hacer viajes de ida y vuelta para preparar a los participantes, pero la distancia era muy larga y eso no era posible. Por otra parte, la mayoría de la gente del seminario se ordenaba en la catedral y esta ponía al servicio del candidato el organista, los cantores, el director de cantos, el maestro de ceremonias y toda su infraestructura litúrgica. Al llevar la ordenación a Pamukalé, Juato no podría contar con todo esto y debería procurárselo todo por sus propios medios. Eso suponía un gran esfuerzo de organización y coordinación para él, pero pensó que valía la pena hacerlo y poder ofrecerle a la gente de su pueblo algo tan bello y tan significativo como la liturgia de su ordenación sacerdotal, momento único para la comunidad cristiana de Pamukalé. En el ofertorio, el organista y la coral hicieron el Aleluya de “El Mesías”, de Haendel; este también fue un momento histórico, pues jamás antes ni después se ha escuchado en la iglesia de Pamukalé, en el contexto de una celebración litúrgica, esa maravillosa obra musical con órgano y coro a cuatro voces mixtas. Los seminaristas y los sacerdotes, entusiasmados, decían a Juato, con gran alborozo, que, en lo que al aspecto

musical se refiere, era la mejor ordenación a en la que habían participado en toda su vida. ¿Valoraron esto las gentes del lugar? Juato siempre tuvo la impresión de que quienes lo valoraron, lo callaron y que a los demás les dio completamente igual. En un momento de la ceremonia, cuando ya ha tenido lugar la imposición de manos sobre la cabeza del que se está ordenando y el obispo ya ha pronunciado la oración de consagración sobre el candidato, este aparece ya revestido como sacerdote. Juato quiso, que fueran los curas del pueblo, Jesús y Gonzalo, quienes le revistieran de estola recta y casulla mientras sonaba el *Veni Creator Spiritus*. En muchos lugares, a los curas que se escoge para esta función se les llama los padrinos de ordenación. En Augusta no hay mucha tradición de esto, pero los curas a los que se escoge para esta función son siempre muy especiales, pues se elige a personas que el que es ordenado considera muy significativas.

Al día siguiente, lunes, Juato presidió su primera misa. El día de su ordenación hubo cuarenta curas concelebrando; ahora, más en familia, concelebraron siete u ocho. Fue una celebración mucho menos rígida que la del día anterior, con ambiente muy juvenil, pues fue cantada por el grupo Semá, con sus guitarras, batería, sintetizador... En esta misa sí que pudo participar más la gente del pueblo. Juato se sintió muy a gusto en ambas celebraciones y sus padres disfrutaron también de lo lindo, no solo por ver a su hijo donde él siempre había querido, donde Dios siempre lo había querido, sino también por las efusivas felicitaciones de la gente. La Corporación Municipal se había ofrecido a asistir como tal al evento y sus padres recibieron una carta expresa de felicitación de la cooperativa agrícola a la que pertenecían. Ellos estaban, también, llenos de gratitud hacia todo el mundo. Juato se sentía querido en Pamukalé y se veía arropado por la gente de su parroquia, de su pueblo. Toda la vida al servicio de esa iglesia, de esa comunidad, su familia, sus amigos, hacían que se sintiera en casa. Además, en esos días

previos a la ordenación, pasaron por su domicilio familiares, amigos, mucha gente del pueblo, trayendo las felicitaciones e, incluso, regalos en la mayoría de los casos. Los padres de Juato se veían muy agradecidos por las atenciones que estaban teniendo con su hijo. Su madre le decía con frecuencia que “siempre estarás en deuda con Pamukalé, por la generosa respuesta de la gente contigo con motivo de tu ordenación sacerdotal”. Para ella nunca era bastante todo lo que se hacía por la gente de su pueblo.

Pero el día de su ordenación a Juato le invadieron las dudas. Empezó a pensar la posibilidad de que su vocación no fuera auténtica, que se tratara de una idea que él mismo se hubiera fundado desde pequeño, que la cosa no viniera de Dios, vaya. En su casa, su familia y otros amigos venidos de fuera se estaban preparando par ir a la ordenación. Juato se preparó el primero y el cuarto de baño era un continuo entrar y salir de gente que se peinaba, que se maquillaba, que necesitaba ponerse a punto para el evento. Cuando faltaba como una hora para la ceremonia, Juato se despidió y dijo que se iba a la iglesia a ultimar los preparativos. En muchos de los casos de sus compañeros, el que se iba a ordenar acudía a la iglesia acompañado de sus familiares. Juato decidió entonces que evitaría ese momento y que se iría él solo. Dijo que iba a la iglesia, pero lo que hizo fue otra cosa. Se fue a la capilla del Cristo de la Luz para rezar y reflexionar. Juato permaneció allí durante media hora. Iba a dar el mayor paso de su vida; iba a hacer realidad aquello en lo que siempre había pensado, a lo que, desde pequeño, se había sentido llamado. Pero... ¿era realmente así; o tan solo algo que él se había fundado, una obsesión personal y subjetiva que había llevado demasiado lejos? Estaba confuso, muy confuso, y eso le atormentaba. Empezó a sopesar la posibilidad de ir a la iglesia y decir que se suspendía la ordenación, que se posponía, que aún tenía que hacer un discernimiento mayor. Juato había meditado mucho en su etapa del seminario acerca de esa

petición que se hace en la oración del padrenuestro: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. No era fácil siempre discernir la voluntad de Dios. Él no quería, al recibir la ordenación sacerdotal, que fuera exclusivamente una voluntad suya; quería que fuera la voluntad de Dios. Si, finalmente, se hacía sacerdote, debía ser porque Dios lo quería, no solo porque él lo quería. Con serenidad, pero con cierta inquietud, pidió mirando al Cristo de la Luz que le ayudase en ese momento, que necesitaba una luz especial en esos pocos minutos que faltaban para afrontar algo tan trascendente. Juato agachó la cabeza, se concentró en lo que Dios quisiera hacerle ver y sentir en esos instantes. Fueron lo suficientemente largos como para que toda su vida se hiciera imágenes en su pensamiento. Sus sentimientos afloraban en cada uno de los momentos. Se vio ligado a Dios desde su infancia. Resonaba el testimonio de su abuelo Marcelo; las enseñanzas de las monjas; la vivencia de fe de su madre; sus servicios en la parroquia de Pamukalé; la etapa en el seminario; la experiencia del accidente, las dificultades, tropiezos y zancadillas que había tenido que superar... Y, a pesar de todo, ahí estaba, en ese momento previo a hacerse cura. Todo estaba preparado y organizado. Finalmente, sintió que Dios le hablaba al corazón y le hacía ver que, de no ser una vocación verdadera, él habría impedido que llegase esa hora. En veinticinco años, hubo muchos momentos en los que la vida de Juato podía haber tomado otros rumbos; pero no; Dios quería que fuera sacerdote y estaba a media hora de comenzar la misa de su ordenación. Juato recordó e hizo suyas en ese preciso momento las palabras de la Virgen María en la anunciación: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Aquella media hora de oración fue la más intensa de toda su vida; Dios puso en su pensamiento, en sus oídos, en su corazón aquello que era su voluntad. Juato volvió a pronunciar el “sí, quiero”, que tantas otras veces le había ofrecido a Dios. Con profundo agradecimiento al Cristo de la Luz, salió alegre y jovial de aquella capilla y se dirigió, casi apresuradamente, hacia la iglesia parroquial, su iglesia, donde el arzobispo ya

aguardaba su llegada. En menos de una hora, estaría postrado en el suelo, boca abajo, al pie del altar mayor mientras sonaran las Letanías de los Santos; recibiría la imposición de manos en la cabeza por parte del obispo y de los cuarenta sacerdotes concelebrantes: Sería sacerdote. Y eso en el templo en el que tanto trabajó, el que le vio nacer de las aguas del bautismo, en el que completó los sacramentos de iniciación a la vida cristiana; el templo que tanto le dio y que tanto amó. Y en su pueblo, con su gente; la que le vio nacer y le vio crecer; el que le había acompañado desde pequeño; con los cristianos de Pamukalé, la gente que también amó tanto. De entre sus bancos salió para ser consagrado mediante la oración de consagración, y subió al altar, esta vez, para quedarse, revestido con las vestiduras sacerdotales, para siempre. A la ceremonia se desplazaron autobuses desde las dos parroquias en las que había trabajado pastoralmente una vez que dejó a don Remigio a partir del cuarto curso de teología. También llegaron en un buen número de coches particulares gentes de la localidad donde había trabajado ese curso como diácono. Juato sintió que, en la ocasión, conocerían dos de los tres templos que habían sido tan significativos en su vida de fe: La iglesia parroquial y el santuario dedicado a la Virgen, pero faltaba un tercero, el del Cristo de la Luz. Una vez que pasó todo, cayó en la cuenta de que no hubiera sido posible trasladar a tanta gente a su pequeña capilla, pero que podía haber llevado la imagen del Cristo a la iglesia parroquial para que hubiera estado presente en la ordenación y en su primera misa. La ocasión era un acontecimiento excepcional y la gente, su gente, lo habría visto con buenos ojos. Después de aquella intensa oración y reflexión en su presencia, Juato sintió un profundo agradecimiento hacia su Cristo. Ya hacía tiempo que pertenecía a su hermandad, pero su inspiración a pocos minutos del comienzo de su ordenación había sido decisiva aquella tarde. En el momento de la duda, ante su imagen, la que siempre había amado, la que tantas veces acompañó, la que había portado en sus hombros en las procesiones y romerías, Juato sintió lo

que Jesús crucificado quiso que sintiera, la seguridad de su llamada a ser cura; pero ese Cristo crucificado ya sugería que, aunque ese fuera un día de gloria, su ministerio sacerdotal iría marcado por la cruz. Al fin y al cabo, la propia novena que tantas veces había recitado, contenía unos versos que resultarían proféticos: “Os ruego me concedáis vivir y morir abrazado a vuestra cruz”.

En el pequeño presbiterio de la capilla del Cristo no había un atril ni un ambón donde poner el leccionario para hacer las lecturas y predicar. Siempre que se celebraba la misa en ese lugar, las lecturas se hacían desde la mesa del altar, cosa que, desde la teología y la pedagogía de la liturgia de la Iglesia no era recomendable. Juato decidió, en agradecimiento, ofrendar un atril a tal efecto. Compró uno de forja y lo llevó a la capilla. Lo dejó en el presbiterio, en el lugar que corresponde al de la proclamación de la Palabra de Dios, pero una de las dos señoras que se encargaban del mantenimiento y la limpieza de la capilla, al verlo, se enojó.

—¿Para qué has puesto eso ahí?

—Es una ofrenda que quiero hacer al Santo Cristo con motivo de mi ordenación.

—Pues vaya zarrio... Aquí no hace más que estorbar. No se necesita eso aquí...

—Claro que se necesita; hay que hacer las lecturas desde el altar porque no hay un atril. Hace falta para diferenciar la liturgia de la Palabra de la liturgia eucarística. Cada una debe tener su espacio.

—¡Humm... Si sabré yo lo que necesita el Santo Cristo...!

Y lo retiró. Estuvo arrinconado detrás del retablo hasta que, unos cuantos años más tarde, un cura de la parroquia echó en falta un atril, lo vio y lo sacó al presbiterio. Solo entonces comenzó a emplearse. Además, ese sacerdote tuvo la buena idea de dejar el leccionario de forma permanente expuesto a los fieles, de modo que, cuando no había misa, la gente se podía

acercar y leer las lecturas del día cuando entraba a visitar al Cristo. En el momento de comenzar la misa, se volvía hacia el presbiterio para poder hacer desde él la liturgia de la Palabra.

Después de su ordenación, Juato permaneció durante el verano en Pamukalé a la espera de destino. Como era de suponer, su ordenación inauguró un período de una nueva manera de que él colaborase en su pueblo y en su parroquia. Se puso a disposición de Jesús y Gonzalo inmediatamente. En esa misma semana se dio la circunstancia de que había que celebrar dos entierros en una misma tarde y los dos sacerdotes de la parroquia se encontraban en una jornada arceprestal en otra localidad, por lo que Juato se ofreció a hacer los dos entierros. Con esas exequias estrenó su nuevo ministerio después de su cante de misa. A partir de entonces, la norma general era que Juato concelebraba con los curas de la parroquia y los sustituía cuando ellos tenían otra actividad. Aquel verano todavía se fue a la costa con sus otros tres compañeros de tuna a cantar por las terrazas y obtener dinero con el que pagar el nuevo paso de la lanzada.

En septiembre le hicieron párroco de cuatro pueblecitos muy pequeños, a una hora y media de distancia de su Pamukalé y con malas carreteras. Como quiera que tomó posesión el primer domingo y que el domingo siguiente se celebraba la fiesta de la cosecha, era la primera vez en su vida que se la perdía. Ciertamente que costaba, pero había que asumirlo y saber que, en adelante, muchas veces podría ser así. Los sacerdotes de la parroquia tenían ciertas normas a la hora de celebrar bautismos o bodas, pero esas normas no las aplicaban cuando venía otro cura y no debían hacer ellos la celebración. En muchos casos, la gente de Pamukalé acudía a Juato para que les hiciera esas celebraciones a su medida. Esto nunca generó conflicto alguno, pues, desde el primer día, él lo habló con los curas y ellos no se oponían a que pudiera complacer a sus paisanos. Para cuando Juato se ordenó, ya se había adoptado la costumbre

de dejar en los curas un día libre por semana. Juato se tomaba los lunes, de manera que se iba a Pamukalé el domingo por la noche, pasaba el lunes entero con su familia, y regresaba el martes por la mañana. Así, cada semana, normalmente, podía estar con su familia, concelebrar con los curas los lunes y confraternizar con ellos dando un paseo o yendo a tomar una cerveza. Y en los tiempos vacacionales, siempre a su disposición, igual que antes. En aquella etapa, los curas de la parroquia pidieron a Juato que compusiera un himno para la Virgen del santuario, pues otros lugares contaban con un himno para su Virgen, pero no lo tenía Pamukalé. Como son varios los pueblos de la zona que acuden en romería a honrar a la Virgen, Juato les llevó el himno para que pudiera ser cantado por los fieles de todos los pueblos que van en romería; en alguno de ellos, se hizo un arreglo para banda de música y lo interpretan con voces y banda. Esta fue otra aportación del padre Juato a su tierra natal.

Pasados los dos primeros años de su ministerio, le trasladaron a otras parroquias, tres. La de residencia era bastante más grande que las anteriores y distaba de Pamukalé tan solo treinta minutos en coche. Se daba, además, la circunstancia de que no tenía una casa parroquial decente para vivir de continuo. Era un chamizo con tejado de uralita y suelo de cemento, edificado muchísimos años atrás, aprovechando la estructura de un salón de cine parroquial, sobre el antiguo cementerio, del que no quitaron ni las tumbas. Brotaba agua constantemente de las grietas del suelo, los aros de las puertas estaban completamente podridos, la humedad subía paredes arriba y, como se puede suponer, era helador en invierno y caluroso en exceso en verano a causa de las uralitas del tejado. Arreglar eso resultaba imposible y se veía necesario rehabilitar otro edificio, propiedad de la parroquia, que antes había sido convento y colegio de monjas, como casa parroquial, con despacho, salones y vivienda para el sacerdote. Esta circunstancia hizo que, mientras se rehabilitaba el antiguo colegio, el padre Juato durmiera

dos o tres noches por semana en el chamizo y los días restantes viajara desde Pamukalé, donde vivía en el domicilio familiar. Así las cosas, resultó que pasaba mucho tiempo en su pueblo y que, incluso, cuando ya vivía en la nueva casa parroquial, podía hacer viajes de ida y vuelta con frecuencia, dada la proximidad de ambas poblaciones.

En esa época había movimiento cultural en Pamukalé. El padre Juato se planteó participar en él, pues su implicación de toda su vida en su pueblo había sido a través de la parroquia con la excepción de su participación en la escuela de Jota y en la fundación del grupo que de ella surgió. El accidente hizo que tuviese que dejar de bailar la Jota por el resto de su vida. Ahora se veía en la oportunidad de poder aportar a la sociedad también desde otras plataformas; y ninguna mejor que la cultural. La coral estaba haciendo una campaña de captación de hombres, pues andaba bien nutrida de voces femeninas, pero necesitaba la incorporación de voces masculinas, así que se inscribió en la coral como bajo y comenzó a participar en los ensayos. El director de la coral lo era también de la banda de música. Cuando pudo ver las cualidades musicales de Juato, le propuso ingresar en la banda puesto que necesitaban un percusionista (para bombo y platos, fundamentalmente), a lo que el sacerdote también accedió. Eso hacía que se pudieran compaginar bien en el tiempo los ensayos de la coral y los de la banda, pues, al ser el mismo director, los horarios no se solapaban. Las actuaciones con la coral no eran muchas a lo largo del año, aunque sí los ensayos. Sin embargo, no ocurría lo mismo con la banda de música. Tocaba todas las Fiestas Patronales, procesiones del Cristo y de Semana Santa, conciertos en verano e invierno, salidas a otros municipios para actuaciones culturales, etc. Juato lo compaginaba con sus obligaciones pastorales siempre que podía, sobre todo porque solía coger las vacaciones en las fechas de mayor actividad con la banda, pero se llegó a dar la circunstancia de haber celebrado la tarde del Viernes Santo los Oficios en

dos pueblos, haber presidido la procesión en uno de ellos y salir zumbando con el coche para llegar a tiempo a tocar en la procesión de Pamukalé. Cuando no podía ser, sus obligaciones parroquiales tenían preferencia, como debe ser. Al poco tiempo de entrar a formar parte en la banda como percusionista, le plantearon la necesidad de que aprendiera a tocar la tuba, pues se necesitaba un bajo. La tuba es un instrumento de gran volumen. No pesa demasiado cuando haces un concierto y la apoyas en las piernas, pero, cuando haces un pasacalles o una procesión y la sostienes a pulso, al cabo de cinco minutos soplando y andando, tira hacia el suelo con una fuerza magnética asombrosa. La mayor parte de los componentes de la banda eran niños y niñas, así que Juato era el candidato perfecto para tocar la tuba. Tuvo que empezar por aprender, pues la percusión no tenía gran misterio y él estaba acostumbrado a interpretar música sobre un teclado o con una guitarra, pero nunca había puesto sus labios en un instrumento de viento. A base de horas de estudio, de practicar y de ensayar, en unos tres meses ya fue capaz de actuar con el resto de la banda y de hacerlo bien. El paso por el variado repertorio de la banda, facilitó el aprendizaje y fue aumentando la pericia en el ejercicio del instrumento. El tiempo de las Fiestas Patronales se hacía especialmente largo y pesado. Juato lo hacía muy a gusto, pero eran seis días en los que apenas se podía descansar ni dedicar tiempo a otras actividades. Las dianas por la mañana, las procesiones los dos primeros días, las charangas, los pasacalles, los toros por la tarde, los espectáculos taurinos por la noche... y con la tuba a cuestas a todas partes. Resultaba agotador. Algunos años, hasta se tocaba la misa el día de la Fiesta Mayor junto con la coral. El padre Juato compuso en aquellos años una marcha de procesión dedicada al Cristo de la Luz; el director de la banda hizo una bonita armonización y solían tocarla en las procesiones del Cristo. Sin embargo, cuando la banda cambió de director, dejaron de interpretarla. No obstante, el propio Juato entregó una copia de la misma para el archivo de la hermandad del Cristo y se puede encontrar también en el

registro de la Sociedad General de Autores y Editores de España.

También por aquella época, Simón y un grupo de gente andaban poniendo en marcha un proyecto cultural ambicioso y de gran atractivo para la localidad: La implementación de una radio local. El padre Juato, que siempre había tenido el alma de periodista, se implicó con entusiasmo desde el principio. Al comienzo, los esfuerzos se los llevaba la parte técnica. Sin ayuda profesional, había que conseguir la tecnología necesaria para poder emitir. No eran grandes las pretensiones; se trataba de que las emisiones pudieran alcanzar un radio de unos ocho kilómetros a la redonda. También había que insonorizar una de las salas de la casa de cultura, colocar una antena, y ese tipo de cuestiones. Simultáneamente, había reuniones de toda la gente implicada en el proyecto para redactar unos estatutos y para ir preparando una programación con la que empezar las emisiones. Cuando todo estuvo listo, se hizo una primera emisión en pruebas. Era la tarde del día 24 de diciembre y se puso la grabación de “El Tamborilero”, cantada por Raphael. Los del grupo salieron con coches para comprobar el grado de cobertura y la calidad de la emisión. El ensayo fue satisfactorio y, después de la Navidad se comenzó con una programación regular. A programa por semana, Juato elaboró y presentó treinta y tres ediciones de un magacín llamado “Ventanal”, de media hora de duración. Tras un breve paréntesis de descanso, preparó “Fuerzas Ocultas”, un programa dedicado a la parapsicología en formato de ediciones monotemáticas, que duraban una hora, y que estaría en antena otras treinta y tres semanas. Poco más tarde, arrancó con un informativo de cuarenta y cinco minutos llamado “La Torreña” y que estaba dedicado, sobre todo, a la actualidad local. Hizo también programas especiales y reportajes, así como un trabajo intenso de reportero en la tarde de las elecciones municipales y autonómicas. En total, más de cien programas de radio.

Otra de las actividades en las que Juato se implicó fue en la comisión de cultura del Ayuntamiento. Se puso en marcha la celebración de unas jornadas musicales para institucionalizarlas en los primeros días de diciembre. Se trataba de presentar al público actuaciones de música de calidad que reunieran a la gente entorno a la música como valor cultural, haciendo que se entienda mejor y que, al mismo tiempo, sirvieran para hacer de Pamukalé un referente musical en la Comunidad Autónoma. Su frecuencia sería anual. La verdad es que el proyecto funcionó bastante bien durante unos cuantos años hasta que, por falta de presupuesto, hubo que dejar de celebrarlas. Los eventos eran muy variados. Hubo certámenes de música de bandas, recitales de tenores y sopranos, conciertos de órgano, conciertos de piano, certámenes de corales, zarzuelas... Un año se quiso homenajear a un compositor pamukaleño del siglo XIX, que obtuvo un conocido renombre por haber ocupado cargos relevantes en el mundo de la música y por composiciones que se hicieron universales. Sobre el padre Juato recayó entonces la responsabilidad de pronunciar una conferencia sobre su vida y obra. No fue fácil la obtención de los datos, pues, prácticamente, no había nada escrito. Fue a través de contactos personales, de entrevistas y visitas, como pudo hacerse con ellos. Al final, la conferencia resultó bastante digna. Y todas estas cosas, como las de la parroquia, Juato las hizo siempre con sencillez y con espíritu de servicio. Nunca se dio la menor importancia ni buscaba protagonismo alguno en lo que hacía. Para él era algo normal, algo que salía de él de forma natural, una obligación moral como ciudadano que debía llevar a cabo para aportar su granito de arena en servicio de la sociedad. Tal es así, que el único homenaje que aceptó fue el que ofreció el Ayuntamiento al grupo Semá al ganar el festival nacional de la canción misionera; y eso porque fue un hito, una gesta, pero no personal, sino de dieciocho personas que formaban el grupo. De hecho, cuando las jornadas musicales de

diciembre llevaban años rodando, a alguien se le ocurrió la idea de homenajear en un acto público a los que fueron sus fundadores y hacerles entrega de una placa o algo así, y mosén Juato ni siquiera acudió a ese acto ni recibió tal recuerdo. Nunca hizo las cosas por figurar ni por ponerse medallas. Ese tipo de actos les interesa a los políticos, que tienen que lavar su cara ante la gente para que vuelvan a votarlos dentro de cuatro años, pero no a los religiosos, que hacen más bien las cosas por su propia exigencia moral y como servicio a Dios y a la sociedad.

En 1962 se terminaban las obras de la construcción del Colegio Español de Roma, un edificio en el que residirían los sacerdotes españoles que acudiesen a ampliar estudios en las universidades eclesiásticas de la Ciudad Eterna. Se echaba encima la fecha de inauguración, que iba a llevar a cabo el papa Pablo VI y cayeron en la cuenta de que faltaba una imagen de la Virgen en la capilla. Una ausencia tan notable no podría pasar desapercibida para el Pontífice y quienes le asisten, así que, con carácter de urgencia, los obispos de España debían procurar una imagen de la Virgen para la inauguración. El entonces arzobispo de Augusta tenía un peso notable en la Conferencia Episcopal; de hecho, no tardó en ser nombrado arzobispo de Madrid. Fue idea suya encargarse personalmente de procurar la imagen mariana para la capilla del Colegio Español. Y no pensó en otra más que en una imagen policromada, de alabastro macizo, de unos cien centímetros de altura y de un peso más que considerable, de la iglesia de Pamukalé. La obra es de los siglos XV-XVI, y es denominada como “La Virgen del Coro”. Así que la pieza viajó hasta Roma y se emplazó sobre una columna en el presbiterio de la capilla referida. Lo peor del caso es que salió de España, legalmente, pero mediante valija diplomática, por lo que no quedaba constancia escrita de su traslado ni documento alguno que acreditase que la pieza era cedida o prestada con carácter temporal. Por aquello de la inercia

de las cosas, la imagen continuó estando allí desde su inauguración durante décadas. Sabiendo que debía ser devuelta, pero que habrían de hacerlo los obispos españoles, los responsables del Colegio Español pusieron una placa junto a la Virgen que rezaba: “Esta imagen es propiedad de la parroquia de Pamukalé, en Augusta, España”. El pontificado del monseñor acabó en la sede cesaraugustana y otro prelado le sucedió, pero nada se hizo para que la imagen regresara a su lugar de origen. En la memoria colectiva de los pamukaleños estaba que esa pieza de arte debía volver a la parroquia; y la placa ayudó a que todos los sacerdotes de España que pasaron años estudiando en esa residencia supieran que esa localización era provisional y que un día habría de regresar a Pamukalé; igualmente, todos los obispos de la Conferencia Episcopal Española eran sabedores del caso.

El asunto de la devolución de la imagen quedó durmiendo el sueño de los justos. El cambio de régimen político acabó con el puesto de privilegio que el arzobispo de Augusta ocupaba entre los mandamases del país. Los privilegios de valijas diplomáticas se acabaron para la Iglesia y siguieron pasando los años. El arzobispo que ordenó a Juato era presidente de la Conferencia Episcopal de España. Por entonces, nombró obispo auxiliar a don Carmelo, que había trabajado en la Secretaría de Estado vaticana. La vicesecretaría general de la diócesis de Augusta la ocupaba don Carlos, un sacerdote que había estado como coadjutor en la parroquia de Pamukalé. Ambos tenían una buena amistad con Juato. Los curas de la parroquia tenían también un interés manifiesto en hacer retornar la imagen. Desde el arzobispado se hicieron las gestiones necesarias con el colegio español en Roma, que no se oponía al retorno de la Virgen del Coro y se comprometía a favorecer su salida. Fue necesario que el obispo auxiliar hiciera los trámites pertinentes en la Secretaría de Estado del Vaticano, donde también estuvieron de acuerdo con el traslado y prepararon la documentación necesaria. El día 25 de agosto salieron

el obispo don Carmelo y un amigo personal suyo en un todoterreno, y Jesús, Gonzalo y Juato en el coche de este último, hacia Roma con el único cometido de regresar con la imagen. El 30 de agosto, a media tarde, tras un viaje de casi cuatro mil kilómetros, largo y difícil, llegaban a la iglesia parroquial de Pamukalé con la Virgen objeto del viaje. Con un toro la cargaron y con un toro la descargaron. Estuvo expuesta durante un mes en la carroza del Corpus, delante del retablo del Rosario. Después se emplazó donde se encuentra en la actualidad, tras prepararle un fondo diseñado por Juato y una columna de piedra negra de Calatorao, que la sostiene. Don Carmelo y Don Carlos (que había sido avisado para que acudiera a la recepción) levantaron acta del acontecimiento. Ese documento se encuentra en los archivos de la parroquia y en los del arzobispado. La noticia despertó la atención de no pocos curiosos y escépticos, que creyeron que nunca retornaría a su iglesia de origen y que se acercaron a contemplarla. Después, en el emplazamiento elegido, quedó perfectamente integrada en la decoración y la disposición de la abundante imaginería de todo el templo.

Poco tiempo después de esto, el padre Juato fue destinado a una parroquia mucho más lejana, la misma en la que había ejercido como diácono, por lo que hubo de cesar en las actividades que había llevado a cabo en Pamukalé, adecuando sus visitas a un día de cada quince más los períodos vacacionales. Como había hecho siempre, entonces, con otros sacerdotes ya en Pamukalé, siguió colaborando, concelebrando y quedando a disposición de ellos en los días que pasaba en el pueblo con su familia. En ese destino se estrenó como capellán de hospital. Para el padre Juato, la pastoral directa con enfermos fue todo un descubrimiento. Nunca había tratado con capellanes hospitalarios ni había tenido otro contacto con ellos que no fuera el que le ofrecieron los capellanes del hospital donde estuvo internado cuando la operación de

cervicales posterior al accidente. Recordaba con mucho cariño a don Ricardo, un cura bajito de estatura, con mucha gracia, que se sabía multitud de chistes y que siempre le hacía reír. La visita del capellán, estando internado, era un momento de solaz, un aliciente del día, pues, además de llevarle el consuelo espiritual con la comunión, le hacía pasar buenos ratos. Nunca mostró malos rollos, ni llevaba problemas ni hablaba de él, como hacen otros. Rezaba con el enfermo y le hacía reír; también con sus bromas, pues a veces decía cosas provocativas o tomaba el pelo a los pacientes cuando la situación lo permitía. Don Ricardo se convirtió en un gran modelo de referencia para estrenarse como capellán en aquel hospital. Como desde el momento que lo supo hasta que se hizo cargo de la capellanía pasaron dos meses, el padre Juato se fue a las librerías y se compró una buena bibliografía acerca de la Pastoral de la Salud, del trato y de la relación de ayuda con los enfermos. Estudió esos libros y aprendió quiénes eran los mejores autores que seguían publicando en ese momento acerca de una pastoral tan especializada, lo que le permitió seguir comprando y estudiando. Pasaba en el hospital todas las mañanas completas y dedicaba las tardes a las tareas parroquiales. En la parroquia puso en marcha el primer equipo de Pastoral de la Salud. Era un viejo proyecto, una vieja aspiración del anterior equipo de sacerdotes pero había quedado como tarea pendiente. Eso facilitó la convocatoria, pues toda la gente estaba sensibilizada con el tema y no era necesario justificar su organización, pues todo el mundo entendía la necesidad de cubrir ese sector en la pastoral parroquial. Se hizo un grupo de unas doce personas y se les dio formación durante un curso completo. El propio Juato elaboraba los materiales y las fichas que iban trabajando acerca de los puntos clave en el trato con enfermos y el lugar que la Pastoral de la Salud debía ocupar en el organigrama de la pastoral de una parroquia. Al curso siguiente, se formaron seis equipos, de dos en dos, se distribuyeron la geografía de la ciudad por zonas, y comenzaron a visitar a los enfermos en sus domicilios. Mensualmente se organizaba el trabajo

de campo, se llevaba a cabo, se ponía en común con todo el grupo, se oraba por los enfermos y se continuaba con la tarea de formación de los agentes de Pastoral de la Salud. Más tarde, ellos mismos serían autorizados a llevar la comunión. El sacerdote los visitaba, por zonas, acompañándolos a ellos, al menos, una vez al año; y siempre que era requerida su presencia. La experiencia resultó pionera en la diócesis. Además, se institucionalizó la celebración de la Pascua del Enfermo en la vida parroquial, permitiendo, incluso, que interrumpiera la sucesión de los cuatro domingos consecutivos de las primeras comuniones, algo que parecía intocable e inalterable hasta entonces. La idea que se logró transmitir era que se trataba de un acontecimiento de toda la parroquia; que requería la fuerza de organización y apoyo de todos los sectores parroquiales, que merecía concentrar en ella todos los esfuerzos de ese día y que, por tanto, la misa con los enfermos sería el único acontecimiento en el que la parroquia se centraría ese día. El primer año no solo hubo que ir contra la marea de los padres de los comulgantes, sino también de los restaurantes, pues siempre suponía una ruptura con la inercia de lo anterior y marcaba un antes y un después en las cuatro fechas hábiles para las primeras comuniones. No obstante, se intentó explicar bien por todos los medios de que disponía la parroquia y se logró. Esa jornada era una verdadera fiesta para los enfermos; se implicaban otras asociaciones e instituciones de la ciudad y los enfermos -muchos de ellos no salían de casa normalmente- participaban en una gran misa solemne, cantada por el coro parroquial, dedicada a ellos, en la que recibían la bendición, la comunión y la unción de los enfermos, y en la que se les daba un pequeño recuerdo de la ocasión.

XVII

En el año dos mil se jubiló un sacerdote que llevaba décadas como capellán en un hospital de

Augusta y Juato fue trasladado a la capital para cubrir su vacante. En ese hospital había un segundo sacerdote que esperaba también la inmediatez de su jubilación, pero, apenas pasó aquel verano, hubo de ser operado y tuvo una convalecencia de meses. Esto hizo que el padre Juato no solo tuviera que pasar su horario de mañanas o tardes (alternando) en el hospital, sino que además tuviera que cubrir las guardias del otro turno y las de las noches. En el hospital donde trabajó anteriormente, se turnaba las guardias nocturnas con uno de los compañeros de la parroquia; aquí se quedaba solo. El capellán que se jubiló residía dentro del hospital, en el que disponía de una habitación para recibir gente, con una mesa de trabajo y una cama. Junto a ella, había un cuarto de baño con ducha. Las comidas las hacía en el comedor de los médicos de guardia. Al padre Juato ese plan no le pareció una buena idea; prefería no vivir en el mismo espacio en el que trabajaba, sobre todo siendo un hospital; la vida ahí salía bien barata, pero no tenía independencia alguna, no podría acoger a sus padres, a sus amigos, a sus familiares. Hasta entonces había sido un hospital especializado para las enfermedades del tórax exclusivamente; hacía poco que se había convertido en hospital general. A Juato le ofrecieron vivir en un piso del Cabildo, junto a la catedral, y él aceptó la idea de muy buena gana. Por supuesto, a la dirección del hospital le cayó muy bien la propuesta, aunque decidió dejar a disposición del capellán las dependencias con las que había contado hasta entonces. Cuando había avisos de noche o fuera de los horarios presenciales, Juato había de recorrer cinco kilómetros hasta el hospital. A final de año, empezó a sentirse cansado, muy cansado. Después de seis meses en su nuevo destino, cayó enfermo con una sinusitis de la que nunca se recuperó. El día trece de enero, al ir a levantarse por la mañana, sintió algo que no había sentido nunca. Un cansancio que le nacía de dentro, de su interior; un cansancio vital que le dejaba sin energía, como si su sangre se hubiera coagulado o se hubiera terminado el oxígeno en el aire. El abatimiento era absoluto; apenas podía andar arrastrando los pies, y

decidió ir a las urgencias de su hospital. Le dieron medicación para la sinusitis y antibióticos, con en el encargo de volver la semana siguiente y, naturalmente, de no aparecer en ese tiempo por el hospital. Una semana después todo seguía igual. Reposo y tratamiento para una semana más. Así hasta cuatro semanas. Después de ese tiempo, las mucosidades comenzaban a desaparecer pero el cansancio permanecía y la fiebre no desaparecía. Esta vez, el personal de urgencias decidió poner al padre Juato en manos de la internista de guardia, que fue informada de la situación y de la evolución, o más bien involución, en el paciente. Para entonces ya habían aparecido unos dolores tremendos en las cuatro extremidades; también en cuello y espalda. Apenas tenía fuerza para levantar un vaso de agua. Decidieron entonces hacerle un estudio lo más completo posible con los protocolos del servicio de medicina interna. Le dieron a elegir entre hacerse las pruebas de manera ambulatoria o ingresado en el hospital. Por muchas razones, Juato pensó que lo más acertado era permanecer en su casa y desplazarse el día que tuviera citación para una prueba. Y fue acertada, puesto que una prueba conducía a otra; al haber falta de resultados, se encargaban nuevas pruebas; y así fueron transcurriendo también varias semanas. Era desconcertante para los médicos comprobar el deterioro de Juato y la permanencia de la fiebre desde la infección de la sinusitis y que nada anómalo se encontrara en cuantos exámenes se realizaban. Llegaron a pensar que se podía tratar de alguna patología de etiología mental y enviaron a Juato al servicio de psiquiatría. Le examinaron y pudieron comprobar su buena salud mental. Pero, por si acaso, le pasaron a la psicóloga del centro para que le hiciera un estudio psicológico completo. En fechas distintas, la psicóloga le sometió a más de tres horas de test, hasta tres sesiones. Después necesitó ella un par de semanas más para tabular las respuestas y llegar a las conclusiones. De nuevo el resultado fue negativo; no se encontró ningún marcador positivo y se descartó que lo que sufriera tuviera origen psiquiátrico o psicológico alguno. Entonces, se decidió que le estudiase el servicio de

neurología. Las resonancias magnéticas de la columna mostraban radiculopatías degenerativas, desgaste excesivo de discos, hernias en algunas zonas... anomalías que tenían su origen más probable en el traumatismo sufrido en el accidente y sus consecuencias, pero que no daban explicación satisfactoria a todo lo que le estaba ocurriendo al capellán. Se le dieron orientaciones para que se hiciera ver por un reumatólogo. Se sometió a varias pruebas de electromiograma, que detectaban los problemas que ya conocían en el raquis de la columna vertebral, pero que no aportaban nada nuevo que permitiera acercarse a un diagnóstico siquiera aproximado.

El tiempo iba pasando, el otro sacerdote, de muy avanzada edad, que atendía el hospital hubo de ser operado y permanecer convaleciente durante meses. El padre Juato se veía obligado, pues, a pasar casi todo el día en el hospital, intentando llevar a cabo su servicio. Pero no tenía fuerzas y los dolores apuraban aún más. Tras visitar tres o cuatro habitaciones, debía permanecer media hora acostado para reponerse. Se levantaba de la cama, visitaba otras tres o cuatro estancias y se volvía a acostar. Así pasaron meses. El tema es que, por una parte, él no podía reponerse, y, por otra, el hospital no estaba debidamente atendido, pues hubo de restringir las visitas diarias prácticamente a los pacientes que recibían la comunión y a los que avisaban para el sacramento de la unción. Además, había días en los que tenía que faltar por verse incapacitado por su malestar físico. En el arzobispado estaban al tanto de la situación, pero tampoco habían podido poner remedio a la misma por falta de personal. Llegados al mes de julio, el neurólogo del hospital, que estaba haciendo un seguimiento cercano del proceso del padre Juato, se puso muy serio y forzó que se tomara unas largas vacaciones hasta septiembre. Para entonces ya habían concedido la jubilación al otro cura y ya habían elegido a quien le iba a suceder. La incorporación del nuevo iba a producirse a comienzos de curso, pero

las vacaciones forzadas impuestas al capellán forzaron su traslado. En tres días se incorporó el nuevo y Juato se marchó a Pamukalé a convalecer con su familia. Las cosas pudieron haber tomado otro cariz si su estado se hubiera normalizado en ese tiempo, pero no fue así; más bien, nada había cambiado cuando, a comienzos de septiembre, Juato se volvió a incorporar al trabajo en el hospital. El propio personal se daba cuenta de que Juato no podía con ello. Volvió a la dinámica de los meses anteriores, cuando debía alternar visitas con reposo y cuando hubo de reducir el número de pacientes atendidos al mínimo. En octubre, se cumplían ya diez meses y no había habido una evolución positiva siquiera sutil. Por una parte, el dolor y el tremendo cansancio incapacitaban la tarea del capellán; por otra parte, persistían cada día las décimas de fiebre y no se encontraba explicación para ello. El neurólogo del hospital recomendó entonces al mosén que renunciara a su tarea en el hospital, pues su situación clínica se consideraba ya cronicada. Juato lo reflexionó por unos días, pero se veía en un callejón sin salida. Y, desde luego, independientemente de cuál fuera a ser su evolución, esas no eran formas de que el hospital estuviera atendido adecuadamente. Así que, a finales de octubre, con el arzobispo ausente por un tiempo largo, Juato presentó la renuncia a su nombramiento al obispo auxiliar. Eso precipitó que tuvieran que buscar un nuevo capellán para el centro.

Toda esta situación no habría sido necesario exponerla a no ser porque acabaría marcando el resto de la vida del padre Juato y su relación con Pamukalé, que comenzó, de nuevo, a ser más estrecha y frecuente. Cuatro años más tarde, un nuevo neurólogo, con toda la historia delante, después de una exhaustiva exploración y tras mantener una largo diálogo con él, le sometió a un test del dolor y emitió un diagnóstico claro: Fibromialgia (FBM) y Síndrome de Fatiga Crónica (SFC). Son dos enfermedades que se solapan y, a menudo, pueden confundirse la una con la otra. En la fibromialgia prima el dolor sobre el cansancio. En el SFC es el

tremendo cansancio y la falta de energía lo que prima sobre el dolor. En el caso del padre Juato se daban ambas manifestaciones en un grado muy alto, por lo que la conclusión fue que padecía ambas enfermedades. En ese momento sustituyó todos los antiinflamatorios y relajantes musculares por opiáceos y antidepresivos a bajas dosis. Ya se había demostrado que su aplicación en dosis mínimas ayudaba a aliviar el dolor en este tipo de pacientes. Ese tratamiento marcó un antes y un después, ya que, a partir de esa fecha, el dolor empezó a estar mucho más controlado. Con el paso de algunos años más, llegó casi a remitir. Sin embargo, los niveles de fatiga continuaron manteniéndose arriba de manera incapacitante. Con el paso del tiempo, se fueron incrementando los trastornos del sueño y agravándose hasta cotas insospechadas. La fiebre dejó de ser controlada, aunque tiempo después se comprobó que había desaparecido. Aquella falta de energía vital que apareció en la mañana del trece de enero de dos mil uno, no solo nunca desapareció, sino que, tras una década, se agravó todavía más y el dolor en extremidades, cuello y espalda volvió otra vez a cobrar protagonismo. Esto significa que la vida de Juato desde entonces no resulta fácil y, sobre todo, está repleta de renunciadas a las que se ve obligado por su estado físico y la incapacidad para realizar no pocas actividades.

En esta situación, Juato empezó a pasar más tiempo con sus padres en Pamukalé. Continuó con su colaboración en la catedral, pero aquellos meses de confusión, de citas y pruebas médicas, fueron también unos meses de reflexión. En un diálogo cordial y sincero con su arzobispo, el padre Juato le expuso la idea que había estado pensando de dedicarse a la evangelización a través de Internet. En aquel momento no había una gran oferta de portales dedicados a la difusión del Evangelio o a la vida de la Iglesia. Eso le permitiría poder trabajar en casa, en los horarios que pudiera y los días en que no se viera incapacitado para ello. Sin

embargo, significaba un cambio importante en cuanto a la celebración del culto y de los sacramentos, pues, al no tener tarea pastoral asignada, se vería sumido en la soledad del escritor y solo ocasionalmente podría celebrar el bautismo, el matrimonio o la unción de los enfermos. El prelado acogió el plan con entusiasmo y animó mucho a Juato a emprender ese proyecto, pues “la Iglesia debe estar presente en las nuevas tecnologías y el Evangelio también debe ser anunciado en esos ámbitos que son una nueva ocasión para difundir el mensaje cristiano”. Visto el giro radical de estilo de vida que eso suponía con la actividad que había desarrollado hasta entonces, añadió que “hasta ahora has ejercido el ministerio apostólico; no veo dificultad alguna en que desde ahora te dediques al ministerio profético, siempre que lo hagas en comunión con tu obispo y con la Iglesia universal, cosa que, en ti, no me merece la menor duda”. Al sacerdote le animaron mucho estas palabras, pues suponían no solo la comprensión de su superior con su nueva situación, sino la aprobación de un proyecto que estaba a su alcance en una vida que se veía obligado a modificar según las nuevas y duras exigencias que le imponía su deteriorado estado físico.

Fue así como Juato empezó a tener sus primeros contactos con Internet. Puesto que lo desconocía todo, pidió consejo a un par de amigos que podían ayudarle a entender su funcionamiento y el modo de crear una estructura para una nueva página web. Estaría basada, sobre todo, en ofrecer materiales para la liturgia de cada domingo, pero contendría también artículos, propios o de colaboradores, materiales para la reflexión, para la oración y un rincón literario. Juato sabía que el cocinado de este guiso no podía alargarse mucho, que había que actuar con prontitud y que se haría camino al andar, pues iría mejorando su conocimiento en la factura de estos instrumentos de comunicación y, por otra parte, un acceso a las estadísticas de visitas le iría guiando para adecuar la estructura de la web a las exigencias y los intereses

de la audiencia. Como en todas las cosas, los primeros pasos fueron lentos y vacilantes, pero no tardó en tomar carrerilla y, un año después de sus comienzos, era visitada todos los meses en más de treinta países de los cinco continentes. Año tras año iba aumentando notablemente el número de visitas y las estadísticas junto con los promedios mejoraban sensiblemente mes a mes. Sin embargo, en cuanto esta página estuvo en marcha, el padre Juato se decidió a crear una página web propia de la parroquia de su querido Pamukalé. En contacto con el párroco de entonces, que mostró un gran interés en el asunto, creó y publicó una estructura en la que se contaba la historia, el arte tanto de la iglesia parroquial como de las otras iglesias del pueblo, la organización de la parroquia, las actividades pastorales y los asientos de partidas sacramentales de cada año. Después incluyó una sección de fotografías y otra de vídeos. En esas películas fue mostrando las diversas tradiciones y costumbres de Pamukalé, por lo que era también un buen escaparate de promoción del pueblo. Esa página web fue iniciativa de Juato, él la hizo, él la mantenía y actualizaba y él corría con todos los gastos que generaba. Lo entendía como una forma más de colaboración con su parroquia y con su pueblo y lo hacía tan a gusto como cualquiera de las otras cosas que siempre hizo por su Pamukalé. La página de la parroquia se mantuvo durante casi una década hasta que tuvo conocimiento de las dos demandas judiciales por el artículo que había publicado en ella y en su blog personal. Ese fue el momento en que quedó cancelada.

El hecho de encontrarse enfermo imponía a Juato no pocas renunciaciones y sacrificios. Sus visitas a Pamukalé y a sus padres se daban con regularidad, pero había frecuentes ocasiones en las que, esperando a última hora para ver si mejoraba, debía cancelar el viaje previsto por no verse con fuerzas para ponerse con el coche y conducir. Desde que comenzaron esas enfermedades en él, la cancelación de viajes, visitas y actividades se convirtieron en algo cotidiano. ¡Cuántas

veces y con cuánto dolor en el alma debió coger el teléfono y decir: “Mamá; que tampoco hoy puedo ir; que no tengo fuerzas para llevar el coche”! Y Nieves, aunque llorando en su corazón, le decía: “Pues no te preocupes, hijo mío; otro día será; otro día podrás venir; ahora descansa a ver si te repones”. Unos pocos años después de ser diagnosticado de FBM y SFC, apareció una insuficiencia renal crónica (IRC) en estado muy avanzado. En muy poco tiempo recorrió los estadios uno, dos y tres. Al final del tercer estadio se detuvo y pasó a un estancamiento si no a un avance muy lento. La línea que marca la obligatoriedad del tratamiento con hemodiálisis no está lejos, pero el paso con que avanza actualmente es lento, muy lento. Sin embargo, esto supone ciertas exigencias en la dieta y, sobre todo, más y más cansancio, que, unido al de las otras dos enfermedades crónicas, imponen a Juato una calidad de vida bastante baja y unas condiciones duras de afrontar, aunque no consiguen mermar su buen humor y sus esfuerzos por superarse y no dejar que todas estas cosas acaben postrándole en una cama. Él sabe que, sobre todo por la insuficiencia renal, su vida está en riesgo, siempre colgando de un hilo, pero siempre lo ha vivido con calma y con paz.

Cuando el padre Juato tuvo que renunciar al hospital, al llegar la Semana Santa, se ofrecía a los vicarios a hacerla en alguno de los pueblos donde los sacerdotes van sobrecargados de parroquias y deben solicitar refuerzos para los días del Santo Triduo Pascual. Juato sabía que terminaba reventado y le costaba quince días o más reponerse, pero quería hacer ese esfuerzo para vivir también él esos días que son los más importantes del año para todo católico creyente y practicante. Hubo un momento en el que se dio cuenta de que no había celebrado nunca la Semana Santa de su pueblo; es más, no la había visto desde hacía treinta años. Decidió hablar con don Gabriel, el párroco de entonces, y pedirle si le dejaría celebrar ese año dos mil seis la Semana Santa en Pamukalé. El párroco no puso objeción alguna y le autorizó

de buena gana, siendo que él mismo decidió celebrarla en uno de los pueblos del arciprestazgo para descargar, así, a otro sacerdote. El primer acto que celebró fue la procesión del Encuentro el martes santo, con el sermón que se dice desde un balcón cuando se encuentran las imágenes del Nazareno y la Virgen Dolorosa. Al día siguiente, miércoles, rezó el *Via Crucis* en la procesión con el Cristo Crucificado. Después hizo las celebraciones de Jueves, Viernes y Sábado Santos, junto con la del Domingo de Resurrección. El lunes de Pascua concelebró con don Gabriel la misa de la romería en el santuario de la Virgen, poniendo, así, el cierre a unos días en los que disfrutó muchísimo pudiendo celebrar todo aquello que había visto tantas veces desde pequeño y que el tiempo no le había brindado antes la ocasión. Agradeció en público la colaboración de todos los que participaron y, sobre todo, a don Gabriel su buena disposición para que aquello se hiciera posible. Al año siguiente, Juato volvió a celebrar la Semana Santa de un pueblo al que lo envió el vicario episcopal. Pero pasó un frío intenso que llevó muy mal y le costó mucho reponerse. Así que pensó que ya no estaba para esos trotes de ir a pueblecitos de la sierra con iglesias-nevera, pues su salud se resentía. El año siguiente participó como pueblo en tres celebraciones de diferentes lugares que él eligió en la ciudad. Pero en dos mil ocho, con sus padres ya muy enfermos, le comunicó a don Gabriel que estaría esos días en el pueblo y que concelebraría con él los días del Triduo Sacro. El párroco le propuso que, puesto que atendía también otro pueblo de las cercanías, podrían encargarse de celebrar uno en cada parroquia, a lo que Juato accedió gustoso. Así fue como Juato celebró los oficios litúrgicos de Jueves, Viernes y Sábado Santos por segunda vez en Pamukalé. Don Gabriel había tenido un bajón en su salud y no se comprometió a atender otro pueblo más como había hecho en la anterior ocasión.

Los días de Jueves y Viernes Santos acudía a los oficios la Corporación Municipal y Regio,

ajeno al acuerdo tomado entre los dos sacerdotes, criticaba a Segarra a sus espaldas porque se erigía él en protagonista, quitándole el protagonismo al párroco del pueblo.

El padre y la madre de Juato habían presentado un agravamiento en sus respectivos estados de salud y ya no podían resolver las cuestiones de tipo doméstico y de la vida cotidiana por sí mismos, por lo que los dos hermanos habían contratado a una persona que se encargara de hacer la limpieza, las compras, el lavado y planchado de la ropa e, incluso, la comida y la cena. Pero en ese año dos mil ocho, después del verano, su deterioro había avanzado bastante. Juato tomó entonces la decisión de concentrar entre el domingo y el martes sus obligaciones en Augusta, de forma que pudiera pasar con sus padres desde el miércoles hasta el sábado. Eso hizo que Juato pasara más tiempo en Pamukalé, aunque era tiempo que dedicaba a sus padres y no a otras actividades. Sin embargo, en la vida diaria, él acudía a la misa regularmente. Cuando el párroco le pedía que presidiera, él lo hacía; y si le pedía que predicara, él predicaba; y si le pedía que le sustituyera en la misa o en la celebración de algún entierro, él le suplía. Sus frecuentes apariciones en público y de una manera continuada provocaban que se hiciera notar. Juato nunca había hecho las cosas en clave de protagonismo, de centrar la atención en su persona ni mucho menos de promocionarse entre los suyos. Su hacer, ya desde pequeño, miraba hacia el público como un servicio prestado, un servicio del que no esperaba compensación alguna ni agradecimiento de nadie. Es cierto que las personas a las que no les gustaba su hacer solían criticarle a las espaldas, pero esas cosas, en una comunidad pequeña, forman parte del critiquero y el chismorreio; como es natural, uno no va a hacer las cosas al gusto de todos ni va a complacer a todos con sus formas. Cuando algo de esto llegaba al conocimiento del mosén, ni se inmutaba, pues siempre había considerado que solo él conoce sus propios sentimientos y la disposición con que enfrenta sus acciones hacia el

público y que este podía errar en sus percepciones. Otras personas solían mostrarle su complacencia y agradecimiento por unas palabras que había dicho, por una homilía de un día concreto, por la forma en que habló de una persona en su entierro... Es cierto que personas notables de la vida de la parroquia nunca se manifestaron delante de él acerca de lo que hacía o del juicio que se hacían de su manera de actuar, pero tampoco era algo que a Juato le preocupara, pues no era ese el motivo por el que había hecho siempre las cosas ni en su parroquia de origen ni en las que tuvo a su cargo. Una de las características de su estilo es que, en su forma de celebrar las misas y las ceremonias, nunca fue un actor encorsetado por las normas ni por el ceremonial, ni tampoco exhibía un estilo que le hiciera distante de la asamblea; él actuaba siempre con naturalidad; si tenía que detenerse a hacer algún comentario, lo hacía; si tenía que dar una explicación, la daba; si tenía que amonestar, también lo hacía. Esas formas distendidas de proceder no le encumbraban en un pedestal, sino que le hacían más humano y accesible; no le situaban por encima de quienes le escuchaban, sino que se ponía al nivel de todos sabiendo que era uno más entre ellos aun cuando a él le tocaba dirigirse al público, convocar y disolver la asamblea, ejercitar los gestos y decir las palabras que realizan los sacramentos. Sin embargo, algunas de esas personas que durante tantos años no se manifestaron con él, pareció que dormían agazapadas hasta el momento en que faltasen sus padres para poder atacarle y devorarle cual predadores que buscan su alimento en la sangre de sus presas. Lo acusaban de altivo, de soberbio, de prepotente, de cosas que, ciertamente, no iban con él. Tras la muerte de su madre, la operación de acoso y derribo se había puesto en marcha.

Cercana la Navidad del año dos mil ocho, el padre de Juato sufrió una crisis de la que no llegó a reponerse. Requirió ingreso hospitalario, que fue casi continuado hasta que falleció a

mediados de febrero del dos mil nueve. Otros sacerdotes, cuando han muerto sus padres o sus más allegados, han preferido que otro celebrara las exequias; algunos las han celebrado personalmente, pero encargando a otro que pronuncie la homilía. Juato, rodeado de treinta sacerdotes, asumió la responsabilidad de celebrar y predicar el entierro de su padre, ofreciendo, como en otras ocasiones, un testimonio de paz y de serenidad. Es la posibilidad de ofrecer un testimonio en primera persona del sentido cristiano de la muerte, de la fe en la resurrección y de la esperanza en la vida eterna lo que hizo que se decantara por asumir personalmente ese nuevo servicio que podía ofrecer a los suyos, a la comunidad de Pamukalé y a sus familiares y amigos.

Cuando murió el padre de Juato, la enfermedad de su madre estaba ya muy avanzada y ya hacía tiempo que ella no podía valerse por sí misma. La implicación personal de los dos hermanos, de la persona que le atendía en casa y de un tío de Juato, hermano de Nieves, fue decisiva en el recorrido de los quince meses que separaron su fallecimiento del de su marido. Su patología era un tipo muy agresivo de la enfermedad de Alzheimer, llamado Cuerpos de Lewy, del que venía siendo tratada desde cuatro años antes. Para Juato resultó desgarrador que el propio estado de salud tan deteriorado y que le imponía tantas renunciaciones, le impidiese también atender personalmente en lo físico a su madre hasta el final. Y es que, cuando ya no fue posible que se quedara sola ni cinco minutos durante el día, hubo de trasladarla a la residencia del pueblo, donde pasó los tres últimos meses hasta la fecha de su muerte a primeros de junio de dos mil diez. Sin embargo, todos los de casa entendieron que no se trataba de abandonarla en la residencia, sino de que era en el lugar donde mejor podía resultar atendida en esa fase final de su cruel enfermedad. De hecho, se mantuvo en la misma compañía que tenía en su domicilio hasta el propio día en que Dios la llamó de esta existencia.

Cuando expiró, tenía cada una de sus manos tomada por uno de sus dos hijos, algunas pocas personas que estaban en la habitación y el párroco colombiano rezando en voz alta. Unos momentos antes, la habitación se llenó de un intenso aroma a flores y la luz de la habitación cambió de intensidad; la mirada de Nieves se fijó en un punto alto de la estancia, se cerraron sus ojos y exhaló su último aliento; no hubo estertores. El padre Juato contó la experiencia vivida en su blog, en Internet. Era primer viernes del mes de Junio, doble referencia al Sagrado Corazón de Jesús, ante cuya imagen rezaba cada noche de su vida. Su entierro no fue una misa de difuntos porque se celebró a la hora de misa mayor del día del *Corpus Christi*, con el féretro literalmente rodeado de flores blancas que habían traído unos y otros. Nieves había vivido con fama de santidad y su muerte fue también una expresión de santidad. De nuevo, el padre Juato vio propicia la ocasión para dar testimonio en primera persona, y decidió celebrar y predicar el entierro de su madre. En el verano de 2009 se había producido en la parroquia de Pamukalé el cambio de don Gabriel por el nuevo párroco que, natural de Colombia, llevaba ya varios años en la diócesis y había tenido anteriormente otros dos destinos, en los que dejó un buen sabor de boca por su entrega personal y su humildad en el estilo con que hacía las tareas pastorales.

## XVIII

Fue con la muerte de Nieves reciente cuando le pidieron a Juato que interviniese ante el arzobispado para que trasladasen al párroco, cuando ni siquiera había cumplido un año desde su designación para la parroquia de Pamukalé. Ya, en sí, le pareció un despropósito, pero cuando descubrió que la motivación era racista, se rebeló contra la operación por todo lo que encerraba de injusto y de abandono de los valores cristianos en los que, se suponía, vivían al participar de la misa y de la comunión. Para el padre Juato, ningún ser humano debería ser tratado así. Pero el día en que se veía que iba morir su madre, él llamó a su párroco para

advertirle y decirle que tendrían que localizarlo esa noche. No era necesario darle los sacramentos, pues ya le habían dado la unción de los enfermos cuando ella era todavía consciente. Sin embargo, el párroco no se quedó esa noche en su casa; acudió de inmediato a la residencia de mayores para estar con su compañero y amigo en ese trance difícil y doloroso. Se quedó junto a él hasta que su madre falleció. Y, en el momento en que se produjo el deceso, él rezaba y rezaba en voz alta. Al día siguiente se pasó varias veces por el velatorio y, por supuesto, dio toda clase de facilidades para la celebración del entierro, que iba a producirse al mediodía del domingo, solemnidad del *Corpus Christi*. ¿Cómo podía el padre Juato aprobar la expulsión de su párroco por motivos racistas? ¿Cómo colaborar en una injusticia, en un pecado tal? ¿Y cómo traicionar su compromiso cristiano? ¿Cómo traicionar al amigo y compañero que estuvo junto a él y que oró cuando su madre se iba de este mundo, sin haberle pedido que acudiera?

En aquel verano, Juato continuó yendo a Pamukalé con regularidad e, incluso, pasó allí buena parte de sus vacaciones. Fue en ese otoño cuando tuvo lugar el desgraciado incidente con la venta de las dos moñas a los gitanos, el aviso de la mujer del chapista al alcalde, la manipulación del asunto por parte del edil, la reunión de acusación convocada por el contable de la parroquia y la sesión del consejo pastoral en la que Juato participó para dar su testimonio sobre el párroco. Juato siguió pensando que estaba en familia, que estaba entre los suyos, que era su gente y sus paisanos, que le aceptaban y le querían. Sin embargo, qué lejos estaba de la realidad. En aquella reunión del consejo de la parroquia estaban las personas que más se significaron en su lucha posterior contra él. Creído de todo ello, se acercaba la fecha en que se iban a cumplir los veinticinco años de su ordenación sacerdotal y pensó celebrarlo en Pamukalé, con su gente, con su comunidad cristiana de toda la vida, con los mismos que le

habían visto crecer y habían visto desarrollar su ministerio sacerdotal desde entonces; en su iglesia, en la que había recibido los sacramentos de iniciación, en la que había trabajado toda su vida y en la que recibió el orden sagrado del sacerdocio.

Juato y su hermano habían intentado en numerosas ocasiones que su madre expusiera los cuadros y tapices al óleo que tenía en su casa y otros que había regalado. Ella siempre se negó; decía que no quería exponerlos en vida, que sería como darse importancia y que no quería estar recibiendo felicitaciones por una exposición de sus cuadros. Ella pintaba para Dios, para su familia y por pura realización personal. Sin embargo, no se oponía a que sus hijos los expusieran cuando ella hubiera muerto. Así las cosas, en la homilía de su entierro, el padre Juato anunció que su hermano y él organizarían esa exposición. La celebración, en dos mil once, del veinticinco aniversario de su ordenación coincidía en los mismos días en que se cumplía el aniversario de su fallecimiento. Juato pensó que podía ser una ocasión propicia para incluir la exposición en los actos del aniversario. Se trataría también de recopilar otras obras que había en otras casas porque ella las había hecho para familiares o amigas. En cierta ocasión, le encargaron un óleo de la imagen de una Virgen, patrona de un pueblecito de la provincia de Cuenca, que había sido robada de su ermita, y que debía copiar de una foto tomada en una procesión anterior a la sustracción. Juato y su hermano llegaron a viajar a ese pueblecito, no con la idea de traer el cuadro, pues generaría desconfianzas en sus propietarios, pero le hicieron varias fotografías y ampliaron una de ellas a tamaño natural para que también estuviera presente en la exposición.

Otro motivo en el que Juato quería centrar los actos de sus bodas de plata sacerdotales era hacer un homenaje al Cristo de la Luz. Y no solo por su devoción hacia él de toda la vida, sino

como agradecimiento por el papel tan importante que acabó jugando para él el día de su ordenación al sacerdocio; aquella luz que recibió de él en su oración cuando le asaltaron las dudas y llegó a estar dispuesto a cancelar la ordenación minutos antes de que diera comienzo. Juato siempre guardó un gran sentido de agradecimiento porque, ante su imagen, Dios le hizo ver que le había elegido para el sacerdocio y le invitó a confiar en él lanzándose desde el trampolín con los ojos cerrados y sin exigir mayores evidencias. Eran suficientes las evidencias presentadas en la historia de su vida, sobre todo la superación de tantos obstáculos como se habían presentado para impedir que fuera ordenado. Profundamente agradecido, Juato quiso realzar la figura de su Cristo de la Luz y darle el principal protagonismo en la celebración de sus bodas de plata: Compondría para él un *Via Lucis*. Por ser un Cristo Crucificado, a él se dedica la oración del *Via Crucis*; sin embargo, en Pamukalé se celebra con él la Pascua de Resurrección, pues se lleva en procesión al santuario y se le hace una novena en los días de la octava de la Pascua. Pues esta vez, Juato le dedicaría diez meditaciones acerca del acontecimiento de la Resurrección. Se expondría una de ellas cada día, en diez días consecutivos, y sería un homenaje de gratitud hacia el Cristo de la Luz. Dos iban a ser, por tanto, los hilos conductores y los acontecimientos con los que celebraría su veinticinco aniversario con su comunidad cristiana de Pamukalé: el homenaje al Cristo y la exposición de los cuadros de su madre. Con ello creyó también estar honrando al pueblo y a la parroquia.

Ocurre que la iglesia del Cristo se queda demasiado pequeña cuando hay algún acontecimiento extraordinario. El último día del *Via Lucis* iba a coincidir en domingo. Ese día se iba a clausurar la exposición de los óleos de su madre y se iba a celebrar una misa baturra a la que asistirían casi un centenar de personas venidas de las parroquias donde Juato había trabajado durante su ministerio sacerdotal. Su intención era que conocieran su pueblo, que

vieran su historia desde pequeño y los lugares donde se había fraguado su vocación al sacerdocio: la iglesia parroquial, la del Cristo de la Luz y el santuario de la Virgen. Puesto que la celebración del *Via Lucis* se iba a extender por diez días consecutivos, comprendería dos fines de semana, por lo que lo más aconsejable era trasladar la imagen del Cristo a la iglesia parroquial para que permaneciera allí en esos días, al modo en que se hace cada año en la Pascua de Resurrección. El primer día del *Via Lucis* sería su traslado al templo parroquial y el último día se trasladaría de nuevo a su capilla. Pero Juato no podía decidir esto por su cuenta, pues el Cristo es propiedad municipal y cuenta, además, con una hermandad. Se trataba, por tanto, de proponer la idea al alcalde, al párroco y a la hermandad. Alcalde y párroco no pusieron objeción alguna al plan que Juato les presentó. Ese año, acudió a la reunión anual de la hermandad del Cristo. El sacerdote pudo comprobar en su transcurso que no suscitaba muchas simpatías entre los asistentes, pues algunos le atacaron sin piedad cuando planteó un par de cuestiones relacionadas con el desprecio que sufrían los curas cuando celebraban la misa en la capilla del Cristo, sobre todo por las personas que se ocupaban de su cuidado. Uno de ellos le espetó que “nadie es profeta en su tierra”. Otro le dijo que le recordaba a don Remigio, que siempre quería dominarlo y controlarlo todo. Sin embargo, llegado el momento de plantear el pensamiento del homenaje al Cristo y su traslado a la iglesia parroquial durante esos diez días, nadie se opuso. Cuando el asunto ya estaba cerrado y autorizado, solo el que ejerce de presidente manifestó alguna duda: “Pues yo, cuando supe tu idea, pensaba decirte que no, más que nada por el precedente que supone; pues si tú, para celebrar las bodas de plata de tu profesión, vas a sacar al Cristo a la calle, a partir de ahora, podrán pedir lo mismo los que lleven veinticinco años vendiendo lechugas en el mercado o podando viñas, por poner algún ejemplo”. El padre Juato creyó que esas palabras se descalificaban por sí mismas. No entienden lo que es el sacerdocio. No entienden que se trata de un homenaje a Jesucristo

crucificado. No entiende que es relacionar la religión con la religión y no con lechugas o con sarmientos. No obstante, el último día del *Via Lucis*, en su homilía, Juato reivindicó: “Que siente precedente, sí; cuando otro cura natural de Pamukalé, que haya sido ordenado en Pamukalé y lleve más de treinta años perteneciendo a la hermandad del Cristo, celebre sus bodas de plata sacerdotales y quiera hacerle un homenaje al Cristo, se lo permitís porque me lo habéis permitido a mí. Pero si quien lo pide lo hace para celebrar que lleva veinticinco años vendiendo lechugas en el mercado o podando sarmientos, le decís que celebre sus veinticinco años con sus lechugas y sus sarmientos. Que pueda celebrar con el Cristo el que lleva veinticinco años siendo sacerdote de Cristo”.

Juato quería hacer las cosas con discreción. Iba a ser una fiesta muy discreta y no quería llamar en exceso la atención. Así, en la reunión de la hermandad, propuso trasladar al Cristo en sus propias manos y no en el dosel que se usa para las procesiones. La talla del Cristo mide noventa y seis centímetros de altura y su peso no supera los cinco o seis kilogramos, por lo que es manejable. Por otra parte, el traslado se haría por el recorrido más corto, lo cual hace que no tenga una duración mayor de seis o siete minutos. Sin embargo, los componentes de la hermandad no aprobaron la manera en que el padre Juato propuso. Impusieron que debía salir a la calle en uno de los dos doseles con andas. Hablaban de usar el que se lleva al santuario, que es más manejable, pero, puestos a elegir, Juato prefirió usar el bonito, que es el que se emplea en las procesiones por el pueblo. Impusieron también que debía ir acompañado por la banda municipal de música y que debía entrar y salir, en todas las ocasiones, con el Himno Nacional, como era costumbre en sus procesiones. Así pues, hubo que solicitar al alcalde que pusiera el ayuntamiento el acompañamiento de la banda de música para el traslado del viernes desde su iglesia al templo parroquial. Preguntado por el repertorio, Juato eligió la marcha

llamada “Triunfal” para el corto recorrido y el Himno Nacional para la entrada y la salida. El alcalde se mostró complaciente en todo, pero Segarra aclaró con él que si él debía pagar a la banda, el Cristo no se movería de donde estaba. Regio se echó a reír cuando lo hablaron y le dijo que no se preocupara por eso, que no le iba a cobrar el servicio de los músicos. Como el traslado de retorno a su iglesia se iba a hacer después de una misa baturra, Juato propuso que la propia rondalla acompañara al Cristo en ese momento, por lo que no sería necesario volver a molestar a la banda de música. Se le dijo que sí, siempre que se interpretara el Himno Nacional a la salida y a la entrada de la imagen. En la reunión de la hermandad se llegó a decir que debería acudir a los dos traslados la Corporación Municipal, cosa que el padre Juato rechazó de lleno. Tras un debate sobre el asunto, se dejó la decisión a juicio del alcalde, quien, al ser consultado sobre el tema, se mostró de acuerdo con Juato en que aquello no procedía. En resumen, que Juato quería hacer los traslados del Cristo de la Luz a la iglesia parroquial y su retorno con la máxima discreción, pero la hermandad, autorizando por una parte los actos, imponía, por otra, el boato y la pompa, contra el criterio del planteamiento de la idea.

Pasaron casi tres meses entre la reunión con la hermandad y la celebración de los actos del *Via Lucis* con motivo de las bodas de plata sacerdotales de Juato Segarra. En ese tiempo un solo elemento fue creando un sentimiento contrario a la idea inicial y de rechazo a los actos programados. Fue Demon, que quiso desvirtuar el asunto y echar a la gente contra el cura Segarra. Lo había intentado antes con otras cosas, pero esta vez le salió bien. El planteamiento consistía en decir que el padre Juato quería lucirse y que sacaba el Cristo para adornar su fiesta. Que se trataba de un asunto particular y privado y que el Cristo de la Luz no estaba para las celebraciones privadas. Que esto era una manipulación egoísta y se utilizaba un bien público (el Cristo) para que Juato se diera importancia y llenara los actos de su fiesta de

aniversario. Que otros podrían sacar al Cristo a la calle con el pretexto de cualquier fiesta particular y de carácter privado. Además, las pobres mujeres que aprovechaban la hora de la compra para entrar a visitar al Cristo en su iglesia de la calle mayor, ahora verían cerrada la iglesia del Cristo nada menos que por diez días. Quedaba completamente desvirtuado el sentido que daba lugar a la justificación del *Via Lucis* y se atacaba a la persona del cura. Era el segundo acto de la venganza de Demon. Incluso algunos de los que participaron en la reunión de la hermandad y habían vivido el origen del proyecto y dado su aprobación, ahora desautorizaban el plan de Juato con los argumentos de Demon. De vez en cuando, Juato hacía obsequios a la parroquia de Pamukalé en cosas que venían bien o que se necesitaban. No hacía mucho, se había procedido a la pintura de los tres atrios, pero se habían dejado sin pintar las rejas de los atrios de entrada y salida. Los tonos de pintura anteriores eran blanco y gris, siendo negro el color de las rejas. Ahora habían pintado en ocre y marrones, por lo que Juato encargó a un operario que las pintara de color granate, a su cargo. Esto también fue ampliamente criticado por Demon, creando opinión en contra, pues se había hecho sin consultarle y la decisión no fue suya. La ocasión de sus bodas de plata sacerdotales le pareció propicia a Juato para hacer una serie de obsequios buscando la proporcionalidad de cinco a uno comparativamente con el discretísimo gasto que iba a llevar la celebración de la fiesta. Entre esas ofrendas estaba la restauración de la corona de la Virgen del santuario. Es una corona bonita y sencilla de latón, que estaba completamente desajustada en sus piezas y que presentaba oxidaciones y suciedad que le quitaban todo brillo. Puesto que también la Virgen y el santuario son bienes municipales, el padre Juato le propuso la idea al alcalde Máximo, que, también en esto, se mostró de acuerdo. Naturalmente, informó a la hermandad de la intervención que se iba a hacer. Es más, fue la propia brigada del ayuntamiento la que desmontó la corona de la imagen y la entregó a Juato. El sacerdote había contactado con unos

talleres de orfebrería que trabajan para la catedral. Cuando el técnico vio la corona, le aconsejó al pamukaleño renunciar a darle un baño de plata, tal como era su idea, pues, dijo, era una buena pieza que, una vez restaurada, podría brillar con luz propia durante muchos años, pues estaba bien hecha, era bonita y, sobre todo, no requería mayor intervención que los ajustes mecánicos necesarios y la limpieza del óxido y la suciedad. Esa fue la opinión del orfebre; no obstante, ambos convinieron que, si el resultado no fuera satisfactorio, podían proceder a darle el baño de plata propuesto por el mosén. Cuando el trabajo estuvo listo, se demostró que el técnico orfebre tenía razón, pues quedó una corona limpia y nítida, de latón dorado que, además de presentarse muy sólida en su estructura, resultaba bellísima, brillando con luz propia, limpia y resplandeciente. Estuvo lista y montada para que el día de la romería pudiera contemplarla todo el mundo. Y lo cierto es que causó admiración por el contraste que se percibía en cómo se mostraba antes y cómo aparecía ahora. La imagen de la Virgen resultaba mucho más atractiva y digna con su corona restaurada. De nuevo, Demon se puso a criticar públicamente la intervención, intentando crear ambiente contra el sacerdote que había tomado la iniciativa. “¿Quién es él para tocar un bien que es municipal? ¿Cómo se atreve a intervenir en un bien que no es de la Iglesia y que es del ayuntamiento?” Pero la gente no le hizo caso porque la idea y el resultado complacieron al pueblo.

Los días del año que el Cristo de la Luz pasaba en la iglesia parroquial se emplazaba en el presbiterio del altar mayor sobre un hachero barroco. Los colores de la imagen del Cristo y los del hachero resultaban ser los mismos que los del altar mayor. El Cristo se difuminaba en el entorno, de manera que muchas personas que venían de fuera preguntaban dónde estaba el Cristo, cuando resulta que lo tenían delante. Simplemente, no se veía. Juato encargó un pedestal de madera, escalonado, y un vitral de madera laminada en oro con un gran cristal rojo

que sirviera de fondo al crucifijo y dos luces halógenas que lo iluminan por delante. La pieza luminosa se remata con una escena pictórica de un cielo que muestra la mano de Dios Padre, señalando al Hijo crucificado. Se bendijo y se estrenó el día de la romería del año dos mil once, cuando el Cristo regresa del santuario y va hasta la iglesia parroquial, donde permanece nueve días. Al ser colocada la imagen del Cristo en el nuevo pedestal, el vitral se iluminó y la gente reaccionó con un ¡ah! espontáneo y generalizado y rompió en una ovación. Aquel fue un día aciago para Demon. Tanto diseño, tanta decoración, tanta innovación que no había salido de sus ideas, para la que no había sido consultado y que no había dado su visto bueno, acabó por terminar de alterarle. La operación de acoso y derribo contra los curas tenía que ponerse en marcha con la mayor virulencia posible. El cura que le había quitado las llaves de la iglesia se tendría que ir por ser colombiano y Juato caería con él. Demon entonces, que no se hablaba con el alcalde, fue a verle para convencerle de que, juntos, debían derribar a los dos sacerdotes. Demon estaba consiguiendo imponer una opinión generalizada en contra de la celebración del veinticinco aniversario de la ordenación sacerdotal de Juato. Ahora, con el ambiente en su contra, había que avanzar en acusar de ladrón al párroco por la venta de las moñas y presentar a Juato como cómplice y encubridor por haberle apoyado en aquella reunión del consejo parroquial.

Sin embargo, entre el alcalde y el padre Juato había una relación aparentemente fluida y cordial desde que, al acceder al puesto de primer edil, el cura pamukaleño se dirigiera a él por carta para darle su felicitación y ponerse a su disposición. Aunque ahora se manifestara como no creyente, sin embargo, había recibido la catequesis de la primera comunión de manos de Nieves. Fueron dos años y se profesaban mutuo aprecio. El propio Regio acudió a su velatorio y depositó un ramo de claveles blancos cuando falleció el año anterior. Cuando la restauración

de la corona de la Virgen del santuario, cuando la organización del traslado del Cristo a la iglesia parroquial, el alcalde solo puso facilidades y ninguna objeción. Incluso puso la banda de música el viernes en que se portó al Cristo el primer día del *Via Lucis*, sin cargo para Juato. Al acercarse la fecha, el propio Juato le invitó a que fuera él quien inaugurase la exposición de cuadros de Nieves y también él aceptó gustoso. Participó a título particular en los dos traslados del Cristo, en la misa baturra y en la comida del último día en el santuario, invitado por el padre Juato. Asimismo, le informó al clérigo de las presiones de Demon para que actuase en contra de los dos sacerdotes. Pero en aquella comida, Máximo hizo un comentario a los comensales más cercanos, entre los que se encontraba el propio Juato, que, si bien en aquel momento no pareció revestir especial importancia, a juzgar por lo que ocurrió muy poco después, pudo dar una clave importante de interpretación a los acontecimientos que sucedieron y a su cambio de actitud: “Ahora mismo no tengo que preocuparme de la crítica política ni de las críticas a mi gestión municipal; en el pueblo, los dos curas acaparan el protagonismo de todos los comentarios y conversaciones”. Por una parte, no hay duda de que esa situación permitía dormir tranquilo al munícipe; por otra parte, esas conversaciones, críticas y habladurías no surgían espontáneamente. Se habían despertado, se habían suscitado interesadamente, sobre todo por parte de Demon y de algunas personas de la hermandad del Cristo que pusieron a Juato a caldo al desvirtuar por completo el sentido que había querido dar a la celebración de su veinticinco aniversario en el sacerdocio, que había recibido entre los suyos en la iglesia de Pamukalé. Desde luego, de haber intuido siquiera la cuarta parte de la hostilidad que recibió, el homenaje al Cristo se lo podía haber hecho en privado y haberse ceñido a una misa en la capilla de la Virgen en la catedral, en Augusta. De nuevo, quiso ser uno más entre la que él consideraba su gente y había sido tratado no como alguien propio, sino como alguien ajeno a ellos, y uno de los peores. Aquí, el padre Juato se planteó cambiar su testamento, pues en él

expresaba su deseo de ser incinerado y de que, con el acuerdo de parroquia, arzobispado y ayuntamiento –si se daba-, sus cenizas fueran depositadas en algún lugar de la capilla de San Juan Bautista, en la iglesia parroquial de su pueblo, que había sido para él el lugar más significativo de toda su vida. Después de todos los acontecimientos vividos, se decidió a hacerlo y a renunciar a tal pretensión, puesto que, si estando vivo había sido rechazado y expulsado tan injustamente, no tendría ya sentido permanecer ahí estando muerto.

El día de la misa baturra, del regreso del Cristo a su pequeña iglesia de la calle mayor, de la comida en el santuario y de la clausura de la exposición de los cuadros de la madre de Juato, era diecinueve de junio. El veintiocho se hizo cargo de la parroquia al comenzar las vacaciones del párroco, y el día veintinueve cayó el rayo en el templo parroquial de Pamukalé. En tan solo esos diez días, el alcalde empezó a marcar distancias con el padre Juato. ¿Tenía deliberado actuar contra los sacerdotes? ¿Alguien más (el presidente de la Comarca, por ejemplo) le presionó a ello por mostrarse los días anteriores demasiado cercano en los actos del aniversario del cura pamukaleño? Está claro que le habían ofrecido un puesto en las listas al Congreso de los Diputados en las elecciones que iban a celebrarse en noviembre, pero ¿creyó que eso le podría favorecer entre los votantes de la izquierda o quiso sacar rédito político del tema? ¿O era el precio que se le exigía a cambio por parte de la cúpula de su partido? Nadie puede creer que el festival taurino se organizó desde el día doce de octubre, en que se dio a conocer, hasta el día veintisiete, en que se celebró. Se fue fraguando durante todo el verano. Iba a plantearse como una baza electoral por parte del regidor. De hecho, la fecha elegida pisaba los talones al comienzo de la campaña electoral. El alcalde hablaría muy bien del banderillero y el banderillero hablaría muy bien del alcalde. La plaza de toros llevaría el nombre

del banderillero y sería el pregonero de las próximas Fiestas Mayores. Con buenas vacas, buenos recortadores y el pretexto de las obras de la iglesia, la plaza se llenaría, habría muchos aplausos para el héroe de las anillas y el alcalde le acompañaría en la titularidad de la recaudación, en el éxito del evento y en su rostro de gran benefactor de su pueblo. Ah, y le acompañaría también en la nueva cuenta que iban a abrir a su nombre para manejar la recaudación hacia los fines que el alcalde pretendía. Pero todo aquello había que llevarlo con sumo sigilo para que el párroco no lo supiera, pues se trataba de que el ayuntamiento dispusiera de la recaudación y no la parroquia. Y, claro, el padre Juato formaba piña con el párroco, así que mejor que no supieran nada ninguno de los dos. Y, por si alguien se lo quería creer, manipularían como a una marioneta al contable de la parroquia para hacer ver que la institución eclesial no estaba del todo al margen. Además, su colaboración era necesaria para poder trasvasar el dinero de una cuenta a otra y dejarla, así, fuera del alcance de la parroquia y del párroco. Total, el día que el alcalde dio el aviso de la venta de las moñas, ya Mateo había pensado mal del párroco, había convocado por sí mismo una reunión del consejo parroquial, había ido a buscar al sacerdote y llevarlo a la fuerza a la reunión; seguro que si le pedían colaboración, no se pondría de parte del párroco. Pero cada cosa a su tiempo. Mateo no podría saberlo hasta el final, no se le fuera a ir el comentario. El propio Mateo declaró en el juicio que lo pusieron en los carteles como tesorero del evento sin haberlo hablado con él. En realidad, los carteles salieron en los últimos días, cuando ya el banderillero había cumplido con el trámite de ir a informar al párroco, aunque después de anunciarlo en televisión, y decirle que prescindían de toda colaboración suya. Otro nuevo acto de la farsa estaba servido.

XIX

*30 de julio de 2012. Sala de juicios. Larroca.*

—Acabada la fase de las testificales, pasamos ahora a las conclusiones finales. Cuentan con diez minutos cada uno; y cuando les digo diez minutos, les pido por favor que se ciñan al

tiempo establecido. Comienza el letrado del señor Valiente. Proceda.

—Con la venia, señoría. Mi colega letrada supongo que hablará del señor Máximo; yo voy a ceñirme a lo que se refiere a mi representado, el señor Valiente. Ha quedado claro en este proceso que don Juato Segarra publicó un artículo maliciosamente en su blog personal y en la página web de la parroquia de Pamukalé para desmerecer el acto que, generosamente había organizado mi representado junto con el señor Máximo y otras asociaciones del pueblo con el único fin de poder reparar la cúpula de la iglesia por el daño que causó un rayo el día 29 de julio de 2011. El señor Valiente actuó exclusivamente por su sentido religioso y movido por su fe. Desde luego, no le parecía suficiente al señor Segarra haber dejado en mal lugar con su artículo al contable de la Parroquia, que aquí, en esta sala, le llamó desleal, cuando lleva treinta años al servicio de la parroquia. Alguien, señor Segarra, le pedirá cuentas y tendrá que responder por haber tratado de desleal al señor Mateo. Desde luego que está claro que ha cometido una intromisión en el honor del señor Valiente y su escrito es injurioso contra él. Está lleno de injurias. Dice que se deja llevar por su vanagloria personal. La colisión, señoría, de la intromisión del derecho al honor con la libertad de información y la libertad de expresión requiere que la información que se da en un escrito sea veraz. Y bien ha quedado demostrado en este proceso que la información que dio el sacerdote en su artículo era falsa, totalmente falsa. Todo el pueblo había actuado a una; pues tuvo que salir Segarra para desunir al pueblo sembrando la duda. Y todo porque él no pudo ser protagonista de un acontecimiento que había conseguido unirnos a todos. En nuestra iglesia parroquial han robado toda la vida los propios jerarcas de la Iglesia y, más recientemente, Erick el Belga. La jurisprudencia admite que en la información pueda haber pequeños errores, pero no un error que afecte a la información fundamental, como ocurre en el caso que nos ocupa. Por sus frutos se conoce al árbol, y usted,

señoría, tiene en sus manos cuatro frutos de don Juato Segarra, cuatro escritos que definen cómo es y en los que usted puede ver su personalidad. Si usted, señor Segarra, hubiera gestionado de otro modo las acciones tras la caída del rayo, quizás ahora mismo no tendríamos nuestra iglesia cerrada. Y en lo referente al artículo, debía haber preguntado a los interesados antes de publicar nada, y no se dirigió a ellos sino cuando el mal ya estaba hecho. Las informaciones se contrastan, señor Segarra, se contrastan. Y ya para terminar, señoría, parafrasearé a Ortega y Gasset cuando dice que “no escribas algo que no puedas probar”. Por todo ello, señoría, pedimos una sentencia contra el demandado que recoja las indemnizaciones que pedimos y que, por supuesto, le cargue las costas del juicio.

—Proceda la letrada de la parte demandante.

—Con la venia, señoría. A lo largo de este proceso ha quedado claramente demostrada la intromisión ilegítima en el derecho al honor de mi representado, don Regio Máximo, en el artículo vertido por el padre Juato en su blog personal y en la página web de la parroquia de Pamukalé. Fíjese en el título: “Festival benéfico en Pamukalé. ¿Verdadero o fiasco?”. El evento taurino fue organizado por el señor Valiente con la colaboración de mi cliente y de otras muchas personas con la única finalidad de ayudar a reparar el daño causado por el rayo que descargó sobre la cúpula de la iglesia de Pamukalé el día veintinueve de octubre de dos mil once. Fue un éxito, todo un éxito. Por supuesto que se contó con el párroco. De hecho, el párroco asistió al acto y pagó religiosamente su entrada, cosa que no podemos decir del padre Juato. Y el propio Segarra también lo sabía, pues, como ha quedado de manifiesto, don Salvador Valiente se encontró con él en la catedral y se lo explicó. Y entonces el señor Segarra solo preguntaba que dónde está el dinero, que dónde está el dinero; a lo que el banderillero respondió que todavía

no se había recaudado, que esperara a que se celebre el festejo. Está claro que el padre Juato tenía un interés particular en meter la mano en la recaudación. Pero aún es más, se permite la licencia de dudar que el destino de la recaudación sea la obra de reparación en la iglesia parroquial y sugiere que el destinatario va a ser el ayuntamiento, la Administración, la Administración local. Y todo esto, planificado con engaño por parte de mi cliente, el señor Máximo. Cuando él lo único que hizo fue poner a disposición del señor Valiente la logística necesaria para que el acto pudiera celebrarse. Por todo ello, solicitamos de su señoría una sentencia condenatoria que incluya las costas del juicio por la parte demandada.

—Tiene la palabra el ministerio fiscal. Proceda.

—Con la venia, señoría. El ministerio fiscal considera suficientemente probado a lo largo del proceso que el demandado, al escribir y publicar el artículo sobre el festejo taurino celebrado en Pamukalé en octubre de dos mil once, vulnera el derecho al honor de las partes actuantes. Hay que tener en cuenta que lo hace públicamente en detrimento de la fama y la honorabilidad de los demandantes, con el agravante de que el propio señor Segarra declaró que el artículo había estado escrito varios días antes de ser publicado y que permaneció a la espera de noticias. El hecho de publicarlo supone, pues, un acto de premeditación por parte de su autor. Por todo lo cual, el ministerio fiscal pide una sentencia condenatoria de la parte demandada y una indemnización que establezca la cantidad de cinco mil euros a cada uno de los demandantes en concepto de daños morales.

—Señor abogado de la parte demandada. Tiene la palabra.

—Señoría, con la venia. La defensa del demandado celebra saber, por fin, dónde se sitúa el

ministerio fiscal, pues hemos tenido que obrar en todo momento sin conocer su postura hasta las conclusiones finales. Dicho esto, lo primero que quiero decir es que el demandado lleva razón cuando dice que el festejo se organizó sin contar con la parroquia. El propio párroco declaró aquí mismo que ofreció su colaboración y no fue aceptada; por otra parte, ninguno de los testigos ha podido precisar en qué consistió la colaboración de la parroquia al evento, simplemente porque no la hubo. Se la quiso dejar al margen deliberadamente. Pero conviene manifestar de qué estamos hablando para no perdernos en detalles y en cuestiones accidentales. Y lo primero que hay que considerar es que los actuantes son personas públicas que organizan un acto público; personas públicas que organizan un acto público. Todo acto público está sometido a una crítica legítima. Cuando se interrogó al demandado, mis colegas se referían a las críticas del artículo; hablaban de críticas. Vaya, hoy, según ellos, las críticas se convierten en vejaciones e insultos. La crítica a un acto público es totalmente legítima en nuestra legislación y no son vejaciones cuando es legítima. Y las críticas siempre son opiniones. Lo que hace mi representado es mostrar su opinión crítica en un blog; oiga, que es que un blog es un lugar que existe para eso, para manifestar opiniones. Que mi representado no es periodista; que no es periodista ni está escribiendo en un periódico. ¿No les parece veraz la información que aporta en su opinión? Pues les diré que, tal como afirma don Juato Segarra, la publicidad que se planteó del evento no coincide con lo que luego sucedió. Se publicitan tres cuentas que la parroquia tiene para las obras de la iglesia y no para los gastos ordinarios. El propio señor Mateo, contable de la parroquia, ha afirmado que esto es así. Que la recaudación se deposita en una de esas cuentas y que unos días más tarde se abre otra cuenta, no anunciada, y se trasvasa. En las cuentas que se anuncian, los disponentes son el párroco y el señor Mateo en calidad de contable. En la cuenta que se abre, cuando se abre, no está el párroco y, sin embargo, aparecen los señores Valiente y Máximo. Es que la recaudación ha ido

a otras manos, oigan, que ha cambiado de manos. Que el párroco ya no dispone en ese momento y, sin embargo, disponen otros. Que el señor Mateo obra por su cuenta cuando hace el trasvase, sin conocimiento del párroco y sin autorización del párroco. Que el señor Mateo no puede hacer eso por su cuenta. Que en ese momento queda invalidada toda la información que se anunció al pueblo porque se ha hecho otra cosa diferente. El párroco, en su declaración, aludió a una conversación con el director de la entidad bancaria depositaria que resulta bastante sugerente y clarificadora. Por cierto, que esa conversación tuvo lugar cuando el párroco firmó la cuenta, fechas más tarde de la publicación del artículo del padre Juato. En fin, ustedes dicen que se obró así por la falta de confianza en la integridad del párroco; desde luego, esta parte no tiene ninguna duda sobre esa integridad. Vamos a ver; aquí las fechas hablan por sí solas. El artículo de don Juato se publica el siete de noviembre. Es con fecha del ocho de noviembre cuando el ayuntamiento ingresa esos trescientos euros de colaboración; es con fecha del día ocho cuando se transfieren los cinco mil euros que la parroquia debía aportar a la primera fase de la obra que se iba a ejecutar. Que es que estos extremos no se habían dado antes de la publicación del artículo; que suceden después, en una fecha posterior. No quieran hacer ver que no se negaron porque se transfirieron, pues se transfirieron con posterioridad, por lo que pudieron antes ser negados perfectamente. De hecho, todos hemos oído en la declaración del párroco que don Salvador Valiente le había contado que con la recaudación se pagaría el alquiler de los andamios, a lo que se había comprometido el alcalde por parte del ayuntamiento. Mi defendido no ha sugerido en ningún momento que la recaudación fuera a ir a un destino que no fueran las obras de la iglesia. Él parte del hecho de que, según su información, el festejo se había celebrado con el fin de que la recaudación se invirtiera en las obras de la iglesia; eso sin género de dudas; solo que el camino por el que iban a llegar era a través del ayuntamiento, para aliviar su aportación, y no como aportación de la

parroquia, que no resultaría aliviada por la recaudación en lo que debe aportar al volumen de obra. ¿Dicen que debía contrastar la información que el párroco le dio? Si se la dio el propio párroco, ¿con quién cabía contrastarla? Señoría, si yo vengo aquí a preguntar en qué fecha se va a celebrar un juicio y usted me dice la fecha, no tengo que contrastar esa información con nadie, me la ha dicho usted, que es la máxima responsable. Si el párroco le da la información al padre Juato, se la está dando el máximo representante de la parroquia. No tiene por qué contrastarla con nadie más. Por otra parte, no cabe olvidar que el señor Valiente no aporta los veintiséis mil euros, sino que los han aportado los ciudadanos con su dinero. Valiente organiza el acto y trabaja en él, pero el dinero de la recaudación no lo pone él. Sin embargo, lo fiscaliza. Eso no cabe en el derecho y en nuestra legislación; únicamente sería aceptable si se tratara de una fundación, pero no es el caso. En el caso que nos ocupa, se debería hacer entrega de la recaudación y punto. Cuando alguien hace un donativo, entrega lo que da y punto. Pero Valiente, no; Valiente se queda a fiscalizarlo en otra cuenta con su amigo el alcalde... Y en cuanto a lo de la vanagloria, eso no es ninguna injuria ni le quita mérito alguno al señor Valiente; es una persona pública que, en su trabajo, busca el aplauso del público. Por lo que a la jurisprudencia se refiere, baste citar la sentencia del Tribunal Supremo del pasado mes de junio, que desestimaba un recurso de la anterior vicepresidenta del Gobierno, doña María Teresa Fernández de la Vega, “por su grado de intolerancia hacia la crítica política”. Y eso es todo. Señoría, puesto que entendemos que no hay intromisión ilegítima alguna en el honor de los demandantes en el artículo publicado por mi representado, esta defensa solicita una sentencia absolutoria.

—Queda visto, pues, para sentencia. Se levanta la sesión.

Era el penúltimo día del mes de julio, así que quedaba por delante todo el mes de agosto como inhábil para el juzgado de Larroca. Desde el día trece hasta el dieciocho de septiembre, se celebraron las Fiestas Mayores en Pamukalé y Valiente siguió con sus momentos de gloria, a lo torero. No solo había sido jaleado en los distintos foros de Internet en los que ellos y sus comparsas se expresaban bajo el anonimato; Salvador pronunció el pregón de Fiestas y hubo un acto en el que se descubrieron placa y foto con su nombre y efigie sobre la puerta de acceso principal de la plaza de toros. Aplausos y vítores para el banderillero pamukaleño, que ponía de ejemplo de bondad, de integridad y de justicia al alcalde Regio Máximo.

Durante la celebración de la vista, el fiscal no mostró sus cartas, no se manifestó a favor de qué parte se situaba, hasta el momento de las conclusiones finales. Propuso una sentencia condenatoria y una indemnización de cinco mil euros a cada uno de los actores, pero no fundamentó la cifra, no expresó en qué dato la apoyaba para obtener su cálculo. Además, no estuvo presente en la segunda sesión de la vista y participó en ella mediante videoconferencia, que se cortaba una y otra vez. Los abogados de los demandantes mostraron el desprecio más absoluto hacia la persona demandada, pues no solo no tuvieron en cuenta su declaración, sino que profirieron acusaciones falsas e, incluso, amenazas sobre el padre Juato; en algunos momentos, incluso, dirigiéndose a él y mirándole a la cara. Los discursos finales de ambos letrados estaban carentes de argumentos y solo se basaban en sus suposiciones, en sus pensamientos y en las conclusiones falsas que quisieron hacer que la juez pronunciase en su condena. La letrada del alcalde es joven y, por tanto, se puede encontrar en su corta experiencia una explicación sobre su actitud, pero no cabría esperar que la profesionalidad del abogado del banderillero le hiciera caer en esos errores, pues cuenta con una dilatada experiencia en el ejercicio de la abogacía. Parte de la estrategia de los demandantes estaba

basada en la intimidación al padre Juato; le recibieron haciéndole pasillo a la entrada del edificio el día que tenía que declarar; el banderillero le miró fijamente a escasos centímetros de su cara mientras se producía la declaración, durante varios minutos; ellos mismos y los testigos (excepto el párroco) cargaban a saco con las supuestas intenciones que llevaron al clérigo a publicar su artículo. Hay un dato que nos lleva a la conclusión de que todo el proceso estaba ideado para socavar aún más el prestigio del sacerdote. Y es que se puede escoger para poner una demanda la vía civil o la vía penal. En la vía penal, el juez, con la documentación aportada, analiza si hay causa suficiente o no para que el juicio se celebre; si ve causa suficiente, el juicio va adelante, pero si no es así, archiva el caso y todo queda en nada. En la vía civil, el juez no puede decidir sobreseer la causa, de manera que está obligado a celebrar la vista. Es claro que, tal como se comprometieron ante el público que asistió al acto del día once de noviembre en el cine, lo que querían era ver a Juato en el banquillo y que tuviera que escuchar la sarta de barbaridades, injurias y calumnias que volcaron a lo largo del proceso. Pusieron las demandas por separado y acapararon las dos únicas procuradoras que tiene el juzgado de Larroca con el fin de hacer el proceso económicamente más gravoso para el demandado, pero celebrado en un solo proceso para escenificar la amplificación de sus acusaciones, situándose todos los acusadores -letrados, procuradores, fiscal- a un lado del estrado frente a uno solo de la defensa, al otro lado. En la sesión de audiencia previa, la abogada del alcalde se apresuró a decir “no” cuando su señoría preguntó si estaban dispuestos a llegar a un acuerdo que hiciera innecesaria la vista. Esto tampoco lo quería Juato, pues supondría tanto como reconocer que ellos tenían razón, cuando él sabía y entendía que habían montado una farsa para aparecer limpios de engaño y fraude ante el público, que fue lo que Juato había denunciado en su artículo. Él estaba seguro de ganar y hacer entender la realidad, llegando con los recursos hasta el Tribunal Supremo si hubiera hecho falta. Pero ellos habían vendido la leche antes de

ordeñar la vaca, pues daban por hecho que el juicio lo tenían ganado y que resultarían altamente indemnizados, causando un gran daño económico a quien estaban demandando. Y hay un dato más que los deja en el lugar en el que, verdaderamente, les corresponde; y es que ambos demandantes eligieron abogados de Pamukalé para demandar a otra persona de Pamukalé. Algunos de los abogados del pueblo no aceptan demandas contra otro vecino del pueblo, precisamente para no deteriorar la convivencia en el municipio. El alcalde y el banderillero no solo eligieron a dos del pueblo, sino que él y ella aceptaron. El padre cura tuvo en cuenta esa circunstancia y buscó abogados ajenos a la vida de Pamukalé. Pero Juato y sus abogados habían hecho bien sus deberes. El alcalde, que estaba sentado junto al clérigo cuando el fiscal rebajó a cinco mil euros para cada uno la petición de indemnización, rebufó, manifestando así su disgusto y disconformidad con la disminución que representaba con respecto a la cantidad solicitada por él y su banderillero.

El edificio que alberga las dependencias del juzgado de primera instancia de Larroca está situado en una plaza junto a una basílica que contiene el resultado de un conocido milagro eucarístico de la Edad Media; el ábside de la capilla que lo contiene da, precisamente, a la plaza, a escasos metros de la entrada, desde la que resulta ampliamente visible. Juato miró hacia ese ábside y se encomendó a Cristo en la eucaristía, para que dirigiera sus palabras, para que iluminara al abogado que le iba a defender, a la juez encargada del caso, para que, en definitiva, pudiera salir a la luz la verdad, se entendiera con profundidad el tema y las fuerzas del mal se pudieran ver desenmascaradas de sus intenciones destructivas y perniciosas. Acabada la celebración del proceso, ya solo cabía esperar la sentencia

XX

El día veintiuno de septiembre de dos mil doce, festividad de San Mateo evangelista, a tan solo tres días de terminar las Fiestas de Pamukalé, se dio a conocer la sentencia del juzgado de Larroca sobre el proceso judicial que las dos demandas dieron lugar contra el padre Juato.

En los fundamentos de derecho, la juez que se pronuncia considera que el conflicto se plantea entre el derecho fundamental al honor y los derechos a la libertad de información y expresión, en principio de igual rango. *La Sentencia del Tribunal Supremo de 18 de mayo de 2011 alude a la ponderación, considerando esta como el examen de la intensidad y trascendencia con la que cada uno de ellos resulta afectado. Aclara este extremo cuando dice que la jurisprudencia alude a los siguientes elementos para efectuar el juicio de la ponderación: -Diferenciación entre*

*el derecho a la información y libertad de expresión; ello es de suma importancia ya que el art. 20 de la Constitución condiciona la legitimidad de la información a la veracidad de la misma, lo que no ocurre con respecto de la libertad de expresión. Así, la libertad de información versa sobre hechos que pueden ser acreditados, lo que no ampara los rumores, la mentira ni la falsedad, correspondiendo la carga de la prueba al informador. En cambio, la libertad de expresión se basa en opiniones y juicios de valor (...) -La relevancia pública del asunto en cuyo seno se ejercite la libertad de información o expresión, por lo que habrá que considerar el carácter público o privado de la persona afectada, puesto que las personas públicas están obligadas a soportar un mayor riesgo de que sus derechos resulten afectados por opiniones o informaciones de interés general, teniendo en cuenta, no obstante, que existe una parcela de estas personas que debe estar fuera de toda injerencia. -La veracidad de la información, requiriéndose del informador que compruebe la veracidad de los hechos que expone. Seguidamente, su señoría expone lo referente al caso que le ocupa: En este caso se entremezclan opiniones y exposición de hechos. El autor expone unos hechos y sobre ellos mismos da su opinión. (...) Es obvio que se trata de personas con relevancia pública, bien por ocupar un cargo público o bien por ejercer una profesión con notoriedad. A ello hay que añadir que el acto organizado por los demandantes es también un acto público, pues consistía en un festejo taurino para sufragar los daños producidos por un rayo en la iglesia de Pamukalé. A continuación, la magistrada extrae, copia y analiza hasta nueve párrafos y frases largas del artículo demandado y enjuiciado. Tras cada uno de ellos, repite una y otra vez “no existe atentado contra el derecho al honor” y otras afirmaciones, todas ellas exculpatorias de lo que se demandaba al padre Juato. Tras el análisis particular de cada una de las nueve citas, la juez extrae sus conclusiones. No puede prevalecer el derecho al honor frente a la libertad de expresión y la libertad de información (...). Así que hay que tener en cuenta que son titulares de*

la libertad de información todos los ciudadanos (...). Debe darse prevalencia a estas libertades por las razones que se exponen a continuación. El Sr. Valiente organizó un festejo taurino cuya recaudación iría a la reparación de los daños producidos en la iglesia de Pamukalé por un rayo. El cartel que publicitaba dicho festejo hacía referencia a tres cuentas bancarias de la parroquia que eran para obras de la iglesia, y no para gastos ordinarios. De forma, que lo que se deducía de la lectura del cartel eran dos cosas: que lo recaudado iba a servir para obras de la iglesia y que dicha recaudación iría a parar a esas tres cuentas. Lo cierto es que el dinero no acabó en esas cuentas sino en una cuarta cuenta en la que, si bien era titular la parroquia, figuraban como autorizados el Sr. Valiente, el tesorero, el párroco y el alcalde. A ello hay que añadir que no se determinaba en el cartel si la recaudación serviría para las aportaciones de la Iglesia o para las aportaciones municipales, lo que podía dar lugar a que la gente opinara, más aún cuando figuraba como autorizado de la cuarta cuenta el alcalde. (...) Ante esta situación, el demandado escribió un artículo en el que, basándose en una serie de hechos, la literalidad del cartel publicitario y lo que le fue manifestado por el párroco, vertía una serie de opiniones. (...) Hay que recordar que el autor del artículo obtuvo su información del párroco, y no le es exigible obtener más información del resto de personas, pues el párroco era un implicado directo, por lo que expuso los hechos y manifestó su opinión. Aún la juez fundamenta más los argumentos en los que va a sustentar el fallo, que formulará algo más tarde. El hecho de que se considere que no existe atentado al derecho al honor se justifica en que los actores son personas públicas, que organizaron un acto público sin ser estrictamente fieles a lo que publicitaron y sin ser demasiado claros en cuanto a si la recaudación iba a considerarse aportación de la Iglesia, y esto dio lugar a que la gente opinase al respecto, como lo hizo el demandado, estando los organizadores del festejo expuestos a las críticas de los ciudadanos. A todo ello hay que añadir que el demandado, tras las explicaciones que se dieron por los actores, publicó una disculpa en

*la que dejaba claro que la recaudación tenía por objeto servir para las aportaciones que debía afrontar la parroquia en las obras y que había interpretado mal los hechos, y remitió un correo electrónico al Sr. Valiente y al Sr. Máximo pidiéndoles disculpas.*

*FALLO: Desestimo las demandas interpuestas por las Sras. procuradoras en nombre de D. Salvador Valiente y de D. Regio Máximo, absolviendo al demandado de todas las pretensiones.*

La sentencia da un plazo para interponer recurso ante la Audiencia Provincial de Augusta, pero, transcurrido el plazo, los actores no lo llevaron a cabo, por lo que, de provisional, pasó a considerarse firme. Intencionadamente o no, el texto de la sentencia, de once folios de extensión, no decía sobre quién recaían las costas del juicio, lo que provocó que tanto los abogados de los demandantes como el de la parte demandada se tuvieran que dirigir de nuevo a la juez para pedir que publicara un nuevo auto que especificara sobre quién o quiénes debían recaer las costas. Aun cuando los otros dos colegiados se limitaron a pedir el auto, el señor Novella se permitió incluir en su petición una frase que criticaba la sentencia. Mal favor le hizo a su cliente, el banderillero, y también a su alcalde, pues no se hizo esperar el auto que cargó las costas del juicio a los dos demandantes. Perder y pagar, ese fue para ellos el resultado del juego en el que involucraron a las instituciones más sagradas del Estado como son las dependientes del Poder Judicial solo para hacer daño, intentando hacer tragar la gran farsa que ellos montaron cual si se tratase de un juego de niños. La juez se dio perfecta cuenta de que habían actuado por adversión personal contra el padre Juato, pues le demandan a él y no a quien le dio la información. Hasta por dos veces hace su señoría esta observación en los once folios que conforman el texto de la sentencia. ¿Por qué? Simplemente porque el párroco había asistido a sus reuniones y podía contar en primera persona que todo lo reflejado en el artículo era rigurosamente cierto. Sin su consentimiento se retiraron los fondos que los notables

dispusieron a partir de la fecha que ellos estimaron; fue a él a quien se le dijo que esos fondos irían a pagar los andamios, que era compromiso del alcalde; a él se le negaron los cinco mil euros que la parroquia debía aportar ya en ese momento; a él se le invitó a firmar en la cuenta después que salió el artículo y a él le contó el director de la entidad bancaria que la cuenta ya había sido modificada. La cuenta solo tuvo titularidad parroquial después de ser publicado el artículo, y eso porque el director de la oficina se prestó para hacerlo. ¿Es legítimo? Claro, que de todo esto se tiene constancia al comprobar las fechas en las que ocurren los acontecimientos y que se contienen en la documentación que el banderillero y el alcalde aportaron para el proceso judicial. Si las demandas judiciales no se hubieran planteado, todo habría quedado como un error de interpretación del padre Juato por el que pidió disculpas a los interesados por el único medio que ellos le dejaron al negarse a hablar con él. Ellos mismos aportan los documentos en los que se ve la fecha de la aportación del ayuntamiento, la fecha de la transferencia de los cinco mil euros, la fecha en la que el párroco firma en la cuenta cuando el director le comunica que ya puede firmar porque ya está modificada. Todo esto no habría sido conocido de no interponer las demandas en el juzgado y de no haber aportado los documentos que evidenciaban que llevaba razón el autor del artículo cuando lo publicó.

Con argumentos y fundamentos del derecho, se les recuerda a los demandantes en el texto de la sentencia que sus actos públicos están sujetos, legítimamente, a críticas y a opiniones desfavorables. Vaya, que todos tenemos derecho a opinar, pues la libertad de expresión y de información recaen sobre todos los ciudadanos. Hace una bien fundamentada defensa de estos derechos, sin que puedan quedar anulados bajo el pretexto del derecho al honor, que no debe traspasarse, pero que no era el caso del artículo que publicó el padre Juato. Otra conclusión importante que se desprende de la sentencia es la ambigüedad existente entre lo que se organizó y lo que luego resultó. Esa cuenta a la que se trasvasó el dinero que ellos dispusieron

(todos los ingresos habidos a partir de una fecha que establecieron) no tenía a los mismos disponibles que las cuentas que la parroquia tenía para obras y que venían en el cartel anunciador, llamando poderosamente la atención que en ella estuviera el alcalde. La juez justifica que su presencia en la titularidad diese lugar a pensar que la intención era cubrir con la recaudación las aportaciones del ayuntamiento. Máximo había declarado en la vista que él no estaba como alcalde, sino como ciudadano normal. No coló, claro.

De haber resultado condenado, el padre Juato habría sido obligado por el juzgado a dar a conocer la sentencia en los mismos medios en que el artículo fue publicado. Puesto que resultó absuelto y él no quiso abrir causa contra los demandantes, estos no hicieron nada por difundir el texto de la sentencia. Un familiar de Juato reclamaba en las redes sociales un nuevo acto en el cine que enmendara el celebrado el once del mes once del año once. Naturalmente, esa convocatoria no tuvo lugar. Más bien, por el contrario, familiares directos de los demandantes escribían en las mismas redes que en España la justicia no funciona y que esa sentencia daba buena prueba de ello. Olvidaban que, si fueron ellos quienes acudieron a la justicia, debió ser porque entonces les merecía confianza. Pero, claro, al quitarles la razón, les quitó también las razones para confiar. Otro familiar cercano del banderillero contaba encendidamente a unos amigos del padre Juato que “esto ha pasado porque no fue todo el pueblo a crear presión al juzgado; debíamos haber puesto autobuses para que fuera la gente; a ver si esa juez entonces nos daba la razón o no”. Planteamientos muy democráticos, todos ellos, como puede uno percibir enseguida.

Es curioso que, siendo el párrafo en el que pedía su dimisión el que más irritó al munícipe, ese párrafo no fue elegido por la juez entre los nueve que analizó y que -dice- podrían molestar a

los demandantes. Es una cuestión de dinero. En Pamukalé el alcalde (este alcalde) cobra un salario y los concejales no. Claro, si el alcalde se quedara en concejal raso, perdería el sueldo. Y, según él, se vería profesionalmente apartado de la vida política al no poder seguir viviendo de ella. En relación a esto, cabría hacerse algún interrogante acerca de por qué, después de ganar unas elecciones municipales para cuatro años por mayoría absoluta, en ese mismo año, concurre a unas elecciones generales con intención de ir al Congreso de los Diputados. ¿Es por prestar un mayor servicio a su país, es por medrar o es por dinero? No sabemos. Pero es seguro que, en ese caso, no habría tenido ningún problema personal para abandonar la alcaldía recién revalidada. ¡Las cosas de la vida! Más aún; el regidor, después de esta experiencia, sigue llevando a sus vecinos al juzgado y pidiendo indemnizaciones por su honor, como si no supiera arreglar los conflictos dialogando o fuera una estrategia para obtener ingresos extra de aquellos a quienes sirve y le votan.

Durante los días que transcurrieron entre la conversación en la que el párroco informó a Juato de las intenciones de los notables y la publicación del artículo, el padre Juato habló con la sacristana del asunto. Ella es presidenta de una de las asociaciones que colaboraron en la organización del evento taurino. En concreto le preguntó si ellos habían recibido información acerca de que la parroquia no tendría acceso a lo recaudado y que serviría para las aportaciones municipales. Ella, en ese momento, se indignó con solo escuchar esa posibilidad, pues ella entendía que todo se había presentado como colaboración con la parroquia. Sin embargo, Juato le habló de lo que el párroco le había contado y ella lo desaprobaba con vehemencia. Eso en aquel momento, porque después se puso en contra de los dos curas y defendió al alcalde desde el principio hasta el final. Y es que ella pertenece a los círculos de amistad del regidor. Muy pocos apoyaban entonces a Juato y al párroco colombiano. Las

maniobras de demagogia habían sido bastante eficaces. Esos apoyos fueron creciendo con el tiempo y más después de conocer la sentencia, pues el cura pamukaleño se encargó de difundirla desde su página web y desde su blog. Otras cosas son las manifestaciones en público. La gente no es valiente, en términos generales. Parece que al alcalde le tengan cierto temor. No es a Juato al primero que le hace pisar los juzgados. Por otra parte, guarda mucho resentimiento con quienes considera que se portan mal con él. Además, crea bolsas de trabajo temporales cuando hay que hacer alguna obra o hay algo extraordinario desde el ayuntamiento. Así que, unos por no perder la ocasión de trabajar cuando se da, otros porque no quieren contrariarle, otros porque tienen familiares que trabajan para el ayuntamiento o en la oficina de la comarca y no quieren poner en riesgo sus puestos de trabajo, hay mucha gente que le manifiesta a Juato su apoyo en privado pero que se cuida mucho de que se sepa o se vea en público. Hasta se evita que quede grabado su número en el registro de llamadas telefónicas.

Transcurridos más de dos años desde los acontecimientos, el padre Juato sigue sin poder celebrar los sacramentos en público en Pamukalé. Siente que su Iglesia, su Santa Madre Iglesia, a la que siempre ha servido y a la que un día consagró su vida hasta su muerte, le ha vendido al poder político, y, junto con él, al que fue el párroco colombiano de su pueblo. Verdaderamente, el poder político había decidido sacar a un cura y castigar al otro. Y así sucedió. El alcalde y el banderillero perdieron y pagaron, pero siguen con el pueblo sometido, aunque no sepa que lo está, rendido a sus pies; aunque en esta vida, toda gloria es pasajera y donde hoy te suben, mañana pueden empujarte para que caigas hacia delante. El alcalde le quitó la iluminación nocturna a la torre fortaleza del siglo XV y se la puso al cartel de la plaza de toros, donde alumbraba toda la noche y todas las noches el letrero y la foto del banderillero,

mientras suprime las luces de algunas calles a medianoche para ahorrar costes al municipio. Inocencio fue ascendido de puesto en la brigada municipal. A Demon le asfaltaron su calle pocas semanas después de testificar en el juicio. La empresa taurina que aparecía como organizadora del evento de Valiente ha sido la adjudicataria de la gestión de la plaza de toros en la Fiestas de los años sucesivos. Y sigue la vida. La vida sigue... unos al hoyo, otros al bollo.

Juato pensó muchas veces que el diablo había enviado ese rayo a sabiendas de lo que iba a acontecer después. Recordaba ese pasaje del evangelio en el que los discípulos, que habían sido enviados de dos en dos, regresan a Jesús y le cuentan que han expulsado demonios; entonces Jesús lo reafirma y les dice que “veía yo a Satanás caer como un rayo”. Sin embargo, hoy no lo tiene tan claro. La cúpula de la iglesia de Pamukalé está en el cruce de la planta de cruz latina; justo detrás está la cabecera, que está ocupada por el presbiterio y el altar mayor; el ábside contiene la sillería del coro. Pues bien, gracias a que cayó el rayo, se inspeccionó toda la iglesia y Fernando descubrió que la viga principal que sostiene el tejado de la cabecera, sobre el altar mayor, estaba totalmente podrida y podría haber cedido en cualquier momento. Si la viga cede y deja caer todo el tejado sobre la bóveda del altar mayor, lo más probable es que la bóveda no hubiera podido contener la violencia del impacto y se hubiera desplomado sobre el presbiterio y el coro. Estamos hablando de un lugar de decenas de metros de altura. El destrozo podría haber sido irreparable, pero a buen seguro que si llega a ocurrir en un momento en el que se celebrara culto, habría habido víctimas. “¡A saber si el rayo no nos salvó de algo peor!” Así dice hoy el padre Juato.

“Y lo que pasó, pasó. No tiene remedio, ya sucedió y también sus consecuencias. Pero creo que todo esto tiene que hacer que algo cambie en Pamukalé. Puede que tuvieran que suceder estas cosas para que seamos mejores, para que sepamos aceptarnos, para que aprendamos que todos tenemos la misma dignidad como seres humanos... Es posible que todo lo que ha acontecido sea una llamada de atención para que los cristianos de la parroquia de Pamukalé seamos más auténticos, más evangélicos, más al estilo de Jesús. Quizás todo esto pueda ayudarnos a perdernos los miedos unos a otros, a hacer de nuestras casas y de nuestras calles lugares de encuentro y de diálogo, de acercamiento, de respeto de las diferencias, pero sabiendo reír juntos cuando hay que reír y llorar juntos cuando hay que llorar. Ojalá estos acontecimientos marquen un antes y un después por hacernos más sensibles, más humanos, más auténticos y más solidarios.”

“A propósito de estos acontecimientos, me he preguntado muchas veces qué he hecho mal, en qué he fallado. Obviamente, no soy perfecto, pero no lo somos nadie. Mis pecados no son la soberbia, la prepotencia ni soy un engreído, tal como muchos han querido hacer ver. Mis fallos están en otras cosas, pero las causas del castigo infligido, estoy seguro de que no vienen de la mano de Dios ni de los brazos del Bien. Son consecuencia de un pecado mayor y peor que el mío, obra del Maligno, enemigo de Dios. Pero no existe ningún pecado que no tenga redención. Eso sí, requiere de la conversión. Aunque todos tenemos que convertirnos porque todos somos pecadores. Es natural que caiga bien a unos y mal a otros, pues reconozco que no soy poseedor de una simpatía destacable, pero yo no he negado nunca mi saludo a nadie antes de esta experiencia ni he considerado a nadie enemigo mío ni en toda mi vida; he ayudado a todo el que he podido, no le he negado la palabra a nadie ni me he sentido nunca más que nadie. Y si la simpatía no es una de mis virtudes, la empatía sí lo es; por eso he estado al servicio de

todo el mundo. Ahora sé que tengo enemigos (antes no me había dado cuenta; ya digo que suelo pecar de ingenuo y de bien pensado), pero porque ellos me ven así, no porque yo los vea como tales. En Pamukalé he hecho siempre el bien y solo el bien. Una mayoría de familias pueden decir que he hecho algo por ellas. ¿Por qué ahora han desconfiado de mí; por qué han creído lo que otros, interesadamente, han dicho? ¿Por qué han callado? Han creído lo que les ha convenido creer. Sí, les convenía creer la versión que da la autoridad. Así es mejor para todos.

Quiero pensar y pienso que todo el mundo puede cambiar a mejor, que los errores no pueden marcar definitivamente el mañana, que hay una capacidad en el ser humano para poder reaccionar, para volver a poner en pie lo que un día se dejó caer. Nada es definitivo. Los errores se pueden enmendar. Los fallos se pueden perdonar. Dios me da la fuerza para hacerlo, para perdonar a quienes han actuado contra mí. ¿Puedo contar yo también con el perdón de mis fallos? Me gustaría que así fuera. Si yo le pido a Dios el perdón de mis pecados, y lo hago, ¿cómo no voy yo a saber perdonar el pecado de los otros? Incluso el mío propio. Este es un asunto capital. Y es que hay personas que no se pueden perdonar a sí mismas, no se ven capacitadas; y esa es la razón por la que no pueden perdonar a los demás. No olvidemos que el perdón comienza por uno mismo.”

“Me considero cordero y no lobo. Nunca he sido un depredador ni va conmigo ese estilo de personas. Por eso quiero ser perdonado de mis fallos. Soy consciente de que no han faltado quienes han aducido que estoy mal de la cabeza como causa para darme una disculpa. Eso no es cierto. Se pueden ver, oír y analizar cientos de materiales, de artículos, de meditaciones, de homilías, de vídeos que tengo publicados en Internet y que suponen el trabajo de muchos años

de mi vida. Mis informes médicos también lo desmienten. Quiero ser perdonado porque todas las personas merecemos serlo. No por otra cosa ni por otra razón. Quiero ser perdonado porque también yo perdono. Porque creo que un error, sea mío o de otro, no es definitivo si sus consecuencias no lo son. Y, tal como se dice por ahí, solo la muerte no tiene solución. Todo lo demás es susceptible de ser resuelto si se pone la voluntad de resolverlo. Dios no le niega al pecador el hecho de ser su hijo; no deja de amarle siendo pecador; ¿cómo, pues, un pecador puede negarle a otro el sentimiento de fraternidad? Esto le resultará más fácil de comprender al creyente que al no creyente. Pero, incluso si no crees, no deja Dios de considerarte su hijo querido y no deja de esperar que un día recapacites y regreses a la casa de la familia.”

“La historia se escribe cada día. La que hemos hecho hasta el día de hoy ya la sabemos y la conocemos. Hay que aceptarla tal cual es porque no podemos cambiarla. Pero la que se escribe a partir de mañana, está aún por hacer. Y no será otra cosa sino aquella que hoy queramos construir”.

## EPÍLOGO

“¿No tienes enemigos? Entonces es que jamás has dicho la verdad ni amaste la justicia”. (D. Santiago Ramón y Cajal).



*“Cainitas” es una novela sobre la realidad del ser humano. Es un relato de nombres, de protagonistas que no son perfectos sino pecadores. En la narración se mezclan las intrigas políticas y los festivales benéficos, la verdad y la mentira, la justicia y la injusticia, los procesos populares y los judiciales, los jueces y los reos. Es una historia de racismo, de exclusiones, de caídas colaterales; es la historia de la relación de un niño, de un joven, de un adulto con su*

*iglesia y con su pueblo. Todo ocurre en un lugar pequeño pero significativo. Nada extraño, por otra parte, pues es lo mismo que puede ocurrir y ocurre cada día a mayor o menor escala, aquí o allá. Finalmente, es la historia del ser humano, de cualquier ser humano, de todo ser humano que, viviendo el amor y el desamor, constata su realidad errática y la de los otros, y desea la reconciliación de todos y cada uno consigo mismo, con los demás y con el Supremo Creador, aunque para eso deba atravesar el duro recorrido de la conversión. La caída de un rayo en una tormenta atípica fue el detonante que precipitó los acontecimientos que aquí se relatan y que sirvieron de catarsis conveniente individual y colectiva.*